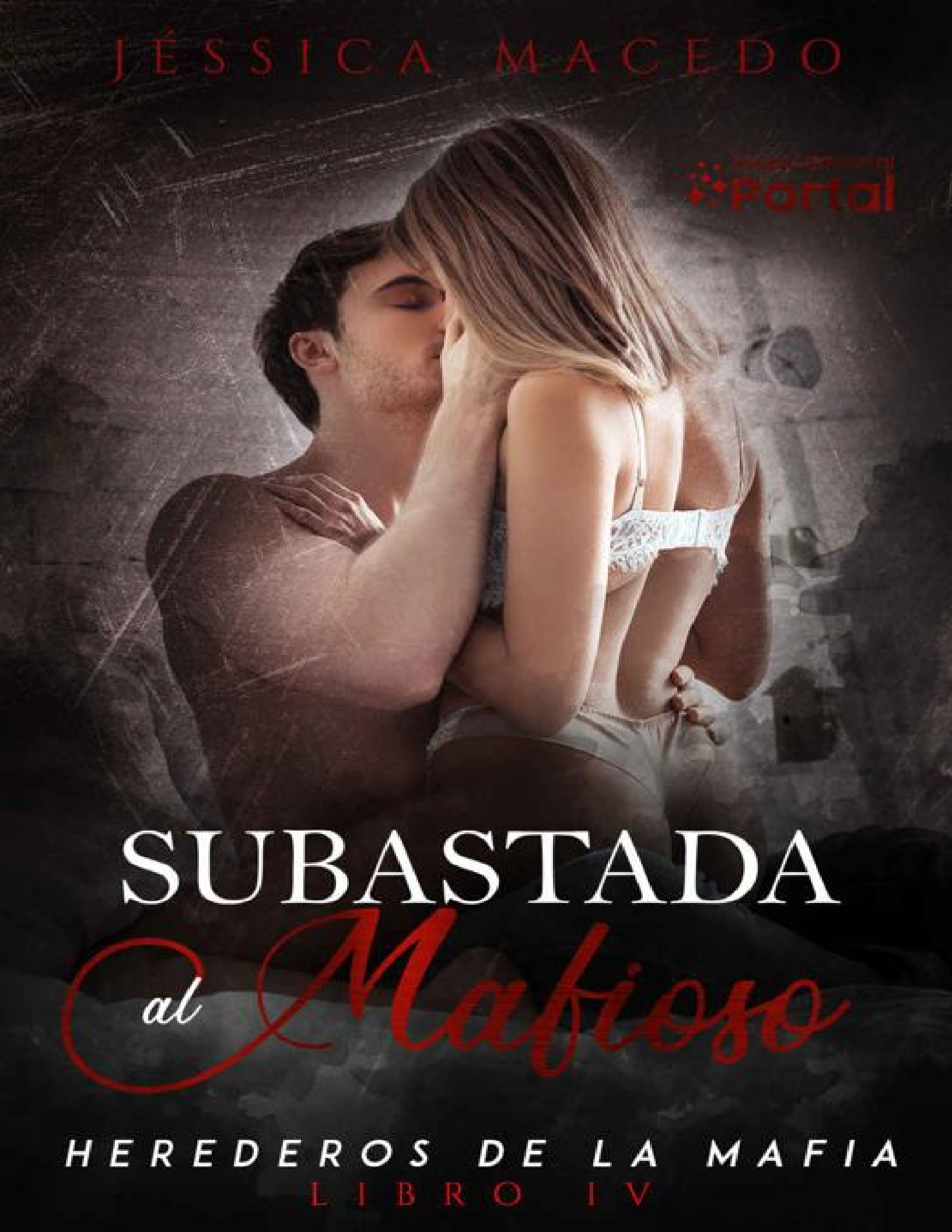
JÉSSICA MACEDO



SUBASTADA al Mafioso

HEREDEROS DE LA MAFIA

LIBRO IV

JÉSSICA MACEDO

SUBASTADA al Mafioso

HEREDEROS DE LA MAFIA

LIBRO IV

Grupo Editorial Portal

Copyright ©2024 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra —física o electrónica —sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y sancionado en el artículo 184 del Código Penal.

Diseño gráfico de portada e interior

Jéssica Macedo

Consulte

Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Resumen

Resumen
Sinopsis
Prólogo
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve

Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Capítulo cuarenta y seis
Capítulo cuarenta y siete
Capítulo cuarenta y ocho
Capítulo cuarenta y nueve
Capítulo cincuenta
Capítulo cincuenta y uno
Capítulo cincuenta y dos
Capítulo cincuenta y tres
Capítulo cincuenta y cuatro
Capítulo cincuenta y cinco
Capítulo cincuenta y seis
Capítulo cincuenta y siete
Capítulo cincuenta y ocho
Capítulo cincuenta y nueve
Capítulo sesenta
Capítulo sesenta y uno
Epílogo
Sobre la autora

Sinopsis

Thiago Bellucci es el vástago de la familia más poderosa de Italia y desde muy joven aprendió a derramar sangre. Se convirtió en un sicario de la mafia, cruel, despiadado y temido por sus enemigos. No había razón para que un hombre como él se involucrara con ninguna mujer. Sin obligación de tener herederos, todas eran puros pasatiempos.

Juliana Kouris era una chica sencilla nacida en una isla pesquera. Con una vida tranquila, nunca imaginó que su camino se cruzaría con el de un mafioso. No conocía este peligroso mundo, pero una decisión equivocada de su padre la llevó a ser secuestrada y a descubrir el lado más cruel del ser humano.

Thiago tenía una misión: entrar, matar a los que habían desafiado a su familia y salir desapercibido, pero se encontró en un antro de pecado donde las mujeres se vendían al mejor postor. No es un alma buena y no estaba allí para hacer nada caritativo. Cuando su camino se cruzó con el de la joven inocente, ella no era más que una herramienta para sus planes, pero sería el principio de su caos personal.

ADVERTENCIA: Esta historia contiene escenas no aptas para menores de dieciocho años. Contiene desencadenantes, lenguaje soez y comportamientos inapropiados de los personajes.

En este libro no se expresan las opiniones políticas ni religiosas de la autora.

La autora ni apoya ni está de acuerdo con el dudoso comportamiento de los personajes.

Esta es una obra de ficción y no retrata la realidad de la mafia italiana.

A pesar de la mafia de fondo, no se trata de una novela negra, así que si esperas escenas de abusos sexuales, este libro no estará a la altura de tus expectativas.

A mi querida lectora Juliana

y a mi querida Rosimeire, madre de mi corazón y madre de mis mafiosos.

HERDEIROS DA MÁFIA · LIVRO IV



Thiago

Prólogo

Aparqué el coche unas esquinas antes de mi objetivo. Abrí la guantera, saqué algunos cargadores de balas y me los metí en los bolsillos. No necesitaba tantos, pero mi padre me había enseñado a estar siempre preparado.

Me puse la chaqueta del traje antibalas desarrollado por mi tío Mateo y me adentré en las sombras de la noche. Era última hora de la tarde y el sol aún no se había puesto del todo. De niño había oído muchas historias sobre monstruos que acechaban en la oscuridad, y probablemente por eso me gustaba actuar de día. Era habitual que no estuvieran esperando a un asesino, lo que facilitaba un poco mi misión.

A los veinticinco años ya me había hecho un nombre y había asumido mi papel en la familia. Había heredado muchas de las características de mi padre, lo que me convirtió en el asesino Bellucci.

Me correspondía poner fin a las disputas o eliminar posibles obstáculos al negocio de mi familia. Y, sinceramente, me encantaba lo que hacía.

Bordeé un edificio y subí rápidamente por una escalera de incendios. Mi objetivo vivía en el sexto piso y accedí a una ventana que daba al pasillo.

Desenfundé mi pistola mientras solo oía el ruido de mis zapatos de cuero al golpear el suelo.

Llamé a la puerta y esperé un rato, hasta que un hombre vino a abrirme. Le disparé en el pecho, haciéndole caer hacia atrás antes de que pudiera reconocer mi cara.

Había otros tres jugando a las cartas alrededor de una mesa redonda y se sobresaltaron en cuanto repararon en mí.

—Maldito italiano... —empezó a decir uno de ellos, pero fue silenciado por un disparo justo entre los ojos.

Me moví rápidamente y alcancé a los otros antes de que pudieran dispararme. Años de entrenamiento me han hecho más ágil, escurridizo y rápido que la mayoría de ellos.

Me di cuenta de que había otro más cuando vino hacia mí. Esquivé hacia un lado para escapar de la hoja de su cuchillo y le golpeé en el pecho con mi puño, haciéndole volar contra una mesa de madera, rompiéndola por su propio peso.

Se abalanzó sobre mí, pero antes de que pudiera levantarse, le disparé en la cabeza y volvió a caer sobre la madera.

Seguí con la pistola en la mano, asegurándome de que no había nadie más en el pequeño piso. Pateé la puerta de los dormitorios. En uno solo había una cama y en el otro dinero y parte del botín de droga que se habían atrevido a robar. Lo metí todo en una mochila negra y me la colgué del hombro para llevármela.

Tomé algunas botellas de whisky y vodka que había por el piso y las vertí sobre los muebles y los cadáveres, encendí una cerilla y vi cómo el fuego se propagaba rápidamente. Cuando llegara la policía, solo habría cuerpos carbonizados y muy pocas pistas, lo que dificultaría la identificación.

Salí por donde había entrado y volví al coche. Abrí el maletero y metí lo que había recogido.

Cualquiera que se atreviera a desafiarnos estaba cavando su propia tumba, e imaginé que no serían los últimos a los que mataría.

Volví a sentarme en el asiento del conductor y cerré la puerta de un portazo, notando que tenía una gota de sangre en la cara. Me la limpié con el pulgar y arranqué el coche.

Ya estaba saliendo de allí a toda velocidad cuando apareció una llamada en el panel multimedia y respondí mediante un botón del volante.

—Ya los he encontrado, están todos muertos. Tenías razón sobre su ubicación.

—Nunca cometo errores.

—Quizás estés demasiado convencido, Ettore.

—No soy el único, primo.

—Estoy volviendo a Roma, así que asegúrate de tener una buena botella de vino.

—Que yo recuerde, no eras de los que celebran.

—Solo tengo sed.

Ettore se rió y colgó, pero no fue el único de mis primos que quiso hablar conmigo aquella tarde. Minutos después, cuando el sol se había ocultado por completo sobre las montañas, Luca me llamó.

—Tengo un asunto importante que discutir contigo.

—Supongo que no me invitarás a una buena botella de whisky o a un paseo por la playa.

—No. Arregla tus asuntos y ven a Sicilia lo antes posible.

—Hasta pronto.

Desconecté la llamada.

No sabía exactamente de qué iba la llamada de Luca, pero lo conocía lo suficiente como

para saber que no actuaría así si no fuera importante. Mientras mi tío, él, mi cuñado y otros hombres dirigían la mafia, a mí me tocaba limpiar el desastre y ocuparme de los que querían desafiarnos. Reconozco que me gustaba esta forma de poder. Los que eran lo bastante listos para saber quién era yo tenían la sabiduría de estremecerse cuando oían mi nombre y me mencionaban en sus oraciones para no cruzarse nunca en mi camino.



Thiago

Capítulo uno

Bajé del avión, saqué las gafas de sol del bolsillo y me las puse. Roma solía ser calurosa, pero tenía la sensación de que Sicilia lo era aún más. Quizá el tiempo solo me irritaba porque quería saber enseguida de qué quería hablarme mi primo.

Aunque me habían bautizado con el nombre de su padre, hermano de mi madre, nuestra relación familiar solía ser complicada. Teniendo en cuenta todas las muertes y complots de venganza que involucraban a nuestra familia, no era fácil decir que habíamos encontrado la paz eterna, por muy buena que fuera nuestra relación.

En general nos llevábamos bien, pero de aquella invitación se desprendía claramente que no se trataba de una reunión familiar. Para que me hubiera convocado allí, había una misión para mí y me moría de ganas de saber cuál era.

Un soldado me abrió la puerta de una camioneta y me acomodé en ella mientras nos dirigíamos a la mansión junto al mar donde vivía mi primo con su esposa.

No solía andar con muchos soldados, solo unos pocos y cuando era extremadamente necesario. Por peligrosos que parecieran, llamaban demasiado la atención y podían estropear fácilmente mis objetivos. Era más fácil entrar, matar y salir sin llamar la atención cuando estaba solo.

El coche aparcó en el garaje de la mansión Mancini y salí sin esperar a que me abrieran la puerta. Por mi madre, conocía bien el lugar, ya que solía llevarnos allí a mí y a mis hermanos a menudo cuando éramos niños.

En cuanto entré en el salón, vi a Luca sentado en un sofá junto a Perla y a los niños en la mesa de centro. Felipo parecía distraído con un juego de bloques de construcción mientras su hermana se embadurnaba de pintura. Aún era muy pequeña, pero probablemente heredaría el

talento de su madre.

—¡Thiago! —Perla se levantó y se acercó a mí, me saludó con un fuerte abrazo y yo le di un beso en la frente.

—¿Cómo estás, prima?

—Muy bien, ¿y tú?

—Excelente.

—Perla, ¿nos dejas un momento? —Luca giró hacia ella y Perla asintió.

Subió las escaleras y yo le seguí sin decir palabra. Entramos en su despacho y cerré la puerta tras nosotros. Luca se acercó a un pequeño mostrador y sirvió una copita de licor para mí y otra para él.

—Gracias por venir lo antes posible. —Me entregó la copa.

—Todo para la familia. —Tomé un sorbo.

Se puso detrás del escritorio y se acomodó en el sillón de cuero antes de volverse hacia mí.

—Desde hace algún tiempo, recibo notificaciones de mis hombres sobre la desaparición de muchachas en las islas. La mayoría proceden de familias pobres, muchas sin recursos. Ya sabes que cuando la policía no hace nada, la gente recurre a nosotros. Ha sido así durante siglos, respetan nuestras normas y mantenemos el lugar seguro. No sé quién puede estar detrás de esto, pero un ataque contra nuestra gente es un ataque contra nosotros.

—Quieres que encuentre al bastardo y lo mate.

—Podría tratarse simplemente de un asesino en serie cazando en el lugar equivocado, o

podría haber algo mucho más grande que eso, ya que ninguna ha sido encontrada, ni viva ni muerta.

—Lo arreglaré.

—Cuento contigo. La atención de los federales o incluso de la policía podría ser muy perjudicial para nuestro negocio.

Imaginaba que Luca me habría llamado para ocuparme de alguien que estaba causando problemas, pero no esperaba algo así. Quienquiera que fuera el responsable estaba loco o era un ingenuo al pensar que se saldría con la suya atacando a gente corriente en nuestra Italia.

Protegíamos a la gente y a cambio nos daban su lealtad y una parte de los negocios legítimos. No era bueno para nosotros que alguien se atreviera a desafiar esta cadena, aunque fueran chicas pobres e indigentes.

—Hiciste bien en informarme. Lo arreglaré.

—¡Genial! ¿Más licor?

Negué con la cabeza. Mi mente ya bullía con posibles culpables. O alguien estaba recogiendo a aquellas chicas para divertirse con ellas, o había una red de tráfico de personas que se aventuraba en tierras italianas, lo que podría darme muchos más problemas. Quienesquiera que fuesen o cualesquiera que fuesen sus motivos. Iba a demostrarles que no debían cruzar el territorio de los Bellucci sin atenerse a las consecuencias.



Thiago

Capítulo dos

Tomé el cuenco con el pescado que había limpiado en el mar y volví a entrar en casa. Lo poco que teníamos se estaba acabando y si mi padre no volvía pronto con más, tendríamos que sobrevivir a base de patatas y zanahorias del huerto. Al menos mi madre y yo nos dedicábamos a mantener el lugar en pie, incluso con el suelo arenoso de la isla. De lo contrario, podríamos enfrentarnos a una situación mucho más complicada.

—¿Juliana?

—Aquí están los pescados, mamá. Vamos a salarlos un poco y guardarlos en latas para que duren más.

Nuestro refrigerador se había roto y, con lo difícil que es mantener la electricidad en la isla, no era una de nuestras prioridades. No teníamos dinero para repararlo y ni mi madre ni yo sabíamos cómo solucionarlo.

—¿Alguna señal de tu padre? —Vino hacia mí con un tarro de sal.

Negué con la cabeza.

Ya debería haberme acostumbrado. Había sido así desde que tenía memoria, mi padre salía con otros pescadores, pasaba días en el mar y a veces volvía con un poco de esperanza, pero otras veces se limitaba a compartir la miseria con nosotras.

En el fondo, una parte de mí ni siquiera esperaba que la situación cambiara algún día. Estábamos atrapados en aquel lugar y no quedaba más remedio que esperar que ocurriera un milagro, cosa poco probable.

Ya tenía veinte años y algunos de los chicos de la isla se me acercaban, coqueteándome y

cortejándome, con la esperanza de que eligiera a uno de ellos para casarme, pero no quería dejar sola a mi madre y, al mismo tiempo, no quería tener una vida como la suya. Atascada en tierra esperando a que un hombre volviera del mar, si es que alguna vez lo hacía.

—¿Mamá?

Enarcó las cejas y dejó de juguetear con el pescado para mirarme.

—¿Qué ocurre?

—¿Sabes dónde está ese viejo machete?

—Por el amor de Dios, ¿para qué quieres eso?

—Estaba pensando en recoger algunos cocos en la playa y traerlos aquí. Nos estamos quedando sin agua potable y podría ayudarnos hasta que subamos a la montaña a recogerla del manantial.

—Acabarás haciéndote daño.

—Puedo hacerlo, mamá.

—¿Por qué no le preguntas al...

—Mamá… —la interrumpí.

Ella realmente esperaba que yo me acercara a uno de los hombres y lo eligiera como marido, pero yo no estaba dispuesta.

—Hay más mujeres que hombres en la isla...

—Por supuesto, ellos mueren en el mar —refunfuñé y luego tragué saliva, pensando que a

mi padre podría haberle ocurrido lo mismo.

—Las otras chicas estarán con los mejores y tú...

—Estoy bien, mamá —resoplé.

—¿Tú y Rhea pusieron eso en tu cabeza?

Me limité a decir que no. Mi mejor amiga solo tenía a su padre y quería cuidar de él, no le preocupaba encontrar un hombre entre los disponibles en la isla. Todavía estaba el hombre de la playa, del que, por mucho que ella hubiera dejado de hablar, yo sabía que seguía enamorada. Un tipo al que su padre había salvado, un multimillonario que probablemente nunca volvería a aparecer en aquel fin del mundo.

Al menos nos tendríamos la una a la otra y eso era bueno.

—¡Saúl! —gritó mi madre y miré hacia la puerta para ver aparecer a mi padre casi como si fuera un espejismo.

Estaba más bronceado de lo que recordaba, pero su expresión era cansada y demacrada, casi como si se hubiera arrastrado hasta allí.

Mi madre fue hacia él y le abrazó.

—¿Qué tal la pesca?

—Te he traído dinero y comida. Podrás comprar ropa nueva e incluso carne roja...

—¿Has conseguido vender ya todo el pescado, papá? —le pregunté con cara de sorpresa. Solía tardar en hacerlo y la falta de entusiasmo en sus ojos también me hizo sospechar.

Nunca había salido de aquella pequeña isla de pescadores, solo tenía una educación básica,

pero mi madre decía que yo era inteligente y que podía entender las cosas. Si algo me decía mi instinto era que había algo muy malo con mi padre.

—No fui a pescar.

—¿Y cómo conseguiste el dinero? —A mi madre le tocó sospechar.

—Yo... —Tragó saliva—. Conseguí un trabajo transportando materiales para una empresa. Me pagarán una tarifa plana y tendremos una vida mucho mejor, lo prometo.

—Saul... —tartamudeó mi madre.

—Confía en mí. —Se esforzó por sonreír.

Quería creer y me esforcé por hacerlo. Mi padre le dio el dinero a mi madre y ella se alegró. Parecían buenas noticias y yo debía contentarme con eso en lugar de pensar en lo que podía salir mal.

Después de comer un guiso de pescado, salí a recoger cocos a la playa y encontré a mi amiga haciendo lo mismo.

—¿Tu padre también volvió del mar? —me aventuré a preguntar mientras miraba hacia arriba, preguntándome cómo iba a trepar para conseguir el corte. Los más bajos ya habían sido retirados, dejando solo los más difíciles.

—Anoche. —Dejó escapar un suspiro de alivio—. La pesca no fue muy buena, pero nos ayudará a mantenernos unos días. —¿Y el tuyo?

—También nos las arreglaremos durante un tiempo.

No compartí con ella mi extraña sospecha. No quería parecer una aguafiestas, ya que mi madre había estado tan contenta.

Todo iba a salir bien, solo necesitaba un poco de fe.



Thiago

Capítulo tres

Unos días después...

—Estas son las chicas cuyos padres denunciaron su desaparición a la mafia...

Levanté la cabeza justo cuando Ettore empezaba a hablar y vi el panel que tenía detrás. Había seis fotos de chicas jóvenes y guapas, pero no tenían un patrón concreto, las había blancas y negras e incluso una con rasgos asiáticos.

—Revisé la base de datos de la policía y encontré a estas otras cuatro.

—¿Cuál es la norma?

—Todavía estoy tratando de identificarla.

—Pensé que eras mejor en eso —bromeé.

Mi primo puso los ojos en blanco. Era bueno en lo suyo, pero no le gustaba que lo desafiaran.

—La más joven tiene dieciséis años y la mayor veinticuatro. La información principal es que son jóvenes, guapas y proceden de familias pobres que no tienen recursos para intentar encontrarlas. Como no se han encontrado cadáveres, creo que no fueron simplemente secuestradas y asesinadas.

—¿Y qué más tienes?

El panel detrás de él se convirtió en un mapa con varios puntos rojos.

—Desapariciones en todo el Mediterráneo.

—Están traficando con las chicas.

—Sí.

El tráfico de seres humanos era más común de lo que me hubiera gustado. Aunque nací en una familia con su cuota de delitos, era una actividad que no practicábamos. Secuestrar mujeres y venderlas a quien estuviera dispuesto a pagar por una noche o varias era algo que aborrecíamos.

En general, no debíamos involucrarnos, no era asunto nuestro y cada mafia hacía lo suyo. Las guerras no eran buenas para nosotros, pero quienquiera que fuera se atrevía a cazar en nuestra tierra y sería castigado por ello.

—Averigüemos quiénes son y acabemos con ellos.

—Tenemos que informar a Marco primero. Una cosa es ir tras media docena de idiotas que robaron uno de nuestros camiones, y otra...

—¿Crees que no deberíamos hacer nada? —Crucé los brazos y levanté la cabeza en una postura más firme.

—Eso no es lo que he dicho.

—Hablaré con el jefe mientras tú encuentras la forma de encontrar a estos tipos antes de que desaparezca otra chica italiana.

—De acuerdo.

Me levanté de la silla y salí de la pequeña cueva que mi primo guardaba en su piso, con

alta tecnología capaz de romper cualquier sistema del mundo y encontrar a cualquiera.

No era el único que había recibido la influencia de papá. Ettore y sus hermanos habían crecido rodeados de ordenadores y tecnología y ahora ayudaban a su padre en estos asuntos.

Mientras Lorenzo, mi hermano, acompañaba a Dante y al tío Marco, preparándose para ser el próximo *consigliere,* Ettore y yo nos poníamos manos a la obra y resolvíamos problemas.

Conduje de vuelta a la mansión Bellucci y llegué allí a media tarde. Dejé la chaqueta en el maletero del coche y entré en el salón. Mi abuela estaba ocupada con uno de sus libros, pero levantó la cabeza en cuanto me vio.

—¡Thiago!

—Hola, abuela.

—Has estado desaparecido.

—Solo trabajando. —Me encogí de hombros.

Aunque la *nona* sabía lo que yo hacía al servicio de la mafia, prefirió no entrar en detalles.

—¿Quieres galletas? —Se inclinó hacia la mesa de café y me tendió una cesta.

Me acerqué, tomé dos y me las metí en la boca. Mastiqué antes de besarle la mejilla y alejarme.

Siempre alerta, pude oír la voz de mi tío procedente del piso de arriba y deduje que estaba en su despacho. Llamé a la puerta y esperé a que me dejaran entrar.

Dentro de la habitación estaban mi tío, el jefe, Dante, mi hermano Lorenzo y mi padre.

—Oí que estabas en Sicilia. —Los ojos de Marco se volvieron directamente en mi dirección.

—Luca me informó de la desaparición de unas chicas y fui a investigar. Ettore descubrió que no era solo allí. Ha habido informes de mujeres desaparecidas por todo el mar Egeo. Puede que no parezca asunto nuestro, pero han estado buscando a Luca y es solo cuestión de tiempo que la población active a otros *capos*. Pronto tendremos a la policía europea investigando, así como el miedo de nuestra gente a que su hija pueda ser la próxima víctima.

—¿Sabes quién está detrás de esto? —me preguntó mi padre.

—Todavía no, pero estamos trabajando en ello. Creo que están siendo llevadas a la prostitución.

—Es muy probable —reflexionó Marco—. Resuélvelo, Thiago, de manera limpia y rápida, sin llamar la atención sobre nosotros.

—Se hará. —Asentí con la cabeza.

Sabían que podían confiar en mí, mientras que yo no fallara en ninguna de mis misiones. Simplemente no esperaba que esta fuera tan desafiante.



Juliana

Capítulo cuatro

Me desperté por la mañana y me di cuenta de que mi padre no estaba en casa, probablemente se había marchado temprano y había desaparecido en el mar antes del amanecer, como de costumbre.

Me quedé en la puerta, observando el océano a lo lejos, más allá de algunas casas del pueblo y la playa. Perdida en mis pensamientos, tardé un rato en darme cuenta de la presencia de mi madre.

—¿Quieres un plátano?

—Gracias.

—¿En qué estás pensando?

— En nada. —Desvié la conversación con una sonrisa forzada.

—Con este nuevo trabajo, tu padre vendrá a casa más a menudo.

—Eso espero.

—Juliana.

—¡Ay, mamá! ¿No te parece extraño el nuevo trabajo de mi padre?

—¿Por qué?

—¿De qué empresa se trata? ¿Qué transporta? ¿Por qué nadie más de la isla trabaja con él?

—Tu padre intenta hacer lo mejor para nosotras.

Podría ser, pero no pude evitar sentirme extrañamente incómoda. Mis sentidos alerta me decían que podía ocurrir algo terrible.



Thiago

Capítulo cinco

Ettore encontró un patrón en el comportamiento de los secuestros que se estaba extendiendo hacia el Atlántico y esperábamos encontrarlos en Cerdeña esa noche. Había un pequeño pueblo en la isla que vivía casi exclusivamente de la pesca. Sin el protagonismo de las playas o los centros turísticos. Parecía un buen lugar para que se arriesgara gente como la que buscábamos.

Normalmente no disfrutaba matando, era mi trabajo y lo hacía bien, eso es todo, pero esta vez tendría un sabor especial.

Esos bastardos fueron realmente estúpidos al atreverse a actuar en Italia, pensando que no habría castigo.

—Hay un barco pesquero acercándose a la playa. —Oí la voz de Ettore desde el dispositivo que llevaba en la oreja.

Esa vez no estaba solo. Había otros cinco soldados conmigo. Como no sabía exactamente con quién me iba a enfrentar, era mejor que tuviera a alguien que me cubriera. Además, mi primo estaba en una de las casas con toda su parafernalia electrónica y al menos diez drones cubriendo la zona. Sería imposible que alguien se acercara antes de ser descubierto.

—Parece venir de aquí.

—Tiene inscripciones en griego en el lateral.

—Vigílalo.

—No tienes que enseñarme lo obvio.

—Hazlo.

Permanecí en silencio y me moví detrás de la roca donde estaba escondido. Hice un gesto a los hombres que me acompañaban para que permanecieran en las sombras. No quería que ninguno de ellos fuera visto antes de tiempo.

Por ahora era solo un barco sospechoso, no podía actuar hasta estar seguro.

Dos hombres abandonaron el barco y tardaron cerca de una hora en regresar cargados con algunas bolsas y una chica desplomada sobre el hombro.

Saqué mi pistola y comprobé la posición del silenciador antes de hacer un gesto a los hombres para que me siguieran.

Me acerqué a uno de los hombres con un golpe furtivo, dándole en la base del cuello y haciéndole caer al suelo. Sujeté a la chica desmayada con el pecho para evitar que cayera al suelo y uno de los drones de mi primo acabó con el segundo tipo antes de que pudiera dispararme.

—De nada —se jactó a través del auricular.

—Observa si hay alguien más.

—Hay un tipo en el barco.

—De acuerdo.

Entregué a la muchacha a uno de mis soldados y me dirigí al barco. Mis pies se hundieron hasta las rodillas en el agua antes de que consiguiera acercarme a la embarcación. Subí a la parte trasera y mantuve el arma en la mano hasta que me di la vuelta. La única luz y el único ruido provenían de la cabina.

Me acerqué y abrí la puerta de una patada, haciendo que el hombre que estaba dentro

abriera los ojos de par en par, sobresaltado, y diera un respingo.

—¿Hay alguien más contigo? —pregunté con voz gruesa e imponente.

—Solo los dos que se fueron. ¿Quién eres tú...? —tartamudeó, poniéndose aún más pálido.

Dudaba que aquel viejo asustado fuera el responsable de toda aquella organización.

—¿Quién es tu jefe?

—Yo... es...

—¡Habla!

—Hace quince días se me acercó un hombre en el mercado de pescado. Me dijo que si lo ayudaba a transportar unas mercancías me pagaría mucho dinero.

—¿Qué mercancía?

—Dijo que era mejor que no hiciera preguntas. —Tragó saliva—. Pero imagino que son drogas. Es solo la segunda vez que vengo.

—¿Ese hombre era uno de los que estaban con usted hace un momento?

—No. Parecen ser tipos diferentes cada vez.

—No me estás ayudando...

—Por favor.

—¿Qué sabes tú de las chicas? —Le disparé en la pierna y el hombre rugió de dolor, cayendo de rodillas.

—Nada.

Gruñí y el tipo se encogió.

—Dijeron que son prostitutas.

—¿Adónde los llevas?

—A un lugar llamado Isla Roja.

—Solo son chicas inocentes. —Le miré directamente a los ojos antes de disparar.

Cada uno de nosotros tenía su cuota de crímenes, y yo en particular ya tenía una bastante extensa, a pesar de que solo tenía un cuarto de siglo. Sin embargo, si había algo que me consolaba era el hecho de haber asesinado a quienes tenían un historial lo bastante sucio como para merecer su lugar en el infierno.

—Ettore, isla roja.

—Ya estoy buscando...



Juliana

Capítulo seis

Me había acostumbrado a los largos periodos en los que mi padre estaba fuera de casa, pero esta vez había una sensación aún más extraña. No compartía mi desconfianza con mi madre, porque me decía que solo atraía cosas malas.

Debería creer un poco más en mi padre, después de todo, lo que hacía realmente mejoraba la vida que teníamos.

Oí unos golpes en la puerta que llamaron mi atención y me sacaron de mis pensamientos. No debía estar buscando algo donde no lo había. Necesitaba desear un poco más el éxito de mi padre, porque mi madre y yo dependíamos de él.

—¡Rhea! —Abrí la puerta y una amplia sonrisa se formó en mi rostro al ver a mi mejor amiga. Nadie mejor que ella para hacerme olvidar esas teorías que me carcomían.

Aunque había crecido en aquella isla como yo y había tenido que enfrentarse a más dificultades, como perder a su madre muy joven. Tenía su propia manera de animar a todo el mundo.

—¡Hey!

—Me alegro de verte. No sabía que vendrías hoy.

—Mi padre está a punto de llegar y me preguntaba si podrías darme una patata y una zanahoria de tu huerto. Me gustaría hacer un poco de sopa.

—¡Claro que sí! —Di un paso atrás—. Entra y te las traeré.

—Gracias.

—¿Está tu padre en el mar?

—Sí —respondió brevemente.

—El mío se fue hace una semana. Mi madre está preocupada, pero sé que volverá, siempre lo hace. —Sonreí exageradamente.

Había dicho que con este nuevo trabajo volvería a casa más rápido, pero no lo hizo. Quizás había cambiado de opinión y solo estaba pescando con el padre de Rhea y los demás hombres de la isla.

En el fondo, a pesar de mi desconfianza, quería creer que estaría bien, igual que mi madre y yo.

—A veces van más lejos. Lo hacen en busca de mejores peces.

Me limité a mover la cabeza afirmativamente. Tal vez sería bueno compartir mis dudas con ella, pero no podía.

—Vamos al huerto, mi madre está en la cocina. —Agarré a Rhea del brazo y tiré de ella conmigo, pero antes de salir de la habitación nos sorprendió un estruendo.

El susto me dejó un poco desorientado y tardé un rato en darme cuenta de que alguien había entrado en casa.

—¿Dónde está Saulo?

El tipo era aterrador y con cada paso que daba sentía como si pudiera destruir toda mi casa solo con el impacto de sus pies. Lo peor era que había otros con él, al menos tres hombres. Se me erizaron todos los pelos del cuerpo y la visión era aún más aterradora que la de cualquier película de terror.

—Mi padre está en el mar. —Hinché el pecho e intenté no mostrar lo aterrorizada que estaba.

—¡Mentira! Desapareció con nuestro cargamento.

—¿Qué cargamento? —pregunté, pero entonces todos mis instintos gritaron un sonoro *¡Yo lo sabía*!

Para conseguir todo ese dinero mi padre se había metido en algo muy malo y ahora esos tipos estaban allí para cobrar el precio.

—¿Dónde está la droga, chica? —El primero me agarró por los hombros y me sacudió en el aire.

—¿Drogas? ¿Qué droga?

—La que tu padre transportaba para nosotros.

—Mi padre no anda con esas cosas —tartamudeé, sin dar crédito a mis propias palabras.

—Parece que no sabe nada —dijo riendo uno de los otros.

—No me importa. Solo necesito mi producto.

—Se habrán equivocado —dijo Rhea, tratando de defender a mi padre.

—Yo en tu lugar me quedaría callada —le gruñó, haciéndola retroceder unos pasos, dejando a Rhea completamente asustada—. Registren la casa —ordenó a los demás, que empezaron a buscar por todas partes.

—¡Cuidado! —grité mientras empujaban mi televisor y lo tiraban al suelo. Era una de las posesiones más preciadas de aquella casa, mi única ventana a otros lugares, y verla rota me

rompió el corazón.

Empecé a llorar sin poder contenerme y recibí una bofetada en toda la cara que me dejó la mejilla ardiendo y me sorprendió aún más.

—¡Cállate, muchacha!

—Encontramos a esta otra. —Uno de los hombres volvió de la cocina y tiró a mi madre al suelo junto a nosotras.

Intercambiamos miradas, y mi miedo a lo que nos pudiera pasar me hizo querer llorar, pero me contuve todo lo que pude para que no me volvieran a pegar o sufriera algo peor.

—¿Y las drogas? —insistió el que parecía ser el líder, pero no obtuvo la respuesta que esperaba.

—No la encontramos.

—Mierda, ¿y ahora qué? ¿Qué vamos a hacer? Cuando llegue el jefe, nos va a matar.

Había alguien por encima de ellos que podía ser aún más peligroso que esos tipos y esa posibilidad me asustaba aún más.

—Llevémonos a las más jóvenes —sugirió uno de ellos, alternando su mirada entre Rhea y yo.

—¿Llevarlas? —Los ojos de mi madre se abrieron de par en par—. Por favor, déjalas en paz.

—¡Cállate, vieja! —le gritaron.

—No sé qué hizo mi marido, pero ellas son solo muchachas... —Dejó de hablar cuando la

golpearon.

—Mamá... —murmuré en voz baja, tratando de ser inaudible.

No quería que nos hicieran daño a ninguna de nosotras, pero al mismo tiempo no sabía cómo podía actuar para protegernos.

—¿Qué haremos con ellas?

—Son guapas, pueden calmar al jefe o hacer que Saulo aparezca con nuestras drogas.

Uno de ellos caminó hacia Rhea, que se alejó más. Cuando la tocó, mi mejor amiga gruñó.

—No me toques. —Apartó la mano del hombre.

—¡Cállate, zorra! —La agarró del pelo con tanta fuerza que me hizo tragarme unos sollozos de terror.

En mi mente eran las peores cosas que podían intentar hacernos.

Rhea intentó apartarlo, pero no pudo, así que otro de ellos me agarró y me di cuenta de que yo tampoco tenía escapatoria.

—Suéltame. —Luché inútilmente, tratando de usar toda la fuerza que tenía en mí para liberarme de aquel terrible agarre.

—¡Suéltala! —Mi madre intentó ayudarme, pero la fuerza con la que la empujaron la tiró prácticamente al suelo.

Luché, grité, lloré y lo intenté todo para que no me llevaran. Sabía que mi padre podía estar implicado en algo malo, pero no tenía ni idea de las consecuencias que esto tendría en mi vida.

Había llevado una vida humilde, sin muchos recursos, pero éramos felices a nuestra manera.

Sabía que las decisiones equivocadas de mi padre eran las culpables de lo que nos estaba pasando, y en el fondo, desde el primer día, sentí que algo terrible iba a ocurrir. Sin embargo, mi mejor amiga no tenía nada que ver y estaba siendo arrastrada al mismo caos.

Ojalá pudiera ayudarla, pero no podría salvarme ni a mí misma.



Thiago

Capítulo siete

—¿Te ayudo con eso? —Mi madre se cruzó en mi camino en el pasillo y se detuvo delante de mí, ajustando el moño de mi smoking.

—Gracias. —La tomé de las manos y la aparté suavemente.

Se quedó mirándome unos minutos más sin decir nada. Imaginé que esperaba alguna pista sobre lo que iba a hacer esa noche, pero no se la di. Con lo habitual que era para mí salir de casa y pasar varios días fuera sin decir dónde ni por qué, estaba claro que eso la molestaba un poco. Sin embargo, mi madre no expresó sus temores y resentimientos porque sabía que formaba parte de mi papel en la mafia.

—Ten cuidado.

—No hay problema.

—Te ves bien.

—Gracias.

—El próximo fin de semana viene Manu con los niños y necesito que estés aquí.

—Mamá...

—Sé que te las arreglarás. —Me acarició la mejilla con cariño.

—Tengo que irme. —Me agaché y le di un beso en la mejilla antes de dirigirme al pasillo.

Oí un largo suspiro antes de desaparecer de su vista.

Sabía que tenía miedo de que me pasara algo. A diferencia de mis otros hermanos, yo estaba en la línea de fuego a diario, pero si me preguntaran si quería otro papel en la mafia diría que no. La adrenalina de ser el propio ángel vengador no tenía rival.

Tomé mi coche del garaje y me dirigí al edificio de la empresa tecnológica que mi tío había dirigido durante años. A pesar de los negocios de la mafia, también había muchas operaciones legales que servían de buena justificación para aquel rascacielos de Roma.

Mi coche atravesó las puertas sin dificultad, al ser reconocido por los sensores, y me dirigí al aparcamiento.

Había quedado con Ettore en el helipuerto y esperaba que mi primo estuviera esperándome en la última planta del edificio. Consulté la hora en mi reloj de pulsera mientras subía en el ascensor. Según la información que mi primo me había dado sobre la llamada isla roja, no teníamos mucho tiempo para llegar.

A los ojos del mundo, era un club para adultos con stripteases, masajes y todo lo que pudiera satisfacer los deseos de hombres y mujeres. Pero si se miraba un poco más a fondo, se veía un antro de prostitución internacional.

Íbamos a Grecia y debíamos extremar las precauciones al actuar en territorio extranjero. Además de la ya delicada situación con la mafia local, no estábamos al mando de la policía y no contábamos con el mismo número de aliados en el gobierno.

Los recursos eran limitados, pero aun así no me sentí intimidado. Tenía una misión que cumplir e iba a llevarla hasta el final. Iba a averiguar quién era el responsable de aquella organización, matarlo y dejar un buen mensaje para cualquier otro que se aventurara en territorio italiano sin nuestro permiso.

El ascensor se abrió y seguí el camino hasta las luces que indicaban el helipuerto. Ettore estaba de pie junto a la aeronave, llevaba ropa parecida a la mía y una maleta. A su lado vi a mi tío y a otro primo.

—¿Vas a participar hoy en la acción? —bromeé.

—Asegúrate de que no te maten. —Se unió.

—Mi padre y yo estaremos con el equipo en el laboratorio —dijo Nicolae—. Hemos entrado en su sistema de seguridad y hay al menos cincuenta hombres repartidos por toda la isla.

—Tienen que tener cuidado, muchachos —dijo Mateo como si aún fuéramos niños—. Tres guardias de seguridad viajarán con ustedes en el helicóptero, pero no todo el mundo podrá entrar. La isla está destinada a clientes muy adinerados, por lo que la seguridad y el secretismo son mucho mayores de lo que están acostumbrados.

—No te preocupes, papá. —Ettore se encogió de hombros.

—Estaremos aquí al final de la misión.

Asentí y me dirigí al interior del helicóptero. Por muy hábil que fuera, sabía muy bien a qué se refería mi tío. Si daba un paso en falso allí, podía poner en peligro la misión, mi vida y la de mi primo. No nos enfrentábamos a simples narcotraficantes que se atrevían a desafiarnos, sino a una organización que operaba en todo el mundo y se lucraba robando y comerciando con personas.

Mientras que acabar con ellos fortalecería a la familia Bellucci, hacer lo incorrecto podría perjudicar a mi familia y ponernos en un conflicto muy delicado.

Cuando el helicóptero despegó, Ettore me entregó los auriculares y una pequeña cámara para que me la pusiera disimuladamente en la corbata.

—Sería difícil pasar la seguridad de la entrada sin ser reconocidos. No hay elemento sorpresa esta vez.

—Puedo manejarlo —aseguré.

—Tampoco armas. Nos quitarán las nuestras cuando entremos. Así que no mates a nadie hasta que estés seguro de que es el líder que hemos venido a buscar.

Escuché las instrucciones de Ettore mientras me lo pensaba. Ya había entrado en otros lugares desarmado y solo había confiado en los cordones de mis zapatos y la fuerza de mis puños, pero mi primo tenía razón. Necesitaríamos un plan más elaborado para salir ilesos de allí.

—Pasaremos desapercibidos, pareceremos realmente interesados en estar allí.

Un burdel con mujeres hermosas de todo el mundo no sería un reto tan grande.



Juliana

Capítulo ocho

Rhea y yo estábamos en una habitación pequeña, sin contacto con el mundo exterior y solo con una pequeña ventana cerrada. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevábamos allí, pero me rugía el estómago, señal de que había pasado mucho tiempo desde mi última comida.

Mi mejor amiga estaba abatida, claramente asustada y probablemente también hambrienta. Quería disculparme por haberla metido en aquel lío, pero no sabía qué decir. Por mucho que hubiera sospechado que mi padre había estado involucrado en algo malo, nunca habría podido predecir que las consecuencias serían tales, y mucho menos que yo la arrastraría a semejante lío.

Era culpa de mi padre que estuviéramos allí, pero Rhea era inocente y no podía dejar que le pasara nada.

—Tenemos que salir de aquí. —Le agarré de la muñeca y le hice girarse hacia mí.

Rhea inclinó la cabeza para mirarme más de cerca y susurró con un tono de voz abatido y triste:

—¿Cómo?

—No lo sé. —Tragué saliva. Realmente no tenía ni idea ni ningún plan sencillo de cómo podríamos volver a casa, pero seguía pensando que teníamos que intentarlo o moriríamos allí.

—Si no tenemos cuidado, acabarán matándonos —dijo Rhea con cautela.

—¿Has oído lo que quieren hacernos? —Le recordé lo que habíamos oído hablar a nuestros secuestradores.

—Sí...

—Nos van a vender a alguien que...

—Es mejor no pensar en ello.

Incluso intenté evitar las inquietantes imágenes que se apoderaban de mi mente. Al crecer en una isla con menos de mil habitantes, conocíamos a todos y todo, nos ayudábamos mutuamente y nos casábamos con un vecino. Mi vida debía ser así, sencilla, tranquila y sin grandes emociones. Un día tras otro, a la espera de mejores condiciones.

Me encantaba la compañía de mi madre, hacíamos juntas lo que podíamos y me daban ganas de llorar al pensar en lo que podrían hacerle los bandidos...

¿Vendría mi padre al menos por nosotras, arreglaría esa confusión y nos permitiría a Rhea y a mí volver a casa?

Y don Pedro... Me preguntaba cómo reaccionaría el anciano padre de mi mejor amiga cuando volviera a casa y no la encontrara allí.

Por mucho que supiera que no era culpa mía, no podía dejar de juzgarme por haberla arrastrado involuntariamente a ese lío conmigo.

—Ay, Rhea. —Caí sobre su hombro y empecé a llorar.

Ojalá pudiera hacer algo, pero era difícil pensar con el estómago dolorido por el hambre.

Cuando la puerta se destrabó, me puse en pie y adopté una postura algo más defensiva, quería defender a Rhea de cualquiera, por mucho que no pudiera protegerme ni a mí misma.

Parpadeé varias veces hasta acostumbrarme a la diferencia de luz y poco a poco vi la silueta de un tipo truculento que resultó ser uno de los hombres que me habían sacado a rastras de mi casa.

—¡Déjanos en paz! —le grité.

—¿Quieres otro puñetazo, chica? —gruñó, haciéndome tragar saliva.

—Quédate quieta —me murmuró Rhea.

—Muy bien. Escucha a tu amiga y mantente al margen.

Asentí con la cabeza. Contuve las lágrimas de desesperación con todas las fuerzas que pude reunir.

—El jefe ordenó que les traiga comida. —Entregó una bandeja con pan duro y dos tazas de té frío.

Tenía tanta hambre que ni siquiera podía pensar en la posibilidad de que la comida estuviera envenenada o contuviera alguna sustancia que nos controlara. No era ni mucho menos la mejor comida del mundo, pero para alguien con el estómago dolorido, era casi como un festín.

—Alimentense porque por la noche van a salir de aquí. —La voz del hombre resonó en nuestra prisión antes de marcharse.

—¿Salir? —Oí a Rhea estremecerse.

Salir de aquí.. Estrangulé esas palabras en mis pensamientos antes de que se convirtieran en una frase audible.

Realmente quería poder creer que nos sacaría de allí, pero tenía que ser claramente realista. No tenía fuerzas para luchar contra aquellos hombres ni recursos que me permitieran negociar.

Por mucho que estuviéramos en un lugar espantoso, algo me decía que si nos íbamos podría ser aún peor.

Terminamos de comer y permanecimos en silencio. Ninguna de las dos tenía valor para decir nada, no había una palabra de consuelo que fuera suficiente por el momento. Las dos estábamos jodidas y yo temía que acabáramos encontrando un destino aún peor que la muerte.

Cuando por fin nos sacaron de la habitación, dos hombres truculentos nos arrastraron hasta un barco y nos metieron en una bodega.

Caí accidentalmente sobre Rhea y rodé hacia un lado.

—¿Te encuentras bien? —pregunté, preocupado por ella.

—Lo estoy —murmuró, pero dudé que fuera cierto. Era difícil mantener la calma ante todo a lo que nos enfrentábamos.

Aunque estaba acostumbrada al olor del pescado, nos colocaron en el compartimento donde se arrojaba la pesca y el aroma era muy fuerte, lo que hizo que se me revolviera el estómago y por poco me perdiera la precaria comida que habíamos comido hace poco tiempo.

Rhea murmuraba a mi lado, gimoteando y rezando. Quería que esta pesadilla terminara tanto como yo. Me acerqué y la abracé.

Solo quería poder decirle a mi amiga que todo iría bien, pero cada vez estaba más segura de que nuestra pesadilla no había hecho más que empezar.

—¿Qué te parece si jugamos con ellas antes de entregárselas a la gente de la isla? —Cuando oí sus voces, volví a estremecerme.

Yo era virgen, no había tenido relaciones con otros hombres. A los veinte años, mi familia era mi prioridad, pero entendía muy bien lo que querían hacerme.

—Nada de tocar a las chicas —dijo otro en tono firme, lo que me dio unos segundos de alivio.

—Será solo un anticipo.

—El jefe nos matará si valen menos porque decidiste estropear la carga.

—Nadie se dará cuenta en la puerta de atrás.

—¡Ícaro!

—Eres un grano en el culo.

—Van a... —empecé a hablar, pero antes de que pudiera terminar, Rhea me tapó la boca con el dedo índice.

—Será mejor que no llamemos la atención.

Asentí con la cabeza.

Se hizo un silencio claustrofóbico y aterrador mientras el barco se mecía con las olas rompiendo en su casco. El mar parecía enfadado aquel día, o era solo un sentimiento interno mío que no dejaba de reprenderme.

El miedo y el sufrimiento anticipado fueron mis verdugos durante todo el viaje. No saber exactamente lo que nos iba a pasar me aterrorizaba aún más. Cada vez que miraba a mi mejor amiga a mi lado, me dolía el corazón. Si ella no hubiera ido a pedirme esas verduras, no estaría tan mal conmigo.

No sé cuánto tiempo pasó desde que nos alimentaron hasta que llegamos a la otra isla.

El tipo, que debía de llamarse Ícaro, bajó al sótano y agarró a Rhea, arrastrándola afuera primero. Quise gritar, decirles que no se la llevaran, pero entonces llegó mi turno. Me tambaleé mientras me arrastraban y caí de frente en la arena, sintiendo mi piel magullada por los fragmentos como nunca antes. Parecía como si estuviera hecha de pequeñas partículas de cristal.

A lo lejos vi lo que parecía una mansión, como las que solo aparecen en los programas de televisión. Era suntuosa y se parecía a los templos de los dioses griegos, con columnas y una arquitectura similar.

Miré a mi alrededor, a la enorme playa, e intenté encontrar una forma de escapar, pero estaba tan débil que apenas daría unos pasos antes de que me atraparan de nuevo.

Sin ninguna posibilidad de liberarme, me volvieron a agarrar del brazo y me arrastraron de nuevo.

—¿Adónde nos llevan? —grité—. ¡Suéltenme!

—¡Quédate quieta, perra!

—Por favor, no le hagas daño. —suplicó Rhea cuando vio que levantaban una mano hacia mí.

Me obligaron a guardar silencio. No tuve más remedio que dejar que nos llevaran. Si me golpeaban, perdería la cabeza y no podría luchar contra nada después.

Había un hombre serio en la puerta. Llevaba gafas de sol y detuvo a los que nos arrastraban. Se giró hacia nosotras y nos miró de pies a cabeza, echándonos un buen vistazo que me desesperó aún más.

Salimos de monstruos para caer en manos de otros que me parecían aún peores.

—¿Qué hacen aquí? —dijo en tono serio.

—Nuestro jefe nos dijo que le trajéramos mercancía. —Nos empujaron hacia delante para que el tipo pudiera analizarnos mejor.

—Hmm... ¿Dónde conseguiste estas?

—En una isla pesquera.

—¿Pobres?

—Sí. Nadie las extrañará.

—Pueden pasar. —El hombre asintió y dio un paso a un lado, permitiéndonos entrar—. Encontrarán a la negociante dentro.

Seguimos el pasillo bien decorado con techos altos hasta que entramos en una sala con algunas jaulas y mujeres semidesnudas paseando. También había hombres que solo llevaban corbata y ropa interior diminuta, así como otros hombres bien vestidos que recibían órdenes de una mujer.

Era una versión terrorífica de una película erótica. Quería gritar más y llorar, pero había aprendido que hacer eso solo empeoraría las cosas para las dos. Tenía que pensar en Rhea.

Cuando la negociante giró hacia mí, sentí un escalofrío que empezó en la base de la columna vertebral y se extendió rápidamente por todo mi cuerpo. No necesitaba un sexto sentido para saber que podía ser incluso peor que los hombres con los que había tratado hasta entonces. Rubia, con el pelo recogido en un moño, las uñas largas y pintadas de rojo y algo que parecía un animal muerto alrededor del cuello.

Tragué saliva de nuevo al darme cuenta de que mi pesadilla no hacía más que empeorar.

—Mira lo que tenemos aquí... —Dio unos pasos y se detuvo frente a nosotras—. Me vendría bien un poco de sangre fresca para ofrecer a mis clientes.

—Te llevarás bien con estas dos. —Se rió el tipo que me sujetaba—. Son vírgenes.

—¿Ah, sí? —La sonrisa de la mujer se ensanchó aún más.

—Sí.

—Me las quedaré. Sería interesante hacer una subasta la próxima noche.

¿Cómo que una subasta? ¡No éramos mercancía!

—¿Y cuál será el pago? —A Ícaro le interesaba el dinero.

No dejaba de mirar a un lado y a otro, pensando en una forma de escapar, pero seguía sin tener alternativa.

—Te daré dos mil euros por cada una de las chicas. Y un diez por ciento de comisión si ofrecen más de diez mil por sus virginidades.

¿Realmente estaba negociando con nosotras?

Intercambiaron miradas y asintieron, firmando un trato que no podía suceder. Esto era más que un crimen, era inhumano.

—No puedes hacerme esto. —Rhea empezó a llorar, lo que atrajo la atención de la mujer hacia ella.

—No valías nada, chica. Al menos ahora tendrás algunos hombres ricos pagando por ti y un poco de comodidad. Has tenido suerte.

—No hay suerte alguna.

—Por tu propio bien, será mejor que cambies de opinión. —La mujer giró sobre sus talones e hizo un gesto a los demás para que se acercaran—. Lleven a estas dos a la ducha. Apestan.

Tomé la mano de Rhea y ella entrelazó sus dedos con los míos, pero nos separaron.



Thiago

Capítulo nueve

Me puse en alerta cuando el helicóptero aterrizó en la isla roja. A primera vista, el lugar parecía cualquier otro paraíso de Grecia. Habiendo nacido en el mundo del crimen y lidiado con él desde niño, conocía muy bien fachadas como aquella.

La primera vez que mi padre me llevó a una misión, yo tenía doce años, pero era astuto y rápido como un felino. Fuimos tras un magnate de la construcción de Roma que se atrevió a desafiarnos y a actuar en contra de lo que mi familia había determinado para ella. Pensó que la seguridad que tenía en su hermosa mansión bastaría para detenernos. Yo ya había entrenado mucho, pero fue electrizante colarme y matar al hombre en su propio despacho. Trece años después, había acabado con tantas otras vidas que había perdido la cuenta.

Al bajar del avión, me di cuenta de que había más gente. Varios millonarios dispuestos a pagar por los servicios ofrecidos. No me habría opuesto si no hubiera sabido que las mujeres que había allí estaban en contra de su voluntad y que algunas de ellas eran italianas, secuestradas bajo nuestra protección.

Evitábamos los desacuerdos internacionales y la delincuencia en otros países no solía ser nuestro problema, salvo cuando teníamos sucursales, como ocurría en Estados Unidos e Inglaterra. Sin embargo, siempre dejábamos claro que era mejor no meterse tampoco con nosotros.

Ettore se fijó en la entrada por donde pasaban los invitados y giró hacia mí.

—Saben quiénes somos. Ricos, jóvenes y Bellucci. Era la forma más fácil de conseguir la invitación, pero hagamos como si hubiéramos venido a divertirnos como todo el mundo.

—Parece que va a ser todo un reto. —Le guiñé un ojo a mi primo, que movió la cabeza negativamente y luego sonrió.

—Los soldados tendrán que quedarse aquí y nosotros estaremos solos.

Asentí, sabiendo que Ettore no estaría solo. Sabía manejar esos aparatos electrónicos como nadie, y sería capaz de burlar la seguridad del local.

—Los llamaré si necesitamos ayuda —dije a nuestros hombres—. Por ahora, quédense aquí y no llamen la atención.

Asintieron y le hice un gesto a mi primo para que me acompañara.

Los rumores sobre los negocios ilegales de mi familia circulaban por todo el mundo, aunque nadie era capaz de probarlos. Lo que tenían sobre nosotros era el hecho de que éramos la familia más rica de Italia, con miles de millones invertidos en los ámbitos más diversos, desde hoteles a la bolsa. El blanqueo de dinero se produjo de innumerables maneras y alimentó una fortuna legal de cientos de miles de millones.

Mis primos y yo éramos jóvenes playboys con mucho dinero para gastar y donde fuéramos nos recibían con una alfombra roja. Aquí no sería diferente.

Presentamos los códigos QR que Ettore había generado.

—señor Bellucci, bienvenido.

Nos limitamos a asentir.

—Es un placer darles la bienvenida a nuestra isla. Solo les pedimos que dejen sus armas aquí por la seguridad de todos los que están dentro.

—Estamos desarmados. —Levanté los brazos y dejé que el detector de metales pasara por mi cuerpo.

Si aquel tipo hubiera sabido de lo que era capaz solo con mis puños, no se habría

preocupado de asegurarse de que no llevaba un revólver. Podría matar a media docena de ellos con mis propias manos antes de cansarme. Mientras tanto, recordé lo que había dicho mi primo. Había al menos cincuenta soldados, así que mejor no arriesgarme antes de saber con certeza quién era mi objetivo.

Nos entregaron a cada uno una máscara negra y nos abrimos paso por el vestíbulo, ricamente decorado y muy sofisticado, que contenía algunos cuadros que me pregunté si serían réplicas o las obras originales conseguidas por algún traficante en el mercado ilegal.

Las arañas de cristal eran grandes, con varillas de oro y destilaban lujo. El suelo de mármol estaba pulido y casi brillaba como la superficie de un espejo. También había una alfombra roja, flanqueada por altos candelabros que indicaban el camino. Seguimos hasta llegar a una gran sala donde había un bar, un pequeño escenario, mesas con una barra de pole dance y jaulas sujetas al techo.

—No está mal. —Ettore me sonrió mientras miraba a las mujeres que bailaban como animales.

—No te distraigas. —Mi tono era más firme. Por mucho que nos provocaran las ansias, teníamos una misión que cumplir y debíamos mantenernos alerta.

—Solo parezco un cliente. —Se encogió de hombros mientras se acercaba al mostrador y se inclinaba sobre él.

Mi primo jugueteaba con su reloj y pequeños objetos que parecían insectos salían de él y volaban por el lugar. Siempre tenía una carta bajo la manga y esta vez no sería diferente.

Durante nuestra investigación sobre la organización, nos habíamos acercado a una persona del liderazgo. Aunque sabíamos que probablemente no actuaba sola, era la que solía mostrarse y la que tenía más información.

Conocida como la Raposa, esperaba una mujer pelirroja, pero el pelo era fácil de

transformar y cambiar.

Con el comunicador encendido, me alejé de mi primo y empecé a explorar el lugar en busca de ella. Estaba seguro de que si la atrapaba, podría llegar hasta los demás responsables del plan.

—Hola... —Una de las mujeres se acercó a mí y me recorrió el pecho con sus largas uñas pintadas de rojo, llamando mi atención sobre su rostro. Era negra, con el pelo grueso y una boca seductora. Llevaba lencería diminuta que llamaba la atención sobre su cuerpo. Si no tuviera un objetivo que cumplir, me habría dejado llevar fácilmente por esta tentadora distracción.

—Tal vez más tarde. —Le aparté la mano.

—Más tarde, puede que me lo pidiera otra persona, lo que podría ser lamentable.

—Entonces tendré que lidiar con eso, pero de momento estoy conociendo un poco mejor el entorno.

—Un voyeur, ya veo...

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —Me movía la curiosidad.

—Lo suficiente como para que me olvidara de cuándo había llegado. —Suspiró ligeramente y yo estaba a punto de hacer otra pregunta cuando oí la voz grave de mi primo en el auricular.

—La Raposa está en el escenario.

—Tengo que irme —le dije a la chica antes de apartarme de ella y dirigirme hacia el escenario, donde había sillones redondos y mesas alrededor para que mujeres y hombres pudieran ver el espectáculo de baile. El menú era variado, con opciones para todos los gustos y preferencias.

De hecho, allí se podía encontrar todo tipo de perversión, que es probablemente la razón por la que los clientes pagaban tanto.

Centré mi atención en la mujer del escenario, rubia y con una máscara blanca con varias plumas. Podría haber sido una peluca y me di cuenta de que era lo bastante cuidadosa como para ocultar su identidad. Se acercó disimuladamente a un micrófono, como si su sola aparición fuera ya un espectáculo.

Tenía que atraparla, pero no sería fácil delante de todos.

—Damas y caballeros, bienvenidos a la isla roja. Es un gran placer darles la bienvenida a esta noche de lujuria. Aquí todos los placeres pueden ser comprados y todos sus deseos serán satisfechos. Esta noche tenemos una atracción especial: además de las jovencitas que tenemos todos los días, contaremos con dos vírgenes. —El público comenzó a murmurar tras lo que ella dijo—. Sí, ¡vírgenes! Tendrán la oportunidad de romper un himen.

Mientras la multitud parecía alborotada, mi mente analizaba la escena y esperaba la ocasión propicia para meterle las manos encima a la Raposa. Empezaría con ella para decirles a esos traficantes de personas que se alejaran de suelo italiano.

—¿Cuándo? —preguntó alguien.

Mi atención se centró en un hombre con máscara sentado en uno de los sillones. No lo reconocí, pero no creí que tuviera que preocuparme por él. No era más que otro ricachón que no sabía lo que ocurría para que un lugar como aquel funcionara. O quizá sí, pero no le importaba.

—Tenga un poco de paciencia, señor. Disfrute de las atracciones que le ofrecemos. —La Raposa rió un poco, excitándose por la reacción del hombre—. ¡Diviértanse! —Hizo un gesto y dejó sitio para que otra mujer, semidesnuda como las que andaban por ahí, tomara el micrófono y empezara a cantar.

Seguí a la Raposa con la mirada, nunca se apartaba de la vista de la gente, siempre estaba

acompañada e interactuando con los clientes.

Como todo y todos tenían un precio, pensé que si ofrecía una buena suma, podría quedarme a solas con la criminal y hacerle algunas preguntas antes de que se arrepintiera de haber permitido que los italianos llegaran hasta allí.

Pasé junto a otros invitados, mujeres jóvenes y hombres semidesnudos antes de acercarme a ella. Me detuve frente a ella e inmediatamente atraje su atención.

—señor Bellucci. —Sonrió mientras me miraba de pies a cabeza.

Llevaba una máscara, pero no me sorprendió que me reconociera.

—¿Y su nombre, señorita?

—Puedes llamarme Raposa como todo el mundo.

—Creí que ibas a revelarme tus secretos. —Entrecerré los ojos y dije en un tono más grueso y seductor.

—No tan rápido, semental. —Me dio una palmadita en el pecho y soltó una carcajada más enfática.

—No soy un hombre muy paciente.

—¡Claro que sí! Era de esperar. Estoy acostumbrado a tratar así con los demás. —Me guiñó un ojo con picardía—. Son mis mejores clientes.

—Apuesto a que hay un lugar aquí donde podemos estar solos y puedo llegar a conocerte mejor.

Se mordió el labio inferior, pasándose la lengua por él y mostrando su boca pintada de

rojo.

—Solos... No sé si estarías dispuesto a pagar.

—Puedes apostar a que tengo suficiente dinero.

—Sería un placer, pero por desgracia no puedo. —Dio un paso atrás y me contuve de resoplar.

—Seguro que no se arrepentirá.

—Con un hombre como tú, estoy segura de que no. —Pasó sus manos por los músculos bajo mi chaqueta—. Pero me necesitan para presentar el espectáculo. Quizá otro día.

—Puedes poner a otra persona en tu lugar.

—Desgraciadamente no. Pero estoy segura de que mi próxima atracción podría gustarte. He aprendido lo mucho que te gustan las vírgenes.

—Es relativo. Una mujer con más experiencia puede ser muy interesante.

—Hasta luego. —Me pasó las uñas por los hombros y se marchó, seguida por los demás empleados.

—No pensé que fueras tan malo coqueteando con alguien. —Escuché la voz de Ettore a través del cable.

—Eso parece —resoplé.

—Tenías que haberte visto desde lejos.

—No veo que hagas otra cosa que molestarme.

—Al contrario, estoy explorando el lugar.

Me di la vuelta para buscar a mi primo y lo vi sentado en el mismo lugar del pub donde lo había dejado.

—Ya veo.

—Mis drones están por todas partes. Ya han cartografiado el lugar y han hecho un plano virtual. En el último piso hay una oficina y adentro hay dos tipos. Uno está coordinando algunas operaciones por teléfono y estoy seguro de que trabaja con la mujer a la que intentabas seducir.

—¿Cómo llegamos a ellos?

—No será fácil, hay al menos veinte guardias en el camino. Elige a una de las chicas y llévala arriba, donde están las habitaciones de los clientes. Allí hay una salida de incendios que puede ayudarte a acceder a la tercera planta.

—¿Cuántas cámaras?

—Cinco, pero puedo encargarme de ellas.

—De acuerdo.

Estaba a punto de volver tras la mujer negra por la que me había interesado cuando la Raposa volvió al escenario, atrayendo la atención de todos.

—Por fin ha llegado el momento que estaban esperando. —Empezó a andar y los clientes se fueron acercando poco a poco, rodeando el local hasta llenar los asientos delanteros—. Tenemos la primera virgen de la noche.

Una mujer fue empujada al escenario. Estaba asustada y se cubrió rápidamente para ocultar las partes expuestas de su cuerpo. Por su forma de actuar, era fácil deducir que era una de

las mujeres secuestradas.

Pobre, indefensa y arrojada a una guarida de leones dispuestos a devorarla.

Los hombres que me rodeaban parecían salivar al ver su cuerpo delicado e intacto.

—Muéstrate, chica —la animó la Raposa.

La chica se tapó aún más. Debía de tener unos dieciocho años, nada más. Tenía la piel ligeramente bronceada, el pelo rizado y los ojos muy abiertos, llenos de temor.

No pude oír lo que le dijo la Raposa, pero fue suficiente para que la chica soltara las manos y mostrara sus pechos. No eran muy grandes, pero sí turgentes y los pezones estaban muy duros. Estaba concentrado en mi objetivo, pero era difícil no distraerse con una tentación como aquella.

—Es preciosa, ¿no creen? —La mujer pasó las uñas por los pezones de la joven—. Pechos duros, vagina apretada.

—¡Déjame ver ese culo! —gritó alguien desde el público.

Todos los hombres estaban excitados y yo no era el único afectado por la visión.

La Raposa era astuta y sabía cómo atraer a los clientes para conseguir sus objetivos. Había una razón muy clara por la que el local estaba tan lleno.

Necesitaba subir con una de las chicas y bien podría ser esa.

La hicieron darle la espalda y la exhibieron aún más, como si fuera un objeto. Estaba acostumbrado a lidiar con muchas cosas, pero aquella me molestaba un poco. No es que yo fuera una especie de vengador de los inocentes, pero prefería tratar con aquellos que al menos tenían medios para defenderse, o suficiente culpa en su historial como para merecer una muerte lenta.

—Ya está bien. —replicó la Raposa con una risita—. Quien primero compre estas joyas podrá ver y tocar lo que quiera. La puja inicial es de diez mil euros.

¿Diez mil por una sola vez? Realmente hicieron mucho dinero con esas chicas y por eso secuestraron a tantas.

Un tipo hizo la primera puja, levantando la mano rápidamente. Parecía ser el primero que había preguntado por la subasta y supuse que estaba muy interesado.

—¿Alguien dará quince mil? —preguntó la mujer.

Me había comprometido a jugar, así que levanté la mano e hice la puja.

—¿Veinte?

—Treinta —dijo el primero en hablar.

—Mira, tenemos un interesado, ¿alguien más? —Sonrió ampliamente como si fuera un juego para ella—. No todos los días hay una mujer hermosa y virgen para que hagan con ella lo que quieran.

—Treinta y cinco —dije en voz alta.

—Cuarenta —dijo un tercero.

—Cuarenta y cinco —dijo un cuarto, y pronto varios hombres pujaron por la chica.

—Cincuenta. —Fue una mujer quien lo ofreció.

—Doscientos mil euros. —El primero hizo una oferta que era demasiado alta.

—Puedes ofrecer más. —Ettore se burló de mí escuchando.

—Dejaré esa muchacha a él.

—¿Quién pujará más alto? —insistió la Raposa, ciertamente contenta con el rumbo que había tomado la subasta—. ¿Nadie? —Movió la cabeza de un lado a otro, esperando—. Vendida al caballero del fondo. Una vez que haya efectuado el pago, se le dirigirá a uno de los salones privados.

Se la llevaron y yo estaba a punto de levantarme cuando trajeron a otra. Quizá un año mayor, con el pelo largo y rubio. Los mismos ojos asustados, pero aún más coraje para gritar y patalear. Tenía la cara enrojecida, lo que me hizo darme cuenta de que la habían abofeteado.

Llevaba la misma ropa indecente que no cubría nada y mostraba sus partes íntimas. Sus pechos eran pequeños, con pezones rosados y su vulva también estaba enrojecida, señal de que debían de habérsela afeitado recientemente.

Temblaba, sollozaba y lloraba como si estuviera viviendo su peor pesadilla.

—Pobrecita. —Oí los gruñidos de Ettore y me enfadé aún más.

—Miren a esta pequeña belleza. —La Raposa sujetó el mentón de la muchacha, apretando las uñas contra su cara para que pudiéramos analizarla bien.

Era hermosa, quizá incluso más que la primera, y casi podía ver a los otros candidatos peleándose por ella.

—Empecemos con veinte mil...

Unos cuatro levantaron la mano.

Aquella disputa pudo prolongarse durante el resto de la velada hasta que levanté la mano y atraje la atención de todos hacia mí.

—Doscientos cincuenta mil euros.

Tenía que cumplir mi misión. Quería acabar con esa banda de secuestradores y darle a esa chica una noche de descanso.



Juliana

Capítulo diez

—¡Suéltame! —grité desesperada mientras me arrastraban por el pasillo a través de varias puertas hasta que una se abrió y me arrojaron dentro.

—Es mejor que te comportes, puta.

Intenté levantarme, avanzando hacia el hombre, pero me empujó hacia atrás, haciéndome caer de culo.

—Si ese muchacho rico de abajo no hubiera pagado tanto por penetrarte, lo haría yo mismo.

—¡Suéltame!

—¿De verdad crees que podrás escapar de aquí? —Se rió burlonamente de mí—. Cuando aprendas a comportarte, será mucho más fácil.

—No puedes hacer esto... —Las lágrimas rodaron por mi cara con desesperación.

—Sí que podemos. Y más vale que te comportes. El cliente ya viene a divertirse y más vale que estés dispuesta a satisfacer sus necesidades o el castigo será aún peor.

Tragué en seco y me llevé la mano a la cara, recordando el escozor de las bofetadas que me habían dado cuando jadeaba de dolor y rabia mientras me preparaban para exhibirme como un objeto sexual.

Me encerré en la habitación y analicé el lugar. Había una cama grande y muy cómoda en una esquina, un poste de metal y unas sillas rojas. En la cómoda imaginé que había objetos, pero dudaba que alguno de ellos me ayudara a salir de allí. Me fijé en un bote de condones que había

en la mesilla justo antes de que se abriera la puerta.

Estaba prácticamente desnuda y sabía que cuando el hombre entrara, me sometería de una forma que haría que el secuestro pareciera un feliz recuerdo.

No quería que eso sucediera, no lo permitiría. Mientras hubiera fuerza en mí, lucharía.

Cuando se abrió la puerta, corrí hacia la ventana. No era muy grande, pero lo suficiente para que entrara mi cuerpo por ella. Ni siquiera me fijé en el precipicio que había debajo, en las rocas y en la distancia que me separaba del mar. Solo pensaba en que no iba a dejar que me tocara.

Respiré hondo y, con todo mi valor, me lancé por la ventana.

Me caí... Me caí... Me caí...

Pareció que pasaba una eternidad antes de que mi cuerpo golpeara el mar. Mis piernas cortaron el agua y me hundí con todo. Estaba acostumbrada a nadar, nací al borde del océano. De muchacha me creía medio pez, pero probablemente el cansancio y la desesperación me desestabilizaron.

Intenté tocar el fondo, pero estaba a muchos metros de distancia y simplemente no podía subir. Toqué el aire por encima de la línea del mar, pero seguí hundiéndome. Agitaba los brazos y las piernas mientras tragaba aire, y el dolor en los pulmones me desesperaba cada vez más.

No esperaba ahogarme, pero creía que sería mejor que lo que podría haberme pasado en aquella habitación.

Ya me estaba rindiendo, perdiendo lentamente la consciencia, hundiéndome, cuando la pequeña parte de mi consciencia que seguía activa se dio cuenta de que el agua se movía, algo más o alguien se había caído dentro.

Solo noté que alguien me rodeaba la cintura antes de que todo se volviera demasiado oscuro.



Thiago

Capítulo once

No me di cuenta de que la loca iba a tirarse al mar. En cuanto abrí la puerta, se tiró por la ventana sin ni siquiera mirarme a la cara. Era habitual que la gente se asustara con solo oír mi nombre, pero las mujeres no huían de mí en la cama.

Me acerqué a la ventana y la vi abajo, agitando los brazos, dejando claro que se estaba ahogando. Podía dejarla morir. La actitud era culpa suya y no había ninguna responsabilidad por mi parte. Sin embargo, pensé que se merecía algo más por su valentía.

Salté tras ella, empapando de agua salada mi traje y mis caros zapatos, y nadé hacia la chica, que luchaba desesperadamente por no ahogarse. Casi me lleva con ella. Cuando perdió el conocimiento, fue más fácil llevarla a la playa de arena.

La tumbé en el suelo y comprobé sus constantes vitales. No parecía respirar. Acerqué mi boca a la suya y no noté nada, probablemente había tragado demasiada agua. Le tapé la nariz y acerqué mis labios a los suyos. No solía salvar vidas sino quitarlas, pero para mi propia supervivencia, sabía lo suficiente de primeros auxilios.

Le hice la respiración boca a boca, tratando de sacar el agua de sus pulmones, y luego le realicé un pequeño empuje cardíaco con mis manos.

Tardó un rato en reaccionar, empezar a moverse y escupir el agua. Cuando por fin recobró el conocimiento, abrió mucho los ojos y me miró fijamente, encogida.

—¡Te has vuelto loca! —gruñí en griego, porque imaginaba que ella no hablaba italiano y con mis misiones había aprendido muchos idiomas.

—Me salvaste... —Estaba aturdida.

—¿Preferirías haber muerto?

Se acurrucó, abrazando las rodillas contra el pecho en una posición fetal que parecía protegerla de algún modo.

—No quiero que... —Las lágrimas cayeron con fuerza.

Después de casi ahogarse, la muchacha parecía aún más asustada.

Le tendí la mano y gritó.

—¡No!

Era solo cuestión de tiempo que nos vieran allí y toda mi misión se echara a perder. Debería haber elegido a otra mujer que me hubiera dado menos problemas y simplemente haber aceptado quedarse tranquilamente en la habitación mientras yo rompía algunas cabezas.

—Deja de gritar —alcé la voz, haciendo que ella abriera los ojos de par en par—. Cállate. Querrás ahogarte en el mar si me haces enfadar.

Ella tragó saliva y se encogió aún más.

—Ettore... —llamé a escondidas a mi primo, pero me di cuenta de que no contestaba, probablemente el comunicador se había estropeado con el agua del mar.

¡Maldita sea!

Estaba completamente mojado y tenía que encontrar la manera de volver dentro sin que se dieran cuenta de lo que había pasado. Dudaba que les hiciera gracia saber que una de las chicas había intentado suicidarse para evitar acostarse conmigo.

Podía entregarla y tendrían que recompensarme por ello. Sin embargo, aunque aquella

chica no fuera italiana, yo estaba allí precisamente para evitar que lo que le había sucedido a ella volviera a ocurrir.

La lástima no era un sentimiento que tuviera habitualmente, pero verla llorando, temblando, asustada, pero al mismo tiempo con fuerzas para luchar, me llamó la atención. En cierto modo, veía a mi hermana en ella. Manu siempre luchaba hasta el final y era una de las características que más admiraba en ella.

La chica que tenía delante necesitaba valor para lanzarse, algo que no todas las chicas tienen. Eso le hizo ganar algunos puntos conmigo.

Vi helicópteros acercándose en el horizonte, justo antes de que un dron llegara a la playa y se detuviera frente a mí.

—Varios policías vienen hacia aquí. —Oí la voz de mi primo a través de un pequeño altavoz—. Tenemos que irnos.

—¿Y la misión?

—La Raposa se escapa y los demás también, tendremos que atraparlos en otro sitio. Voy al helicóptero y te recogeré allí.

—De acuerdo.

Me preguntaba quién de los invitados habría llamado a la policía. Pero esa era una cuestión que tendría que resolver más tarde.

Pronto vi mi helicóptero en el horizonte y se acercó lo suficiente para que yo pudiera subir. Miré a la muchacha que seguía sentada en la arena. No sabía qué le pasaría si la dejaba allí. Podrían capturarla de nuevo y, con su comportamiento, podría acabar muriendo.

La chica me había fastidiado el plan, me había hecho empapar un smoking que valía miles

de euros, aparte de la tecnología que el agua del mar había estropeado, pero casi oí la voz de mi abuela diciendo que no podía dejarla allí.

—Thiago, ¡sube rápido! —gritó Ettore.

—Levántate. —Le ordené, haciendo que sus ojos se abrieran de par en par.

—Yo no...

—¿Quieres quedarte aquí? Pues quédate. —Le di la espalda, pero antes de que pudiera apartarme para subir al helicóptero, ella me agarró de la rodilla.

—Espera.

Me quité la chaqueta mientras ella se levantaba y se la di para que se cubriera.

—Tengo una amiga...

—Cállate y sube.

No teníamos tiempo, no quería que la viera la policía. Parecía asustada, pero al final subió. Probablemente no tenía ni idea de que yo podía ser mucho más peligroso que los que la habían secuestrado.



Juliana

Capítulo doce

Me acurruqué en un rincón del helicóptero mientras veía la isla alejarse en la distancia. Estaba tensa y asustada, pero aquel hombre se había arriesgado para salvarme la vida e ingenuamente pensé que podía confiar en él.

Rhea...

No podía dejar de pensar en mi mejor amiga y en lo que podría haberle pasado. Probablemente la habrían metido en otra habitación con otro de aquellos hombres y me entraron ganas de llorar al pensar en lo que podría haber sufrido.

Fue culpa mía y ni siquiera pude protegerla.

¿Se la había llevado la policía?

¿Debería haberme quedado a esperar?

¿Me protegerían los hombres que iban conmigo en el helicóptero?

Había demasiadas preguntas y no tenía respuestas para ninguna de ellas.

Me tragué las lágrimas y esbocé una media sonrisa cuando el otro chico me tendió un pañuelo.

Él y el hombre que me había salvado estaban hablando y no pude entender las palabras exactas, pero imaginé que era en italiano. Esa debía de ser su nacionalidad.

Si lo pedía, ¿me ayudarían a rescatar a mi amiga o al menos me llevarían de vuelta a casa? ¿Habría alguien cuando volviera?

Mi madre...

Empecé a llorar de nuevo, secándome los ojos con el pañuelo.

Temblaba de frío, incluso envuelta en la chaqueta del hombre, porque estaba mojada. Sin embargo, no me arriesgué a decir nada.

Asustada, con miedo y habiendo estado a punto de ahogarme, no pensé bien cuando acepté la invitación del tipo, pero empezaba a pensar que podría haberme metido en más problemas.

¡Cállate! Querrás ahogarte en el mar si me haces enfadar. Su voz airada resonó en mi cabeza y me estremecí.

Realmente quería ayudar a Rhea, pero no lo haría si ella no estaba viva. Si aquel hombre no iba a abusar de mí, ¿me vendería como a los demás o intentaría algo aún más cruel y brutal?

Temblaba mucho y no creía que fuera solo por el frío. El pavor consumía mis entrañas cada minuto que pasaba en aquel helicóptero mientras mi mente se agitaba con posibilidades cada vez más aterradoras.

No entender ni una palabra de lo que se decían los extranjeros tampoco era reconfortante. Podrían estar discutiendo mi destino en voz alta y yo no podría hacer nada al respecto.

Tragué saliva al mover la cabeza y me fijé en la pistola de un tipo que me observaba en silencio. Si por algún milagro me fuera posible sobrevivir si saltaba del helicóptero, una bala de una de aquellas pistolas probablemente me alcanzaría antes incluso de que abriera la puerta.

Era obvio que tenía miedo de morir. Todo el mundo lo tenía. Pero el miedo a lo que el destino me tenía reservado era aún peor.

Me fijé en el hombre que me había sacado del océano y me devolvió la mirada. Se había quitado la máscara y pude ver mejor sus rasgos. Era joven, con ojos y pelo castaños, hombros

anchos y un rostro muy aterrador.

Teniendo en cuenta la isla en la que estábamos y el hecho de que había pagado por quitarme la virginidad, no podía esperar una persona más amable.

—Estás morada.

Tardé un rato en darme cuenta de que me hablaba a mí.

Me limité a asentir, ajustándome más la chaqueta mojada. No estaba allí para abrigarme, pero cumplía una función aún más importante: proteger mi cuerpo de la mirada de todos aquellos hombres.

Le dijo algo a otro de los chicos, que se quitó la chaqueta y se la entregó.

—¡Toma!

—Gracias. —Tomé la prenda seca y la eché sobre la mojada antes de quitármela para no exponerme en el proceso.

No quería ni pensar en cuánta gente me había visto ya desnuda. Era degradante y vergonzoso.

Volvió a hablar con los otros hombres del interior del helicóptero y yo me quedé quieta. Al menos dejé de temblar cuando la chaqueta me calentó.

A medida que el helicóptero avanzaba, me daba cuenta de que me alejaba cada vez más de casa y no tenía ni idea de cómo iba a volver.



Thiago

Capítulo trece

Me sentí frustrado cuando aterrizamos en el helipuerto de la mansión Bellucci. Aparte de haber fracasado estrepitosamente en mi misión, estaba con una mujer que no debería haber sido mi responsabilidad.

—¿Qué vas a hacer con ella? —me preguntó Ettore.

—No lo sé. Ella no es de los nuestros, ni siquiera debería estar aquí. Puedes ayudarme a averiguar de dónde vino y enviarla de vuelta.

—Es una buena alternativa. Lo haré mañana en cuanto sepa dónde está la Raposa. Ella sigue siendo nuestra prioridad, ¿verdad?

—¡Claro que sí!

—Son las cinco de la mañana. Necesito dormir y cargar mi equipo. Mañana será más fácil trabajar desde mi oficina.

Él y yo giramos hacia la chica que seguía sentada en el helicóptero, mirándonos fijamente.

—Cuídala hasta mañana —dijo mi primo.

—¿Parezco una niñera?

—Tú la trajiste. Puedes encargarte de ella durante unas horas.

—Está bien —resoplé.

Ettore tenía razón. Yo la había traído y tenía que cuidar de la muchacha, aunque no fuera

una idea que me gustara.

Era un asesino, pero no solía acabar con la vida de inocentes y aquella muchacha ingenua solo había caído en manos de las personas equivocadas.

Me acerqué a ella y le hice un gesto para que saliera.

—¡Ven aquí!

No me obedeció, solo se encogió aún más.

—Ser testaruda no te ayudará. —Apreté los dientes y me pareció muy fácil deducir por qué la habían golpeado tanto.

—¿Dónde estamos? —Sacudió la cabeza de un lado a otro y se aventuró a preguntar.

—En mi casa.

—¿Tu casa? —Ensanchó sus ojos marrones.

—Sí. —Me agaché dentro del helicóptero y agarré su muñeca, tirando de ella.

Los ojos de la chica se abrieron aún más y los míos reaccionaron en respuesta. Ese era un trabajo que yo no solía tener. Mi hermana era mayor que yo y siempre se las arreglaba sola. Recordaba cuando vivía con nosotros y nos ganaba pulseadas a Lorenzo y a mí. Sin embargo, Manuela había nacido en la mafia, mi padre le había enseñado a dar puñetazos y a disparar cuando apenas había dejado el biberón, como había hecho con el resto de nosotros.

Probablemente en el mundo de la chica que tenía delante no había tantos peligros. Al menos ella era valiente.

Ella retiró la muñeca cuando el saco cayó, revelando su cuerpo por un momento. Antes de

que pudiera detenerlos, mis ojos se dirigieron rápidamente a sus pechos. Sus pezones rosados seguían hinchados por el frío. Era hermosa y probablemente habría traído mucho lucro para la Raposa y sus compinches.

Me humedecí los labios e intenté alejar pensamientos inapropiados para el momento. En otras circunstancias me habría encantado cogérmela.

Se vistió tan rápido como pudo con su chaqueta larga y se cruzó de brazos. Por suerte para ella, mi cuerpo impedía que los demás hombres vieran el suyo.

Le hice un gesto para que me siguiera y ella asintió mientras miraba a su alrededor con mucha atención. Por sus movimientos, me di cuenta de que buscaba una salida.

—Estamos en Italia, no hablas el idioma y si sales corriendo para escapar solo con eso que llevas puesto, te devorará el primer matón que te cruces por la calle. Pero si aún así es lo que quieres, puedo abrir la puerta y dejarte ir.

Hizo un gesto negativo .

—Eres inteligente.

Me acompañó al interior de la casa y la dejé en un pequeño salón de uno de los pasillos que daba al jardín.

Aún no había salido el sol, estaba oscuro y la gente de la casa dormía, salvo los soldados que montaban guardia. Yo también estaba cansado, a pesar de la adrenalina que mantenía mi cuerpo en pie. Mi ropa se había secado con mi propio calor, pero necesitaba una buena ducha y descansar, aunque solo fuera unas horas. Si iba a volver a aquella misión, más me valía que mis instintos estuvieran en óptimas condiciones. De lo contrario, podría poner en peligro mi propia vida.

Pero antes de poder descansar, tenía que ocuparme de aquella chica a la que ni siquiera me

había molestado en preguntar su nombre.

Mis padres dormían y no los desperté, sobre todo porque tendría que informarles de que había fracasado en la misión y yo casi nunca fracasaba. Admitir algo así me incomodaba.

Seguí por los pasillos hasta que me detuve frente a la habitación de mi abuela. Me fijé en la luz encendida bajo la puerta, así que golpeé.

—Adelante. —Su voz ronca sonó desde el otro lado.

Tiré del picaporte y la vi sentada en la cama con un libro en las manos y la lámpara encendida.

—¿No has dormido, abuela?

—He dormido, pero me he despertado hace media hora. Después de ser una anciana, mi sueño nunca es el mismo.

Asentí y seguí mirándola hasta que volvió a hablar.

—¿Necesitas algo, mi nieto?

—Sí. He traído a una muchacha y me gustaría que la cuidaras hasta que sepa qué hacer.

—Una chica. —Le brillaron los ojos—. ¿Una novia?

—No, abuela.

—¡Ah! Supongo que ustedes necesitan un poco de vida de vez en cuando.

—Tenemos un compromiso...

—Cariño —me interrumpió—, nadie sabe mejor que yo lo que es vivir en la mafia. —Esbozó una breve sonrisa y se levantó de la cama. Dejó el libro sobre las sábanas—. ¿Dónde está la chica?

—Abajo.

—Me cambiaré y bajaré enseguida.

—No habla italiano.

—¿Qué lengua es?

—Griego. Quizá sea más fácil...

—Muy bien, hablo griego.

Alcé las cejas. Mi abuela solía ser una caja de sorpresas.

—Aprender es siempre la mejor manera de ocupar el tiempo ocioso.

—Así es.

Se acercó a mí y me acarició la mejilla.

—Ve a darte un baño, muchacho. Parece que te hubieras caído al mar. —Observó mi ropa —. Pero es reconfortante ver arena sobre ti en lugar de sangre.

—Gracias por tu ayuda, abuela.

—No hay de qué.

Me fui a mi habitación sabiendo que mi abuela cuidaría de la muchacha y yo no tendría

que preocuparme más por ella. Al menos por ahora.



Juliana

Capítulo catorce

Estaba viendo salir el sol por la ventana cuando oí pasos que se acercaban y giré hacia el pasillo. El tipo me había dejado allí y esperé a que volviera para determinar qué iba a hacer conmigo, pero me sorprendí cuando una señora canosa apareció a mi vista.

Tenía una sonrisa amable y se acercó a mí sin miramientos, recordándome a una mujer de la isla donde nací a la que todo el mundo tenía por abuela.

Me miró bien y su expresión se hizo aún más amable.

—Parece que Thiago no es el único sucio de arena —habló en mi idioma y me alegré mucho de poder entender sus palabras.

Thiago... Así que ese era probablemente el nombre del hombre que me había llevado allí.

La señora se acercó y se sentó a mi lado, sin dejar de mirarme.

—¿Cómo te llamas, cariño?

—Juliana. —No tenía miedo de decirlo. Después de todas las formas en que me habían expuesto, mi nombre no parecía algo que necesitara mantener en secreto.

—Soy Rosimeire Bellucci, pero puedes llamarme doña Rosi o simplemente Rosi.

—Gracias. —Se me humedecieron los ojos y estuve a punto de echarme a llorar.

Después de todo el infierno al que me habían condenado, era la primera vez que alguien me trataba con amabilidad.

—¿Qué te ha pasado?

—De todo... —Esta vez no pude contener las lágrimas y me sorprendió un cariñoso abrazo.

—Oh, muchacha. —Me acarició el pelo—. Ahora todo irá bien.

—No sé si es posible.

—Créeme, lo es.

—Es usted muy amable.

Se separó de mí y me acarició la mejilla, manteniendo su sonrisa cálida.

—También necesitas un baño.

—Tengo hambre —confesé mientras se me revolvía el estómago.

No recordaba la última comida que había ingerido y, después de todo el miedo y la adrenalina, mi necesidad de comida quedó a un lado para que mi instinto de supervivencia pudiera mandar sobre mi cuerpo.

—Entonces vamos a la cocina. Mientras comes, puedes contarme qué ha pasado para que hayas venido a parar a mi casa.

Asentí y me levanté. La señora me puso la mano en la espalda y me condujo por la enorme casa hasta que llegamos a la cocina. Nunca había estado en una casa tan grande, pero mi necesidad de comida hacía que no pudiera perderme mirando los detalles.

Acercó una silla alta junto a una mesada de piedra y me indicó que me sentara en ella antes de abrir una gran nevera gris.

La señora llevó yogur, pan, pastel, fruta y una jarra de jugo de naranja. Notar este pequeño festín de deliciosas opciones me hizo llorar de nuevo. Era una abundancia a la que no estaba acostumbrada, ni siquiera cuando vivía con mi familia.

—Puedes comer hasta hartarte. —Me sirvió el jugo de naranja y lo empujó hacia mí.

—Muchas gracias. —Di un largo sorbo antes de cortar un trozo de pastel y metérmelo casi entero en la boca.

—Cómetelo con calma o acabarás sintiéndote mal.

—Lo siento. —Me encogí de hombros y empecé a masticar un poco más despacio, aunque la necesidad seguía llevándome a la desesperación.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste decentemente?

—No sé... —Intenté recordar en mi mente, pero aún estaba confusa y nublada.

—¿Qué te ha pasado para cruzarte en el camino de mi nieto?

—Sé que mi padre estaba metido en algo malo. Dijo que traería dinero a casa y que nuestra situación mejoraría, pero... —Tuve que volver a controlar mis lágrimas—. Entonces desapareció y unos hombres vinieron a buscarlo. No encontraron lo que buscaban y acabaron llevándose a mi mejor amiga y a mí. Terminamos en una isla donde...

—¿Dónde? —insistió la señora y yo tomé un gran trago de jugo para seguir adelante.

—Nos subastaron, a mí y a mi mejor amiga Rhea. No sé qué pasó con ella. Después de que nos separaran, no volví a verla... Me llevaron a una habitación y cuando entró Thiago me tiré por la ventana. No quería que él... —No pude terminar la frase—. Entonces estuve a punto de ahogarme y él me sacó del mar.

—¿Y te trajo aquí?

—No podía quedarme en esa isla...

—No. —Puso sus manos arrugadas sobre las mías y lo acarició—. No debería haberlo hecho.

—¡Pero Rhea sigue ahí! Tengo que encontrarla... —Empecé a moverme en mi silla.

Me sentí fatal al pensar que mientras yo disfrutaba de una sabrosa comida, mi mejor amiga podía estar pasando por la peor situación imaginable.

—Tengo que ayudarla. —Intenté levantarme, pero la señora me empujó hacia atrás.

—Primero tienes que ayudarte a ti mismo.

Me vi obligada a asentir.

—¿Tienes familia?

—Sí, a mi madre.

—¿De dónde eres?

—De un pueblo de pescadores al que llamamos Monte Skala.

—¿En qué parte de Grecia?

—No sé...

—¿Nunca has salido de allí?

Negué con la cabeza.

Pasé toda mi vida en ese lugar, esperando a que mi padre volviera con pescado y viviendo día a día con mi madre.

—Tendremos que averiguar dónde está, pero por ahora estás a salvo aquí.

—Gracias.

—Por nada. —Volvió a sonreírme.

Comí un poco más y nos quedamos un rato en silencio hasta que me aventuré a hacer otra pregunta.

—¿Quiénes son ustedes?

—La mafia italiana.

Tragué saliva y me entraron ganas de salir corriendo cuando la señora me lo dijo como si estuviera hablando de cómo la familia hace dulces para los vecinos.

—Ma... ¿Mafia?

—Como te he dicho, estás a salvo. —Su tono debía tranquilizarme, pero no era tan sencillo.

Estaba con la mafia de un país del que ni siquiera conocía el idioma. No tenía ni idea de lo que le había pasado a Rhea y nada me aseguraba que estuviera tan bien.

Mafiosos...

Tenía sentido que Thiago y los otros hombres estuvieran en esa isla.

—Te traeré ropa limpia para que puedas ducharte.

—Gracias.

Salimos de la cocina y Rosimeire me llevó a un cuarto de baño limpio y espacioso con bañera. Me dio una toalla y ropa de mi talla.

—Son de mi nieta Perla, pero como no los ha buscado en todos estos años, imagino que no le importará que te los quedes.

Forcé una sonrisa y me ceñí la ropa al cuerpo.

Mafia...

Mi ilusión de que la pesadilla había terminado no duró mucho, pero al menos conseguí ducharme y ponerme ropa decente.



Thiago

Capítulo quince

Dormí una hora o dos como mucho, y cuando me desperté tenía un mensaje de Ettore en el móvil.

Ettore:

Han desactivado la isla roja.

Thiago:

¿La policía?

Ettore:

Detuvieron a algunos soldados, hombres y mujeres que trabajaban allí, pero apuesto a que la Raposa y sus compinches se fugaron.

Thiago:

No abandonarán el esquema tan fácilmente.

Ettore:

Estoy seguro de ello.

Thiago:

Sigue buscando.

Ettore:

Ya lo estoy haciendo.

¿Cómo está tu chica?

Thiago:

¿Mi chica?

Ettore:

La que trajiste como souvenir de la isla roja.

Thiago:

Ese es otro problema que tengo que resolver.

Ettore:

Es bonita. Me divertiría un poco antes de devolverla.

Thiago:

Dejé que la abuela la cuidara.

Ettore:

Ponle un cinturón de castidad.

Thiago:

Tengo más cosas que hacer que cuidarla. Y a nuestra abuela le gusta una buena dosis de caridad.

Ettore:

Devuélvela.

Thiago:

Tan pronto como averigües de dónde viene.

Ettore:

Se quejan del nerd, pero al final nadie puede vivir sin mí.

Thiago:

Somos una buena pareja.

Ettore:

De acuerdo. Nos vemos más tarde.

Thiago:

Hasta pronto.

Me levanté de la cama y me acerqué a la cortina, abriéndola y dejando que el sol inundara la habitación.

La cabeza me palpitaba ligeramente y culpé de mi frustración a no haber hecho lo necesario la noche anterior. No había nada que odiara más que fracasar. Tenía una reputación de implacable y letal que haría cualquier cosa por mantener. Ese era mi papel ante la familia y toda la organización, del que me sentía orgulloso y que desempeñaba con gusto.

Entré en el cuarto de baño y me lavé la cara, notando la barba que había empezado a crecer. Tomé la maquinilla del armario y me la afeité rápidamente.

Muchos tuvieron la ingenuidad de subestimarme porque aún era joven, pero los que cometieron tal error no vivieron para repetirlo.

Chasqueé los dedos y saqué la toalla para secarme la cara. Me puse un pantalón de chándal y una camiseta antes de salir de la habitación.

Di un paso hacia el pasillo.

—Thiago. —La voz de mi padre hizo que mis músculos se tensaran.

Me di la vuelta y me enfrenté a él.

—Hola.

No dijo nada más, solo asintió e indicó la puerta del despacho de mi tío.

Lo seguí, y mi padre cerró la puerta en cuanto entré.

—Por desgracia, la misión no salió como estaba previsto. Los responsables escaparon...

—Ya tendrás tiempo de atraparlos más tarde —me interrumpió Dante—. Tengo otro trabajo para ti, primo.

—¿Qué? —Adopté una postura aún más rígida.

—Hay una banda callejera en el centro histórico que cree que puede comerciar sin nuestro permiso. Deshazte de ellos.

—Considéralo un hecho. —Esbocé una sutil sonrisa.

Asentí, pero antes de que pudiera salir del despacho, mi padre volvió a llamarme.

—La mujer que trajiste a nuestra casa. ¿Quién es ella?

—Nadie importante.

—Un juguetito. —Lorenzo se rió y me dio un codazo.

—Es una de las mujeres secuestradas que estaban negociando allí. Estaba conmigo cuando llegó la policía.

—Los secretos que existen en esta casa y la protección de nuestra familia no deben ponerse en peligro —Marco habló en tono firme desde detrás de su escritorio.

—Lo sé, tío. La abuela la está vigilando y me desharé de la chica en cuanto vuelva de la misión.

—Es solo una muchacha, papá —intervino Dante.

—Nuestras mujeres son sirvientes según nuestras leyes, no sabemos qué esperar de ella. Diviértete todo lo que quieras, Thiago, pero déjala fuera de aquí.

—Sí.

—Son sirvientes, pero aun así Pietra...

—¡Theo! —El jefe levantó la voz para interrumpir a mi padre.

—No será un problema —le aseguré, aunque no estaba nada seguro de arriesgarme por ella.

—Bien.

Salí de la oficina y fui a comprobar dónde había puesto mi abuela a la muchacha.



Juliana

Capítulo dieciséis

Estaba agotada y sentía cada parte de mi cuerpo como si pesara una tonelada, pero no podía dormir. Hice siestas cortas y daba vueltas en la cama. Y no era culpa del colchón. Nunca me había tumbado en un colchón tan cómodo ni había sentido unas sábanas tan suaves. El lujo de lo que se suponía que era solo la habitación de invitados me aterrorizaba aún más.

Rosimeire me dijo que podía sentirme como en casa y me instaló en la habitación, pero ¿cómo iba a sentirme realmente a gusto si me recordaban constantemente que estaba bajo el techo de unos mafiosos?

El hombre que me había sacado de la isla era tan malo como los que me habían secuestrado y mi instinto me decía que no me acercara a él, mientras que no podía dejar de pensar en mi mejor amiga y en que todo lo que le había pasado era culpa mía.

Había que rescatar a Rhea y solo alguien aún más peligroso podría encargarse de esos bandidos. No podía volver a casa sin mi mejor amiga, no era justo. Si Thiago me había sacado de allí, también podría rescatar a mi mejor amiga, solo tenía que convencerlo.

Oí abrirse la puerta del dormitorio y me incorporé, pero mantuve los ojos cerrados y las piernas recogidas, dispuesta a saltar de la cama si era necesario.

—Ya ves, está aquí durmiendo. —Oí la voz de Rosimeire y abrí los ojos lo menos posible para poder vislumbrarla en la puerta con su nieto.

—Tengo una misión. Necesito que la vigiles.

—Es solo una muchacha. No es que represente ningún peligro.

—No la conocemos y no sabemos qué peligro representa realmente. Hay demasiados

secretos en esta casa para que las paredes los escuchen.

—¿Mi hijo tiene miedo?

—El miedo de Marco es plausible. No debería haberla traído aquí. Voy a deshacerme de ella.

—¡Argrh! —resopló Rosimeire—. Ocúpate de tus asuntos. Yo cuidaré de la muchacha y me ocuparé de mi hijo.

—No tienes que hacerlo, abuela...

—Tú me la trajiste, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Entonces déjamela a mí.

—Gracias.

Apreté los ojos con más fuerza para que no se dieran cuenta de que estaba despierta. Necesitaba aferrarme a aquella mujer. Sentía que ella era mi garantía de que estaría a salvo.

Cuando la puerta volvió a cerrarse, pensé en levantarme, tenía que idear un plan o hacer algo para ayudar a Rhea. Sin embargo, el cansancio me golpeó tan fuerte que antes de darme cuenta me había quedado dormida.



Thiago

Capítulo diecisiete

Comprobé la dirección que había recibido y salí del coche. Misiones como aquella eran tan cotidianas como ir al supermercado. Aunque mi familia llevaba muchísimos años consolidada en el poder, todavía había algunos lo bastante locos como para intentar ir contra el sistema o absurdamente estúpidos como para imaginar que no nos enteraríamos.

Nadie, absolutamente nadie, hacía nada en Italia sin nuestra autorización y mi papel era exigir un precio a quien se atreviera a infringir la norma y enviar un mensaje para que otros no se atrevieran a hacer lo mismo.

Caminé con el sol de la mañana a mis espaldas hasta lo que parecía un edificio abandonado. De unos cinco pisos de altura, estaba inacabado y tenía pintadas por toda la estructura.

En la entrada había un chico de unos veinte años, dando caladas distraídamente a un cigarrillo como si no tuviera nada de qué preocuparse.

Tontos...

Mi conclusión fue rápida.

En cuanto me vio, intentó agarrar su pistola, pero se enredó y recibió mi disparo en la cabeza antes de que pudiera reaccionar.

Uno menos.

Este trabajo sería rápido.

Pasé junto a una puerta de hierro en la entrada que crujió y posiblemente delató mi

presencia.

Normalmente era más sigiloso, pero ese día, tras mi fracaso, ansiaba sangre. Cuantos más masacrara, mejor.

Había dos en el vestíbulo. Fueron más rápidos con sus armas y las desenfundaron antes de que yo entrara.

Salí justo antes de que los disparos atravesaran la puerta y varias más golpearan la pared donde me escondía. Busqué en mi bolsillo una bomba de humo que llevaba conmigo. La arrojé y tardó unos segundos en explotar, levantando una niebla blanca.

El humo desesperó a los hombres y me dio una gran ventaja.

Una de las cosas que más me gustaba era entrenar con los ojos vendados, aunque al principio me daban muchas palizas, con el tiempo mis habilidades se desarrollaron y me permitieron luchar bien en completa oscuridad o en entornos con poca visibilidad.

Me acerqué a uno de ellos y lo golpeé en el estómago. El arma se disparó y el tiro me rozó el brazo. Le di en la mano y tiré el arma, luego hice girar al hombre, impidiendo que los disparos del segundo me alcanzaran.

Cuando cesó el ruido de los disparos y el humo empezó a disiparse, aparté el cuerpo sin vida y salté un obstáculo que había en medio, golpeando al segundo en el pecho con los pies, lo que le hizo caer al suelo. Le disparé en la cabeza y murió antes de poder levantarse.

Sentí un disparo en la espalda y caí hacia delante mientras la bala rodaba por el suelo. Aquellos trajes que Ettore y su padre desarrollaron eran nuestros mejores atuendos, por mucho que la mayoría de nosotros no lo admitiera.

Sonreí al enfrentarme a los hombres que bajaban las escaleras.

—¿Qué mierda pasó aquí? —Uno de ellos se quedó boquiabierto mientras me miraba caminar como si no me hubieran disparado.

Me acerqué a ellos y desarmé a uno, tirando el arma al suelo y haciéndole girar en redondo, empujé a los otros dos.

Golpeé a uno en el estómago con un puñetazo y esquivé un cross. Golpeé a otro en la espinilla, oyendo cómo los huesos cedían bajo la presión de mi patada. Me di la vuelta cuando un tercero me dio un puñetazo en la espalda y le agarré del cuello, levantándolo en el aire. El hombre era bajo y delgado, lo que facilitó mucho mi tarea.

Intentó decir algo, pero no pudo con la presión de mis dedos.

Lo lancé contra la barandilla de madera, que se hizo añicos por la presión del impacto, pero no pude disparar porque me alcanzó otro.

Un puñetazo, un cross y otro golpe en el mentón le hicieron caer al suelo desmayado. Intenté dispararle, pero me había quedado sin balas. Volví a cargar y le di al que estaba en lo alto de la escalera y a los otros dos, sin luz.

No me molesté en buscar a otros que pudieran estar escondidos en algún rincón. Si alguno escapaba con vida, serviría de testigo para que otros no se atrevieran a desafiarnos.



Juliana

Capítulo dieciocho

Me senté en la cama cuando oí que llamaban a la puerta y entró Rosimeire, acompañada de otra mujer que llevaba una bandeja con el desayuno y la había puesto sobre una mesita en un rincón de la habitación.

—Gracias. —Sonreí cuando vi la comida. Había comido tanto por la mañana que ni siquiera había sentido hambre.

Parecía fácil acostumbrarse a ese trato e incluso olvidar quiénes eran esas personas y qué hacían.

La otra mujer se detuvo a medio camino entre las camas y me miró fijamente. Tenía el pelo ondulado, los ojos oscuros y aparentaba unos cincuenta años. Mientras me miraba fijamente, analicé su espalda y noté en su rostro algunos rasgos que se parecían a los de Thiago.

—¿Eres su madre? —supuse.

—Eres muy lista. —Rosimeire sonrió.

La mujer siguió mirándome fijamente y probablemente no entendió lo que le había dicho. No sabía si su presencia me hacía sentir más tranquila o incluso más desconfiada.

—Te he traído esto —Rosimeire me entregó una caja grande que había recogido en el pasillo.

Era blanca y tenía un lazo rojo. La abrí rápidamente por curiosidad y vi un teléfono móvil y un libro en italiano con un diccionario.

—Será más fácil si aprendes nuestro idioma.

—¡Muchas gracias! —Me levanté y la abracé sin pensarlo mucho. No sabía cómo agradecérselo.

—En absoluto. —Ella correspondió.

Empezaron a charlar, pero por más que lo intentaba no entendía lo que decían.

—Desayuna y luego acompáñame a dar un paseo por el jardín. Hace un día precioso afuera y esta casa está vacía desde que se mudaron mis nietas.

Asentí y me dirigí a la comida.

Me pregunté qué diría Rhea cuando mirara aquella abundante bandeja. Seguramente nos pediría que guardáramos un poco para después porque no sabríamos cuándo podríamos volver a comer, pero no parecía que Rosimeire fuera a dejarme morir de hambre como los hombres que me habían secuestrado.

Le di un mordisco al pan, pero me cayó como un trozo de hormigón.

Tan suave y delicioso como era, me pregunté qué estaría comiendo mi amiga, si alguien se habría molestado en darle de comer.

¿Qué habría hecho el hombre que la compró en la subasta?

Ah, Rhea...

Me dolía tanto el corazón.

Era un castigo comer porque no podía dejar de culparme. Tenía que hacer algo, pedírselo a alguien. Tenía que sacar a Rhea de allí.

Terminé de comer y salí de la habitación, buscando a Rosimeire. Estaba en un gran salón

con enormes sofás y ventanas que llenaban la estancia de luz solar.

Ella estaba hojeando un libro, la madre de Thiago también estaba allí, así como una tercera mujer que parecía un poco más joven. Las tres se volvieron hacia mí y fruncí el ceño.

—Ven aquí, Juliana. —Rosimeire me hizo un gesto para que me acercara.

—La comida estaba deliciosa.

—Nuestra cocinera trabaja muy bien.

—Sí...

La miré fijamente, y luego observé a las otras mujeres mientras pensaba en una forma de iniciar la conversación. Ella era solo una señora , pero parecía amable y tal vez pudiera ayudarme. Sin embargo, antes de que pudiera abrir la boca, varios hombres bajaron las escaleras.

Algunos parecían tener más o menos la edad de Thiago, pero otros dos eran mucho mayores, con canas y marcas de expresión. Las mujeres charlaban con ellos y yo me limitaba a mover la cabeza de un lado a otro tratando de entender. Vi que miraban en mi dirección e imaginé que hablaban de mí, pero mientras no entendiera su idioma, todas eran especulaciones.

Uno de ellos, el que parecía mayor y tenía los ojos azules, me miró fijamente durante largo rato hasta que Rosimeire dijo unas palabras más y se marcharon.

Puede que no entendiera su conversación, pero veía claramente cuánto la respetaban.

—No me quieren aquí —le dije mientras mi mente hacía suposiciones basadas en el tono de su voz y las miradas de sus ojos.

—La vida les ha enseñado a desconfiar.

—¿De mí? —Fruncí el ceño.

—Les he dicho que no eres espía de una mafia rival y que no tienen por qué preocuparse.

Tragué saliva, aún más torpemente.

—Gracias por interceder por mí.

—En absoluto.

—Te respetan —me sorprendí al darme cuenta.

—Son mis hijos y mis nietos. Tienen que respetarme.

Sonreí al darme cuenta de que allí había un sentimiento de familia, que probablemente era lo que me había hecho sentir tan bien acogida.

Estaba buscando las palabras adecuadas para decirle que necesitaba ayuda, que tenía que encontrar a mi amiga, cuando Thiago entró en la habitación. Entró en silencio y casi parecía una sombra.

Cuando miró en mi dirección, sentí un escalofrío que empezó en la base de mi columna vertebral y me erizó la piel por completo. Vi unas gotas rojas en la manga de su camisa blanca y en su cara que me hicieron tragar saliva y disiparon el atisbo de seguridad que Rosimeire me había dado antes.

No era arena y me recordó que estaba en medio de la mafia italiana. Me acurruqué en el sofá y casi me abracé las piernas con las manos.

La madre de Thiago le dijo algo y el hombre subió las escaleras, desapareciendo en el pasillo.

Le tenía un miedo atroz. Con un pavor abrumador que se intensificaba con las manchas de sangre, pero sabía que él era mi mejor oportunidad para ayudar a Rhea.



Thiago

Capítulo diecinueve

Salí del baño secándome el pelo en una toalla suave y la colgué en una silla antes de tomar el móvil del bolsillo del pantalón que había dejado en el asiento antes de ducharme.

Ettore:

No tengo todo el día para esperarte.

Thiago:

Tuve que lidiar con una pandilla por la mañana. Almorzaré e iré para allá. Espero que tengas noticias para mí.

Ettore:

Logré rastrear a la Raposa, pero se está moviendo.

Thiago:

¿Y el lugar de donde vino la chica? Necesito hacer algo con ella.

Ettore:

Lo que hago no es un milagro. Necesito una pista. Ni siquiera sé su nombre.

Thiago:

Lo averiguaré por ti.

Ettore:

Estupendo.

Thiago:

Hasta luego.

Dejé de mensajear a mi primo y fui a vestirme. Me puse un traje limpio y salí de la habitación en busca de la chica que había traído a casa. Todavía me preguntaba dónde tenía la cabeza cuando ni siquiera me había planteado que fuera una buena idea.

Volví a la sala y la vi en el mismo sitio con mi madre, mi tía Laís y mi abuela. Estaban viendo la televisión. Las mujeres de la casa no parecían verla como una amenaza.

—Te vienes conmigo —le hablé en tono duro, utilizando su lenguaje, y la chica se encogió en el sofá.

—Thiago... —mi abuela intervino.

—Necesito hablar con ella.

—¿No crees que puedes dejarlo para más tarde?

—No.

—Mi nieto...

—Lo devolveré en unos minutos.

Mi abuela giró hacia la chica, que asintió y se acercó a mí. Nos detuvimos en el pasillo y me crucé de brazos mirándola.

—Necesito tu nombre, preferiblemente tu nombre completo y de dónde vienes para poder llevarte allí.

—¿Me llevas a mi casa?

—Si yo fuera tú, lo aceptaría y seguiría adelante.

—No puedo volver a casa.

—¿Cómo que no?

—Ahora no...

—¡Escucha, chica! —La agarré de las muñecas e hice que abriera los ojos—. Esto no son vacaciones. ¿Sabes quién soy?

—Sí... —Su voz se escapó a través de labios temblorosos—. Thiago... Thiago Bellucci.

—Así es. —La solté, haciendo que diera un tambaleante paso atrás—. Entonces sabes que podría haberte matado ya.

—Pero no me mataste. —Hinchó el pecho, mirándome como un gato tratando de abalanzarse sobre un tigre.

—Deberías aprovechar y salir de aquí cuanto antes. Créeme, mis enemigos no me conocen por mi benevolencia.

—No puedo...

—¿Cómo no? —Alcé una ceja—. Ya te he dicho que encontraré la forma de devolverte al lugar de donde viniste.

—Necesito tu ayuda.

—No te has dado cuenta de que estás en el lugar equivocado, ¿verdad? No soy un filántropo millonario.

—Son la mafia italiana, lo sé —dijo como si estuviera anunciando que mi familia se dedicaba a negocios comunes.

No le pregunté cómo se había enterado. Parecía lo bastante inteligente como para darse cuenta, lo que hacía su presencia aún más peligrosa. A primera vista no parecía más que una chica ingenua e indefensa, pero mi tío tenía razón. Teníamos demasiados enemigos como para arriesgarnos.

—Deberías apresurarte por alejarte lo más posible de nosotros.

—Debería... —Bajó la cabeza, cruzó las manos delante del cuerpo y empezó a frotárselas en los brazos, inquieta—. Pero tú eres la única persona que puede ayudarme.

—No ayudo a nadie, muchacha.

—Podrías haberme dejado ahogarme.

—Pero eso no significa que sea piadoso. —Mantuve una postura firme, mirándola de arriba abajo.

—Por favor...

—Voy a enviarte de vuelta al lugar de donde te sacaron y puedes conformarte con eso.

—¡No! —Se lanzó hacia delante y me agarró de una muñeca antes de que pudiera esquivarla—. Haré lo que sea.

—¿Lo que sea? —Volví a mirarla con aire de curiosidad.

¿Qué razón podía tener para no querer volver a casa hasta el punto de ofrecerse a un mafioso como yo? Desde luego, la pobre no tenía ni idea de los riesgos que corría.

—Sí... —Dio un paso atrás, cubriéndose de nuevo el cuerpo como si tuviera la sensación de estar desnuda. Imaginé que se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que quisiera lo que no había conseguido aquella noche.

—¿Tienes idea de lo que podrías estar ofreciéndome?

—Si es necesario para que me ayudes...

Valiente... O demasiado loca y desesperada.

—¿Por qué no quieres irte a casa?

—No puedo volver sin mi amiga Rhea. La secuestraron porque estaba conmigo cuando los hombres que nos raptaron vinieron a buscar a mi padre. Era una chica inocente en el lugar equivocado y está en manos de esos tipos. —Empezó a sollozar hasta que una lágrima corrió por su mejilla fina y delicada—. No es justo que me vaya a casa mientras ella sigue allí. Sé que puede no ser amable, pero solo alguien más peligroso que ellos podría sacar a mi amiga de allí. Si eres ese tipo temido del que hablas, podrás ayudarme.

Di un paso atrás antes de que volviera a tocarme. Yo era un asesino, no una especie de salvador que rescata a pobres chicas secuestradas.

—Te lo ruego... Te prometo quedarme muy quieta. —Empezó a juguetear con su blusa.

Le agarré la mano y se la aparté de la blusa antes de que intentara desnudarse en un lugar donde cualquiera pudiera pasar y verla.

—No quiero sexo a cambio de rescatar a tu amiga.

Apretó los labios con fuerza, intentando no llorar. Mejor así, porque me fastidiarían aún más ver sus lágrimas.

—Debe haber algo que pueda hacer.

—Primero dime la información que te he pedido.

—Me llamo Juliana Kouris. Vengo de un pueblo de pescadores al que llamamos Monte Skala. Eso es todo lo que sé. Nunca he salido de allí y no sé cómo volver.

—De acuerdo. —Le di la espalda.

Estaba a punto de alejarme, pero me agarró del hombro y me obligó a mirarla.

—Pero, ¿eso es todo?

Gruñí y ella apartó la mano por miedo a ser mordida.

—Ten mucho cuidado si quieres estar viva para encontrarte con tu amiga.

Retrocedió en silencio.

Me aparté de ella, pero antes de que pudiera desaparecer por el pasillo, apareció mi abuela.

—Le dije a Marco que soy responsable de ella.

—Ni siquiera sabes quién es esta chica, abuela. No deberías poner las manos en el fuego y

exponer a todos nosotros a un posible peligro.

—Fuiste tú quien la trajo, cariño. Creo que hay una buena razón.

—Un lapsus de locura, seguramente —refunfuñé apretando los dientes.

—Encuentra a su amiga.

—¿Oíste la conversación?

No contestó, pero fue suficiente para hacerme saber que sí. Mi abuela parecía solo una anciana, pero ninguno de nosotros tenía tantos ojos y oídos en aquella casa como ella. Aunque mi tío era el jefe, nadie mantenía la estructura familiar mejor que la *nona*.

—Lo que le ocurra a su amiga no es nuestro problema.

—¿No es tu misión atrapar a quienes secuestraron a las chicas? ¿Castigarlos por actuar en nuestro territorio? Bueno, también podrías traer una más a casa.

—Chicas italianas, abuela.

—Hazlo, Thiago.

Respiré hondo y asentí. Porque ese pedido valía tanto como uno de mi tío.

—Si pasa algo...

—Vigilaré a la chica.

—¡De acuerdo! ¿Puedo irme ya?

—Sí. —Me besó en la mejilla y me dio una palmada en la espalda para que siguiera mi

camino.



Juliana

Capítulo veinte

Vi a Rosimeire hablando con Thiago, pero no entendí nada de lo que dijeron. Por su expresión supe que la respetaba y en el fondo esperaba que intercediera por mí.

No era una completa idiota, sabía que ponía mi vida en peligro quedándome allí y considerando la posibilidad de desafiar a un hombre como aquel. Lo había pasado fatal durante el secuestro y por mucho que hubiera una falsa ilusión de seguridad en aquella casa, no me dejé llevar.

En el fondo, quería volver con mi madre. Decirle que no a la posibilidad de volver a abrazarla era angustiante, pero no podía volver a casa con la cara limpia y fingir que el destino de Rhea no era mi responsabilidad. No tendría el valor de enfrentarme a su Pedro sin poder decir que había hecho todo, exactamente todo, lo posible para que ella también volviera a casa.

Si eso significaba aceptar las condiciones de un mafioso que me miraba como si fuera a matarme en cualquier momento, estaba de acuerdo. Esa era mi única alternativa y por muy aterrorizada que estuviera, no podía huir.

Rhea era inocente en aquel lío y yo no creía que mi vida valiera más que la suya, por mucho que mis instintos me lo dijeran.

Por suerte tenía a su abuela. Nunca estaría segura de poder confiar realmente en ella, pero me daba seguridad y la ilusión de que me protegería si algo ocurría. Necesitaba aferrarme a eso.

—¿Qué te gusta hacer? —Rosimeire giró hacia mí y me rodeó con los brazos, tirando de mí.

—Yo... Bueno... —Yo estaba un poco confundida para responder a su pregunta.

—¿Qué hacías a menudo en casa?

—Mi madre y yo teníamos un huerto. Me encantaba plantar. A veces era muy difícil conseguir que germinaran las frutas y verduras, no todas las plántulas que conseguía sobrevivían, pero era muy bonito cuando lo hacían.

—Huerto, interesante. ¿También te gustan las flores?

—Me gustan.

—¿Qué te parece si vamos y plantamos algunas en el jardín?

—Sería genial.

—Entonces vamos allí. —Me guió por el camino—. Después te llevaré a ver mi biblioteca y te dejaré estudiar algo de italiano.

—Es usted muy amable. —Giré mi cuerpo para mirarla, sujetando sus manos entre las mías—. Pero, ¿por qué usted es tan buena conmigo? —No pude contener la pregunta que me daba vueltas.

—Mi nieto te eligió a ti.

—¿Eligió? —Me pareció extraña la palabra que usó.

—¿Vamos al jardín? —Cambió de tema y decidí no insistir mientras aquella frase seguía resonando en mi mente.



Thiago

Capítulo veintiuno

Recorrí un largo pasillo del rascacielos que destacaba en el horizonte de Roma. El edificio, que había sido construido por mi tío, no era nada discreto, pero tenía la apariencia de una empresa tecnológica que realizaba operaciones legales y pagaba sus impuestos.

Por mucho que fuera una tapadera para blanquear dinero como muchas otras, aquella empresa en particular fomentaba la inteligencia de mi tío y los talentos que había transmitido a sus hijos. Subí a un ascensor y puse la mano en el panel. Leyó mi huella dactilar y me llevó a una planta oculta donde el equipo que trabajaba para la mafia dirigía sus operaciones.

Los hombres frente a sus ordenadores ni siquiera se movieron cuando me acerqué a la mesa donde estaba sentado mi primo.

—No creí que fueras a aparecer hoy. —Dejó de teclear y me miró.

—Hubo algunos contratiempos.

—¿Conseguiste la información que necesito para rastrear el origen de la chica?

—Juliana procede de un pueblo pesquero de Grecia.

—¿Qué ciudad?

—Skala.

Él escribía a una velocidad aterradora mientras hablaba y alternaba su atención entre la pantalla del ordenador y yo.

—Te enviaré las coordenadas para que un piloto pueda llevarla a su casa.

—No va a ir ahora.

—¿No? —Levantó una ceja, sorprendido—. ¿Has cambiado de opinión sobre quedarte con la chica?

—No quiere irse hasta que encuentre a una amiga que fue secuestrada con ella.

—Ese no es nuestro problema.

—Eso es lo que yo he dicho.

—Pero...

—La *nona* quiere que encuentre a su amiga.

—De acuerdo. —Ettore asintió.

—Tenemos que averiguar dónde fue la Raposa y a dónde se llevó a las chicas que estaban en la isla roja. La amiga de Juliana fue la primera en ser subastada.

—Ah, me acuerdo de esa muchacha...

—Concéntrate. —Di una palmada en el respaldo de la silla de mi primo, que se inquietó.

—Si la encontramos, ¿puedo quedármela para mí?

Fruncí el ceño y mi primo se echó a reír.

—Solo bromeaba.

—Deshagámonos de la Raposa y sus compinches. Devolvemos a las muchachas a sus casas y problema resuelto.

—¿Desde cuándo eres tan amable?

—Será la buena acción del siglo. —Me encogí de hombros.

—No son aficionados. —Ettore giró hacia su ordenador—. Solo secuestran a mujeres que nadie echará de menos, o cuya familia es demasiado pobre como para hacer nada. Las denuncias a la policía continúan, pero la mayoría de las desapariciones ni siquiera se investigan. Es más, también tienen expertos para cubrir sus huellas. No tan buenos como yo, pero han hecho sus deberes.

—Pero su organización se sostiene gracias al dinero de los millonarios. Los tipos necesitarán saber del próximo lugar.

—Exactamente. Eso es lo que busco.

—¿Lo has encontrado?

—¿No crees que te lo habría dicho?

—Entonces debes apresurarte.

—¿No tienes cuellos que romper o tipos a los que pegar en vez de estar aquí intentando molestarme?

—Haz tu trabajo, Ettore. Yo me ocuparé del mío.

Me aparté de mi primo cuando mi móvil empezó a vibrar y lo saqué del bolsillo, sorprendido al ver un mensaje de mi hermano.

Lorenzo:

El fin de semana es el cumpleaños de Manu.

Thiago:

Lo sé.

Viene a quedarse con nosotros.

Lorenzo:

¿Ya le has comprado un regalo?

Thiago:

He estado ocupado.

Lorenzo:

¿Con la griega?

Thiago:

No como tú te imaginas.

Lorenzo:

No dejes que tus distracciones pongan en peligro a la familia.

Thiago:

Todavía no eres el *consigliere* y ya me estás dando órdenes.

Lorenzo:

Solo te recuerdo que no olvides a nuestra hermana.

Thiago:

Quiero a Manu tanto como tú. No te preocupes.

Lorenzo:

¡Estupendo!

Mamá está preparando una fiesta sorpresa.

Thiago:

Allí estaré.

Lorenzo no envió nada más y yo tampoco insistí.

De los papeles que mi padre desempeñaba en la mafia, la parte política siempre le vino mejor a mi hermano. Mientras yo prefería meterme en peleas y derramar sangre, Lorenzo estudiaba estrategias y veía la mejor manera de actuar, siendo el más indicado para estar al lado de mi primo, que pronto asumiría su puesto como jefe de la mafia.

Por muy buen jefe que fuera, el tío Marco ya se estaba haciendo viejo y preparaba a su hijo para cuando le llegara la hora.

Cada uno de nosotros tenía un papel que desempeñar en el funcionamiento de la organización y yo disfrutaba mucho con el mío.

Asesino...

Ejecutor...

Cualquiera que se atreviera a desafiarnos esperaba que yo no apareciera.

—Voy al centro comercial. —Me acerqué a Ettore.

—¿Estabas enviando mensajes a una candidata? —bromeó.

—Compraré el regalo de cumpleaños de Manuela.

—Buena suerte. —Contuvo la risa y me fui sin decir una palabra.

Preferiría matar a mil soldados antes que dedicarme a esas trivialidades, pero era Manuela. Por mucho que mi hermana fuera firme, dura y un poco controladora, le gustaba celebrar su cumpleaños. Llegar con las manos vacías bastaría para enfadarla, cosa que no quería hacer ya que pasábamos mucho tiempo separados.

Me había acostumbrado a que entrenáramos y disparáramos juntos. Manuela nunca dejó que el hecho de ser mujer le impidiera luchar y ser quien era. Yo la admiraba mucho por eso.

Por mucho que supiera que no debía oponerme, no me gustaba que la obligaran a casarse con un estadounidense y a quedarse a miles de kilómetros de nosotros, donde yo no podía protegerla. Aunque mi hermana sabía defenderse muy bien. Sabía que se había convertido en mucho más que una madre y esposa para el jefe de la mafia de Nueva York.

Pensé en ir directamente a alguna galería. Podría comprarme un bolso de diseño o un perfume, pero después de mi conversación con Lorenzo, no quería equivocarme.

Volví a casa y decidí llamar a mi madre para que me acompañara y me ayudara a elegir. Reconozco que no era el mejor regalador del mundo y no tenía ni idea de qué comprar.

Ya me imaginaba la cara de mi madre cuando Manuela abriera la caja y encontrara una navaja inglesa. Yo particularmente tenía una colección de ellas, me resultaban útiles porque me ayudaban a hacer sangrar a la gente.

Salí del coche, me alisé la chaqueta y entré en la mansión.

Debería haber llamado a mi madre para asegurarme de que estaba allí o en la ONG, pero cuando lo pensé ya era demasiado tarde. Decidí buscarla antes de usar el teléfono.

No la encontré en la cocina, pero ya había pasado la hora de comer y me serví un poco de pasta antes de seguir la sugerencia de la cocinera y mirar en la biblioteca.

En cuanto abrí la puerta las vi, no solo a mi madre, sino también a mi abuela y a Juliana.

—¡Thiago!



Juliana

Capítulo veintidós

Levanté la cabeza y lo miré fijamente en cuanto se abrió la puerta de la biblioteca. Contuve la respiración y mi pecho osciló entre latidos rápidos y apretados. Tenía una presencia, un aire oscuro y pesado que me helaba hasta los huesos. Al mismo tiempo, sentí que no había nadie más con poder para ayudarme.

Mi necesidad de estar cerca de ese hombre me hizo superar mi miedo y mi instinto de conservación.

Dijo algo que no entendí y su madre se levantó y se acercó.

Al igual que Rosimeire, Tatiane también era amable conmigo e incluso habíamos encontrado una forma de comunicarnos utilizando una aplicación de traducción en nuestros teléfonos móviles. También tenía curiosidad por saber cómo había llegado hasta allí y por qué me había traído su hijo. Le hice una breve descripción de los hechos y le enseñé el texto a través de la aplicación.

—¿Pasó algo? —pregunté a Rosimeire.

—No te preocupes. —La señora sonrió y siguió hojeando un libro.

Era fácil deducir que ella sabía todo lo que ocurría en aquella casa, lo que probablemente fue lo que la tranquilizó, aunque yo pensaba que reaccionaría de forma muy diferente. Sentarse a esperar era angustioso.

Tatiane le dijo algo a su hijo y él resopló, refunfuñando. No supe qué era, pero imaginé que hablaba de mí cuando volvió y me enseñó la pantalla de su móvil.

Vamos de compras.

La miré con expresión confusa y asentí con la cabeza. La mímica bastó para que entendiera su pregunta.

Necesitas ropa y vamos a elegir un regalo para mi hija mayor. ¿Quieres venir con nosotras?

Me quedé estupefacta, procesando la información antes de tomar el móvil que me había dado Rosimeire.

¿Me van a llevar a comprar ropa?

Le enseñé mi móvil y Tatiane escribió rápidamente un mensaje en el suyo.

¡Vamos, levántate!

—Voy a salir con ellos —le dije a Rosimeire.

—Buenas compras.

—Gracias.

Fui detrás de Tatiane un poco torpemente y nos acercamos a Thiago. Estaba refunfuñando y no parecía muy contento con la determinación de su madre. Sin embargo, no me volví, porque me di cuenta de que las mujeres tenían más poder en aquella familia de lo que había imaginado.

Subimos a un coche grande, negro, de cristales oscuros y muy cómodo. Thiago se puso al volante, otro hombre al que no conocía se metió en el asiento trasero y su madre se sentó a mi lado en el asiento de atrás.

Cuando el vehículo empezó a moverse, me di cuenta de que otro nos seguía y sentí un escalofrío, pero como la madre de Thiago estaba con nosotros, no imaginé que aquellos hombres la pondrían en peligro. Mientras ella estuviera allí, creía que estaba a salvo.

Muchas gracias por lo que haces por mí.

Le mostré la frase y Tatiane se limitó a sonreír, dándome una suave palmada en el hombro.

Conocía los negocios de aquella familia, Thiago había sido muy claro sobre lo que podía hacer conmigo, pero era difícil no conmoverse ante tanta amabilidad.

Nos bajamos en un enorme centro comercial y, mientras los tres caminábamos pegados, seis hombres nos siguieron a unos metros de distancia. Ninguno de ellos me había dirigido la palabra, pero era fácil ver que eran guardias de seguridad.

Thiago estaba hablando con su madre y yo me esforzaba por entender la conversación,

había algunas palabras cuyo significado incluso creía conocer, pero estaba confusa. Sentía una gran necesidad de aprender a hablar italiano. Rosimeire me había dado el material y tenía que estudiar.

Sabía leer, escribir y tenía muy pocos conocimientos de matemáticas, ciencias y otras materias. En la isla teníamos unos cuantos profesores y una pequeña escuela, pero nadie se preocupaba realmente por nuestra educación hasta el punto de proporcionarnos más.

Rhea solía decir que ni siquiera estábamos en el mapa. Pero siempre he sido curiosa. Aprendí mucho con la televisión y la radio. Iba a hacer un esfuerzo para que el idioma dejara de ser un obstáculo para nuestra comunicación y, sobre todo, para saber qué decían de mí.

Tatiane me dio un codazo y señaló una tienda de ropa de mujer. Asentí y sonreí.

Entramos y Thiago se quedó en la puerta con expresión poco amistosa. No sabía cuáles eran sus motivos, pero su madre se entusiasmó con la idea de vestirme. Me sugirió varios conjuntos y esperó a que me cambiara para ver cómo me quedaban.

Hizo gestos y muecas que me ayudaron a entender su opinión sobre cada pieza.

Sonrió cuando me vio con un vestido y yo me giré, emocionada.

Nunca en mi vida habría imaginado que entraría en un centro comercial y saldría llena de bolsas como en las escenas de las películas.

Tatiane pagó los artículos y se llevó también algunos conjuntos de ropa interior, así como pijamas y calcetines.

Le entregó las bolsas a su hijo, que refunfuñó.

—No quería causarte estrés —me atreví a decirle.

—Por supuesto que no. —Thiago puso los ojos en blanco.

—Te pido disculpas.

—Vamos a buscar el regalo de mi hermana y salir de aquí.

—De acuerdo.

Recorrimos algunas tiendas más mientras ellos miraban bolsos, zapatos y joyas. Me mantuve al margen e intenté no causar ningún desgaste. Ya estaban haciendo por mí mucho más de lo que yo hubiera soñado.

Pero en el fondo, mientras pensaba en cada nuevo conjunto que había ganado, me dolía el corazón al pensar en Rhea.

¿Estaría al menos consiguiendo comer?



Thiago

Capítulo veintitrés

Al final le compré a mi hermana unas joyas cuando mi madre dijo que le gustarían más que el equipo de boxeo. Yo no estaba de acuerdo, pero acepté el hecho de que no sabía nada de temas femeninos. En el fondo, nunca me importaron. Me gustaba pelear y eso era lo que siempre compartimos mejor mi hermana y yo. No me fijaba en la ropa que llevaba en otras ocasiones ni en lo que compraba.

La elección del regalo de Manuela no fue lo único que me molestó aquella tarde. ¿Por qué llevar a Juliana con nosotros?

¿No era suficiente con el comportamiento de mi abuela? ¿Por qué mi madre también había decidido actuar como si la griega fuera a quedarse más tiempo con nosotros?

No era de los nuestros.

No debería haberla llevado a esa casa.

Resoplaba mientras subía las escaleras hacia mi habitación. Imaginaba que la reacción de mi cuerpo no se debía solo a las horas de entrenamiento con pesas. Como Ettore aún no me había traído noticias sobre el paradero de la Raposa, me iba a dormir y lo buscaría al día siguiente.

Descansar me vendría bien, sobre todo después de unos días tan ajetreados.

Sin embargo, en lugar de ir simplemente a mi habitación y dejarlo así, me llamó la atención la luz encendida bajo la puerta donde mi abuela había puesto a Juliana. Mi atracción por ella en el momento de la subasta hizo que toda la situación fuera más lejos de lo que debería.

Puede que no hubiera pagado por ella, puede que no hubiera dejado que se ahogara, pero había permitido que llegara al lugar donde yo era más vulnerable.

Abrí la puerta del dormitorio de golpe y ella se sobresaltó, casi cayéndose de la cama.

—¿Qué haces todavía despierta?

—Thi... Thiago...

—Te he hecho una pregunta. Deja de tartamudear y contesta. —Apreté los dientes y adopté una postura aún más amenazadora, como si fuera una de esas personas a las que tenía que someter, pero la verdad era que solo intentaba imponerme para que no olvidara que tenía que tenerme miedo.

—Estudiando.

Se levantó de la cama con la cabeza gacha, lo que me permitió verle todo el cuerpo. Llevaba un pijama, pero supuse que no llevaba nada más debajo, porque sus pezones se veían a través de la fina tela.

Mi mente se llenó de imágenes de la subasta. Su cuerpo en exhibición, sus pezones rosados que quería meterme en la boca. ¿Tenía idea de lo caliente que me estaba poniendo y que estaba cayendo en su juego?

Me acerqué y tomé el libro que estaba hojeando. Eran lecciones básicas de italiano.

—¿De dónde lo has sacado?

—Tu abuela me lo dio.

—Por supuesto —murmuré.

—No quiero que mi presencia aquí sea una molestia para ti.

—¿No quieres? —Mi voz osciló entre la risa y la rabia mientras la agarraba por los

hombros y la presionaba, haciendo que su espalda chocara contra la pared—. Entonces, ¿por qué estudias italiano?

—Para comprenderlos mejor.

—¿Crees que voy a dejar que te quedes aquí?

—Prometo que me iré tan pronto como encuentre a Rhea.

—Mentirosa. —Bajé la cabeza, haciendo que mi respiración acelerada se fundiera con la suya.

—Es verdad.

—¿Por qué vas vestida así? —Mis dedos apretaron más fuerte sus hombros y ella dejó escapar un pequeño gemido.

—Tu madre lo eligió.

—¿Sin sostén?

—Yo... —Se estremeció, pero su mirada permaneció fija en la mía—. Me iba a la cama. No pensaba ver a nadie más.

—Pues duérmete. —Mis manos cayeron y ella jadeó.

Asintió y di un paso atrás.

—¿Qué hacías allí? —Su pregunta volvió a llamar mi atención.

—¿A dónde?

—En la isla roja.

—No es asunto tuyo.

—¿Querías encontrar chicas como yo?

—Ya te lo he dicho, no es asunto tuyo. —Volví a gruñir, pero era demasiado estúpida para echarse atrás como debería.

—Se convirtió en asunto mío cuando pagaste por mí.

—Podría haber sido cualquier otra.

—Pero no fue así. Estoy tratando de averiguar si por suerte o por desgracia.

—Por desgracia, créeme.

—¿Eres tan terrible o solo pretendes serlo?

—No deberías arriesgarte a descubrirlo.

—Tienes razón, lo siento. —Estiró una de sus manos y la puso justo en medio de mi pecho, arriesgándose a empujarme hacia atrás. Pero era demasiado débil para apartarme.

La agarré de la muñeca, apartando su mano, y sus pupilas se dilataron de inmediato mientras sus labios se entreabrían, pero no emitió ningún sonido. El calor de su piel se mezcló con el mío, pero ni toda mi astucia bastó para que me diera cuenta de lo peligroso que era.

—Entré en ese lugar para acostarme contigo —le mentí. Ella era una herramienta en un plan que fracasó, pero no diría la verdad.

Juliana se estremeció, con la cabeza balanceando y el cabello rubio ondeando, pero

permaneció en silencio.

—Si eso es lo que quieres...

Todavía me preguntaba si era valiente o completamente estúpida. Su ingenuidad no le permitía ver el riesgo de involucrarse conmigo.

—Sí, eso es exactamente lo que quiero —dije, solo de pensar en lo caliente que me ponían aquella boca fina y aquellos pezones asomando por encima del pijama.

Tragó saliva y se quedó paralizada. Si intentaba seducirme, había encontrado el camino correcto, pero al mismo tiempo muy peligroso.

Le agarré del cuello, giré su cabeza y acerqué mi boca a su oreja.

—No soy un héroe. No estaba allí para salvarte. Deberías haber vuelto a tu casa cuando me fui.



Juliana

Capítulo veinticuatro

Dejé escapar un gemido ahogado cuando empecé a sentir la presión que sus dedos ejercían sobre mi mandíbula. Aquella fuerza debería haberme aterrorizado, y en el fondo tenía miedo. Al mismo tiempo, la curiosidad me producía sensaciones extrañas.

Había asumido el riesgo cuando decidí quedarme y aún no me arrepentía.

Podía ver sus ojos, la forma en que se movía. Thiago tenía razón en sus palabras. Él era el depredador y yo solo la presa. Había caído en las manos de aquel hombre y mientras estuviera allí él controlaría mi destino.

Me pasó la nariz por la garganta y me olisqueó la piel, haciéndome estremecer aún más. Mientras el corazón quería salírseme del pecho, sentía un palpitar entre los muslos que no podía entender ni controlar.

Deseo...

No sentía nada por los otros hombres de la isla, ni siquiera les prestaba atención cuando intentaban conquistarme, pero era lo suficientemente lista como para notar la diferencia.

No era virgen porque estuviera esperando al hombre perfecto, ni creía que necesitara casarme así, simplemente no había nadie que me hiciera sentir así.

Dirían que estaba loca, pero después de lo que había pasado, la locura formaba parte del proceso. ¿Cómo no iba a perder la cabeza ante el secuestro, la subasta y la culpa de que mi mejor amiga estuviera aún en manos de los bandidos?

Si era lo que Thiago quería de mí, podía ayudarme a conseguir lo que yo quería de él.

—Haz lo que te han pagado por hacer —susurré.

—¿Qué? —Me apretó el mentón con más fuerza—. No te oí.

—Puedes hacerlo —dije más alto.

—¿No vas a gritar?

—Prometo que no lo haré.

—¿O intentar suicidarte otra vez?

—No...

—Muy bien. —Siguió sujetándome el mentón y bajó su boca hasta mi cuello.

El mordisco que me dio me obligó a controlarme para no despertar a todos en la casa. Sentí dolor, pero fue sustituido por algo completamente distinto cuando su lengua trazó el arco hasta mi oreja. Mordió el lóbulo y una nueva oleada irradió por mi cuerpo.

Estaba en claro peligro, pero no pensé en escapar. Las sensaciones que me provocaban sus caricias me paralizaban por completo.

Thiago me soltó el mentón y me agarró del escote de la camisa del pijama. Ni siquiera tuve tiempo de protestar antes de que la tela cediera fácilmente bajo el peso de sus manos. Sentí pena por la prenda que acababa de recibir, pero era lo último que debía preocuparme en aquel momento.

Me costó no volver a gritar cuando me chupó un pezón y me apretó el otro pecho. Sus labios, su lengua y sus dientes me perturbaron y desencadenaron una nueva oleada de efectos en mi cuerpo.

Me había arrojado al mar por miedo a todo aquel salvajismo, pero en ese instante en que me agarró, me mordió y me estrujó, descubrí que podía gustarme y querer más.

Thiago se apartó un poco y me quedé completamente paralizada mientras se quitaba la ropa. Tenía varias cicatrices que lo hacían aún más aterrador, pero al mismo tiempo era imposible ignorar lo fuerte y hermoso que era.

Tras quitarse la ropa interior y dejarme verlo completamente desnudo, Thiago me agarró del pelo, haciéndome gemir de asombro, y tiró de mí hacia el suelo, arrodillándome.

—¡Abre la boca!

Con una mano me sujetaba el pelo y con la otra frotaba su pene contra mis labios. Obedecí la orden sin atreverme a cuestionarlo y me introdujo su miembro en la boca, deslizándolo sobre mi lengua.

Era brutal, autoritario, y al mismo tiempo yo salivaba ante su presencia. A medida que su miembro se deslizaba entre mis labios, mi sexo se agitaba. Quería experimentar toda esa presión en otro lugar.

Le miré cuando le oí gemir y cerré los labios, rodeándole con más fuerza mientras Thiago movía mi cabeza de un lado a otro.

Estaba casi sin aliento cuando me levantó y me agarró del cuello, obligándome a mirarle de nuevo. El brillo que vi en sus ojos era de profunda lujuria y perversión. Cuando le dije que podía hacérmelo, no estaba preparada para lo que realmente iba a ocurrir.

Con la otra mano, se deshizo de su pijama y lo tiró al suelo.

Su cuerpo volvió a apretarme contra la pared y apreté los labios con fuerza cuando no tuvo reparos en tocarme directamente la vulva. Sentí cómo sus dedos largos, gruesos y callosos se deslizaban bruscamente por mis labios mayores hasta llegar a mi vagina. Me despatarré contra la

pared y, por reflejo, me revolví contra su mano.

La enloquecedora palpitación dio paso a un placer adictivo cuando empezó a mover su dedo dentro y fuera de mí y a recordarme lo mojada que podía llegar a estar con la estimulación adecuada. Sentí un poco de dolor, pero era completamente insignificante comparado con las otras sensaciones.

El miedo, el temor y la desesperación habían desaparecido. No podía pensar en nada, ni siquiera en lo mucho que necesitaba rescatar a mi mejor amiga. Me sentí completamente seducida y cedí a un instinto primitivo y salvaje. Una necesidad irracional de tener sexo.

Thiago giró la cabeza hacia mí y su boca encontró la mía. Me mordió el labio inferior, tiró de él hasta quebrarlo y solté un grito ahogado mientras me revolvía aún más en su mano.

Saboreé el sabor de su boca mientras sus dedos seguían mostrándome lo que podía sentir.

En cuanto retiró la mano, solté un murmullo de protesta, pero me tapó la boca con el dedo y me miró con autoridad.

—¡Cállate!

Asentí con la cabeza mientras me agarraba por la cintura y me tiraba sobre la cama. El peso de su cuerpo cayó sobre el mío y mi expectación aumentó cuando sentí que su miembro se acercaba.

Thiago colocó una de sus manos sobre la cama y con la otra sujetó la parte interior de mi muslo, empujándolo contra el colchón de forma que me dejaba las piernas bien abiertas. No había escapatoria y solo cedí cuando me la metió.

Me soltó de la cama y me tapó la boca antes de que mi grito de dolor resonara por toda la casa. Se desgarró dentro de mí, pero no dejó de moverse. Sentí cómo su pene me ensanchaba, abriendo un conducto que antes estaba estrecho, a medida que me penetraba.

Incliné la cabeza hacia un lado y a través de un espejo pude verle moverse, apretando su cuerpo contra el mío mientras subía y bajaba.

Cuando Thiago sustituyó su mano por su boca y volví a saborear su lengua entre besos tan sedientos como la forma en que su cuerpo chocaba con el mío, pude envolverme de nuevo con mis brazos y el dolor se hizo soportable hasta el punto de que mi cuerpo volvió a arder. El calor, la fricción y la búsqueda imparable de algo que hasta entonces me era desconocido me abrumaban.

En el momento en que se levantó, saliéndose de mí, no pude comprender hasta que se colocó a un lado de la cama, dándome la vuelta y poniéndome boca abajo. Sus manos firmes me agarraron por las caderas y me levantaron el culo. Tiró de mí hacia atrás, penetrándome de nuevo, y apreté los labios.

Mi cuerpo se quebraba cada vez que chocaba con el suyo. No era gentil, no era lento, y yo estaba corrompida por el salvajismo.

Clavé las uñas en la sábana mientras me daba palmadas en el trasero. Sus manos me agarraron las nalgas y me abrieron el culo, haciéndole penetrar aún más con cada movimiento.



Thiago

Capítulo veinticinco

Mis dedos se hundieron en su suave culo mientras le metía la verga hasta el fondo. Tan ajustada, que cada vez que me apretaba sentía aún más placer.

La había imaginado así desde la primera vez que le vi el culo y no ceder al deseo de devorarla fue una misión en la que fracasé rápidamente.

Miraba mi verga entrando y saliendo de su vagina. La sangre que la había manchado y su expresión en el rostro mientras la devoraba como el depredador que era. Imaginé que estaría sufriendo, pero Juliana no lloró ni intentó apartarse de mí.

Le di otra palmada en el culo ligeramente bronceado, viéndola palpitar, y volví a penetrarla. Estaba hambriento, sediento, desesperado y no me detuve, aunque sabía que era virgen y la prueba era visible en mi sangre cada vez que mi verga salía de ella.

El balanceo de sus pequeños pechos y la deliciosa visión de su rollizo culo, su ano ciertamente virgen también, al alcance de mi mano, fueron demasiado para que pudiera controlarlos durante mucho tiempo.

Cuando volvió a apretarme, la acabé, dejando que toda mi necesidad fluyera dentro de ella. Mientras mis músculos seguían rígidos, tiré de su pelo y la hice incorporarse un poco, para que mi otra mano pudiera ir a su clítoris. Se había portado bien y merecía que también la hiciera acabar.

Juliana gimió suavemente, haciendo lo posible por contener sus sonidos mientras la presión que su sexo ejercía sobre mi verga se hacía cada vez más intensa hasta expulsarla. Cuando vi que mi semen corría por sus muslos, mezclado con su sangre, me di cuenta de que la había llevado al clímax.

Tuve que admitirme a mí mismo que podría haberla traído conmigo solo porque quería hacer lo que no hice en la isla roja. No había nada noble o heroico en ello.

Solo una necesidad primitiva de penetrar a una mujer guapa que me ponía caliente.

La solté y la dejé caer sobre la cama.

La miré boca abajo, su culo perfectamente redondo, su cuerpo delicioso.

Sabía que tenía que ir despacio, pero no me iba a conformar con un solo polvo.

Doscientos cincuenta mil dólares me bastaban para tener más.

Juliana quería quedarse allí y tendría que atenerse a las consecuencias y a mi voluntad.

Vi una caja de pañuelos en la mesilla de noche y tomé unos cuantos, utilizándolos para limpiarme antes de ponerme la ropa e ir a mi habitación a darme una ducha.

La dejé allí sin decir una palabra.

Después de asearme e instalarme en la cama, tomé el móvil y encontré varios mensajes de mi primo y algunas llamadas.

Me lo pensé un rato y decidí devolver la llamada.

—Llevo horas intentando localizarte, creía que habías muerto —murmuró al otro lado de la línea.

—No estaba cerca de mi móvil. ¿Qué ha pasado?

—Tengo buenas noticias, deberías agradecérmelo.

—¡Habla! ¿Has encontrado a la Raposa?

—Estoy cerca.

—¿Cuál es la buena noticia?

—La amiga de Juliana ya ha vuelto a casa.

—¿Cómo es posible?

—Un multimillonario hotelero la recuperó. Investigué más sobre él y probablemente fue quien llevó a la policía a la isla roja. Llevaba una máscara, pero mis programas reconocen sus rasgos: es el mismo que pagó por la amiga de Juliana. Fue rescatado por la chica y su padre cuando tuvo un accidente hace cinco años. Estoy seguro de que fue allí para salvarla. Si ese hombre ya ha sacado a la chica, no tienes que preocuparte más.

—¡Estupendo!

—Ahora solo tenemos que decírselo a la abuela y enviar a Juliana de vuelta a casa.

—Todavía no.

—¿A qué te refieres?

—No quiero que le digas a nuestra abuela ni a nadie que la amiga de Juliana está a salvo.

—¿Por qué no? —Sonaba confuso al otro lado de la línea.

—Tengo mis razones.

—Pero Thiago...

—¿Puedo contar contigo? —le interrumpí con un tono más firme.

—Puedes.

—Estupendo.

—Hay algo más que debes saber.

—¿Qué?

—Mataste al padre de Juliana.

—¿Cuándo? —Admito que me sorprendió un poco la información. Solía matar a mucha gente todo el tiempo.

—La vez que conocimos a uno de los secuestradores, el tipo que estaba en el barco de pesca...

—Me acordé.

—¿Qué te traes entre manos?

—Gracias por la información, Ettore —le corté el rollo a mi primo y no insistió más.

No iba a decirle a él ni a nadie que mantenía a Juliana cerca solo porque quería más de ella. Era mucho más fácil no mostrar ningún grado de implicación, sobre todo porque mi familia podría hacerse una idea equivocada.

Mientras ella estuviera allí por voluntad propia, yo tenía la situación bajo control.



Juliana

Capítulo veintiséis

Tardé un rato en levantarme de la cama. Me flaqueaban las piernas, me dolía la vagina y me sentía como si me hubiera pasado por encima un tractor. Aunque ese tractor era un hombre de casi dos metros y la fuerza de otros cinco.

Sabía que el sexo con él me estremecería, pero aún intentaba medir la proporción y asumir el hecho de que, a pesar del dolor, era una de las mejores sensaciones que había experimentado jamás. ¿Cómo podían coexistir así en mí el miedo y la necesidad, sentimientos tan antagónicos?

Me limpié con pañuelos de papel y busqué algo más que ponerme que me permitiera ir al baño. Estaba sudorosa, jadeaba y tenía ganas de beberme toda el agua del mundo.

En cuanto volví, cerré la puerta del dormitorio, apagué la luz y me tiré en la cama.

Tenía que darme cuenta del peligro que corría. No era más que un corderito en una cueva de lobos, pero tenía una razón, tenía esperanza.

Thiago encontraría a Rhea y yo podría irme a casa. Mientras tanto, me ocuparía de él y de esa necesidad desmedida que me quemaba las venas.

No sé si dormí bien, pero en algún momento noté que el sol entraba por las persianas y me levanté. Me cambié a algo más adecuado y me puse un sujetador push—up. La ropa que me habían dado era suave y mucho más cómoda que a la que estaba acostumbrada.

Deseaba tanto que Rhea estuviera allí para compartir las cosas buenas conmigo. Solo esperaba que Thiago pudiera hacer algo pronto.

Me topé en el pasillo con alguien que se parecía mucho a Thiago, me miró y me dijo algo que no entendí.

Moví la cabeza y dije que no. Indicando que no entendía, aunque algunas de las palabras ya me resultaban familiares.

—¿Griego?

—Sí.

No dejaba de mirarme, tenía la sensación de que me estaba analizando cada rasgo de mi cara con una clara curiosidad. Pero no dijo ni una palabra más, pasó a mi lado y siguió su camino por el pasillo.

Sentí que un escalofrío comenzaba en la base de mi columna vertebral y me estremecí ante el miedo que llegó sin previo aviso y me hizo cuestionar de nuevo mi seguridad en aquel lugar. Sin embargo, pronto recordé a Rhea y las razones por las que me había quedado.

Mi vida era tan importante como la de mi mejor amiga y no podía volver a casa sin ella.

Seguí el camino aprendido hasta el comedor y allí encontré a las mujeres de la familia. La señora Rosi me dedicó una amplia sonrisa y me indicó que me sentara a su lado.

No había ni rastro de Thiago y me pregunté dónde estaría. ¿Podría ser que después de nuestra *noche de juerga* hubiera decidido finalmente ir por mi mejor amiga para quitarme de en medio? Al fin y al cabo, ya había conseguido lo que quería de mí.

Me acomodé en la silla y cerré los ojos, con la mente llena de imágenes. Su cuerpo, su piel, su boca... Una mezcla de placer y dolor mientras me dominaba de la forma más salvaje que imaginaba que podía ser el sexo.

Si ese era el precio que tenía que pagar para que Rhea volviera a casa, bien. En el fondo ni siquiera era tan alto. Era mi derecho tener sexo con quien quisiera y no creía que debieran juzgarme por ello.

—¿Dormiste bien?

Parpadeé y tardé en darme cuenta de que la señora Rosi me estaba hablando.

Le sonreí y moví la cabeza afirmativamente.

—¡Qué bien!

—Ya estoy estudiando con el material que me has dado, muchas gracias.

—Si eres aplicada, pronto podrás hablar nuestro idioma. Mi nieta Nina dice que las canciones ayudan a aprender un idioma extranjero. Deberías probarlo.

—Lo haré.

—Muy bien. —Siguió sonriendo mientras indicaba la comida—. Aliméntate. Un saco vacío no se mantiene en pie.

Solté una risita y tomé una tostada para comérmela con mermelada.

Después del desayuno, por más que lo deseaba, no me arriesgué a buscar a Thiago en la casa. Sabía lo mal recibida que era mi presencia allí para la mayoría de la gente y cuanto menos daño causara, más posibilidades tendría de mantenerme a salvo.

Me fui directamente a mi habitación y me dediqué a estudiar italiano. Mientras jugueteaba con el móvil que había ganado, pensaba en llamar a la isla, decirle a mi madre que estaba a salvo y que volvería lo antes posible. Quería saber si ella también estaba bien, porque en el fondo sentía un enorme pavor al imaginar que aquellos monstruos podrían haberle hecho algo después de mi marcha.

¿Habría vuelto mi padre a casa?

Aunque estaba muy enfadada con él e iba a culparle el resto de su vida por lo que nos había pasado a Rhea y a mí, en el fondo aún tenía la esperanza de que hubiera salido de aquel lío y, junto con mi madre, me estuviera esperando en casa.

Volvería y todo iría bien. Lo creí con todas mis fuerzas porque era lo mejor que podía hacer por mí.



Thiago

Capítulo veintisiete

Me envolví la mano con la venda elástica y la aseguré con el velcro antes de cerrar los puños, mientras mis ojos bajaban para mirar fijamente a mi hermano frente a mí.

—¿Cansado de rellenar formularios y enviar correos electrónicos? —bromeé mientras daba un paso a un lado y dos al otro, casi bailando sobre el suelo de goma del galpón de entrenamiento.

—Como si eso fuera lo que hago.

—¿No es ese el papel del secretario del futuro jefe, o acaso le sujetas la verga para que Dante orine?

Lorenzo dio un paso hacia delante y me golpeó el pecho con las manos con toda su fuerza, haciéndome retroceder unos pasos, equilibrándome para no caer al suelo. Mi hermano pequeño no participaba en la acción tanto como yo, pero eso no significaba que fuera débil.

—Mejor que engrasar tuercas y tornillos para Ettore. —Se rió de mí mientras se unía a la burla.

Me encogí de hombros, le lancé un puñetazo a la cara y Lorenzo lo esquivó con facilidad, balanceando el cuerpo hacia un lado y agachándose hacia delante para golpearme en la boca del estómago. Yo también esquivé, moviendo el cuerpo hacia atrás y golpeando la espalda de mi hermano con un codo, lo que le hizo caer de cara al suelo y empezar a gruñir.

—Sigues siendo más lento que un perezoso.

—La pereza es tuya... —Dejó de hablar y se dio la vuelta, empujando su cuerpo para ponerse de pie.

Moví la cabeza, siguiendo sus ojos y vi que nuestro padre se acercaba. Theo Bellucci se detuvo a unos metros de nosotros y siguió mirándonos fijamente.

—Pueden continuar.

—Lorenzo estaba recibiendo una paliza.

—Thiago es tan engreído que me pregunto por qué no lo ha matado todavía algún pandillero.

—Chicos... —reflexionó mi padre, alternando su mirada entre nosotros—. ¿Recuerdan lo que les enseñé? Atención y concentración en todo momento. No quiero que ninguno de ustedes acabe herido o muerto.

—Nunca subestimes al enemigo —comentó Lorenzo.

—Exactamente.

—Ves, no me subestimes. —Avancé hacia él y mi hermano detuvo mi puñetazo con el dorso de la mano.

Empezamos a movernos, a girar, a lanzar puñetazos y a anticiparnos a las acciones del otro. Llevábamos entrenando juntos desde que éramos niños y conocíamos muy bien los movimientos del otro, lo que hacía que derribarnos fuera una tarea difícil.

Esquivé un puñetazo, lancé otro codazo que él paró, pero no pudo evitar la patada que lo tiró al suelo. Sin embargo, antes de que pudiera golpearlo de nuevo, mi padre detuvo la pelea.

—Lorenzo, levántate y cámbiate. Vamos a cobrar en Ostia.

Le tendí la mano para que se levantara y mi hermano asintió en señal de aceptación y siguió a mi padre.

Mientras los veía desaparecer de mi vista, me acerqué a mis cosas y tomé el móvil, al ver un mensaje de mi primo.

Ettore:

He encontrado a la Raposa. Ha reanudado sus operaciones en Pireu. En una vieja mansión que ha estado usando como local de striptease.

Thiago:

¿Tienes una ubicación?

Ettore:

No solo eso, tengo el plano. Era mucho más fácil de mapear que la isla roja. Deben haber encontrado el lugar con prisa para seguir con su negocio.

Thiago:

Así que manos a la obra.

Ettore:

Pensé que dirías eso. Llegaremos en helicóptero en veinte minutos. Prepárate.

Thiago:

Hasta pronto.

Dejé de mensajear a mi primo y fui a cambiarme para la misión. Destruir a la Raposa y acabar con su trama de trata y prostitución de mujeres seguían estando entre mis prioridades.



Juliana

Capítulo veintiocho

No vi a Thiago durante el resto del día y ni siquiera me aventuré a preguntar por él. Estaba distraída con mi libro de italiano cuando un ruido en el jardín llamó mi atención y me levanté a ver qué era.

Había personas montando la estructura de una fiesta. Vi mesas organizadas y arcos con espacios para las flores.

Recordé el regalo que Thiago había comprado para su hermana. Seguramente aquella fiesta debía de ser por su cumpleaños. Tenía muy poca información sobre ella, pero como no la había visto por ninguna parte de la casa supuse que no vivía allí.

¿Podría haber estado estudiando en otro sitio o algo así?

Supuse que no lo sabría sin preguntar, pero al mismo tiempo no quería parecer demasiado estúpida.

La señora Rosi y Tatiane habían sido muy amables conmigo, pero yo seguía queriendo volver a casa. Ver a mi madre y estar en sus brazos. Aunque la vida que llevaba en la isla era mucho más humilde.

En aquella mansión había demasiados lujos y la mesa estaba siempre llena, pero no podía olvidar lo que habían hecho para tener todo eso.

La mafia...

Mi padre había intentado llevarme por el mal camino el tiempo suficiente para que aprendiera la lección. La vida que llevábamos no era cómoda, pero al menos nos mantenía a salvo.

Intenté retomar mis estudios. Ahora podía entender el significado de varias frases y palabras. El consejo musical me había ayudado y tenía que ponerlo más alto para que los sonidos del jardín no me distrajeran.

Por no hablar de las imágenes de Thiago en mi mente, que también perturbaban demasiado mi concentración. ¿Volveríamos a estar los dos solos alguna vez?

Sacudí la cabeza en señal de negación y giré sobre la cama, abrazando el libro.

¿Adónde quería llegar con esos pensamientos?

No porque hubiéramos tenido sexo debía hacer planes, ni siquiera albergar sentimientos o pensamientos amorosos hacia él.

Thiago había sido muy claro, hasta el punto de asustarme.

Era un bandido, un asesino...

Solo estaba viva porque él se interesó por mí. Cualquiera podría haber pagado para llevarme a casa aquella noche. Podría haberme tirado por la ventana y ahogarme, o simplemente haber sido violada sin poder escapar.

Con él me engañaba la elección, distorsionada y malsana, pero había elección.

Mi cuerpo parecía coincidir con el suyo y, aunque mi vagina seguía ardiendo, una gran parte de mí deseaba repetir lo que habíamos hecho la noche anterior. Además, también sabía que el dolor era menor después de la primera vez.

¡Juliana!

Luché conmigo misma al darme cuenta de que lo estaba estropeando todo. Debería haberle tenido miedo y no pensar en lo mucho que su cuerpo desnudo hacía palpitar mi sexo. Era

demasiado guapo, pero un rostro inolvidable no debería bastarme para dejar de lado todas las advertencias de peligro.

Estaba allí por Rhea, solo por ella. No podía estar tan confundida que mi mente empezara a jugarme malas pasadas.

Volví a estudiar. Entender su lengua era lo mejor que podía hacer en ese momento. Cuanto más tiempo le dedicara, más rápido lo conseguiría.



Thiago

Capítulo veintinueve

Trepé por el lateral del edificio, utilizando un punto ciego de las cámaras indicado por mi primo, y entré por una ventana del quinto piso. Me escondí entre las sombras de las cortinas en una habitación con una cama y varios percheros de ropa, así como una mesa llena de maquillaje.

Como prefería actuar solo, solía utilizar el factor sorpresa a mi favor y esperaba a que mi objetivo estuviera muerto antes de revelarme.

Se hizo el silencio antes de que el sonido de la puerta al abrirse la rasgara. Mantuve la postura y esperé.

Entonces entró en la habitación, vestida con una bata de seda con un llamativo cuello lleno de plumas. Llevaba una amplia sonrisa que se desvaneció en cuanto se encontró sola. Se acercó al espejo y se quitó la peluca, revelando que en realidad tenía el pelo castaño. Sin la máscara de la primera noche que la había visto, me fijé en su rostro triangular, de nariz puntiaguda, ojos verdes y cejas finas. Era una mujer hermosa y quizá demasiado delicada para meterse en esos asuntos.

Di un paso hacia ella, pero antes de que pudiera atacarla, mi reflejo apareció en el espejo y ella se giró rápidamente para mirarme.

—Thiago Bellucci... —Volvió a sonreír como si yo fuera la presencia agradable que había estado esperando—. Creo que desde aquella noche sabía que me causarías problemas. Después de todo, ¿qué haría el asesino de los italianos en mi negocio?

—Sabes lo que estoy haciendo aquí.

—Eran mujeres que no le importaban a nadie y yo les di un poco de sentido de vida.

—Eran italianas, hijas, hermanas o amigas de alguien importante para mi *familia.*

—Esa historia de que todos en la mafia forman parte de una misma familia está un poco pasado de moda, ¿no crees?

Me quedé callado, serio, y ella soltó una risita.

—Apuesto a que esa virgen griega fue una buena distracción para ti. O aún lo es, porque desapareció después de ir al dormitorio para que te la cogieras. Te vinculaste con una de mis chicas, ya no pesco en tu zona y podemos darlo por terminado.

Dio unos pasos hacia mí y me subió los dedos por el pecho hasta tocarme el mentón con sus largas uñas.

—Guau, estás demasiado bueno. —Se rió aún más fuerte mientras jugaba con mis labios de una forma que me hizo apretarlos aún más—. Quizá pueda ofrecerte algunos servicios más antes de irme. Por cuenta de la casa. —Me guiñó un ojo, dándome a entender sus intenciones.

—Semental —se burló Ettore en mi oído de un modo que me enfureció aún más.

Agarré a la Raposa por el cuello, sorprendiéndola, y le golpeé la cabeza contra la pared, haciéndole gritar.

—No soy conocido por perdonar. Estás tratando de negociar con la persona equivocada.

—¡Qué escándalo! —Levantó la nariz como si no sintiera la presión que mis dedos ejercían sobre su cuello—. Justo ustedes, que son la sede de la iglesia. Deberías predicar el amor y el perdón.

Gruñí, apretando más fuerte.

—Podríamos divertirnos. Es una pena que no te interese.

Me di cuenta de que estaba mirando algo detrás de mí, pero no tuve tiempo de ver qué era antes de sentir un disparo contra mi espalda. La bala impactó en el traje y rodó hasta el suelo antes de que me diera la vuelta y viera a los otros hombres que habían entrado en la habitación.

Tuve que soltarla para protegerme la cara antes de que me dispararan.

La habitación pronto me pareció demasiado pequeña para los diez soldados que venían hacia mí. Uno intentó darme un puñetazo en la cara y yo lo esquivé, dejando que se golpeara contra la pared. Le empujé en el pecho, haciéndole caer encima de otros dos.

Me acerqué a uno con otra pistola y le golpeé en el puño antes de que intentara golpearme. Disparó al techo antes de que el arma cayera al suelo. Le hice girar el brazo, moviéndolo hacia atrás, y oí cómo se rompían los huesos al golpearse la cabeza contra otro soldado.

Intenté buscar a la Raposa y vi que escapaba por la puerta del dormitorio, pero por muy buen luchador que fuera, no pude pasar entre todos e impedir que se escapara.

—Ettore, ella se va.

—Entendido.

Me distraje hablando con mi primo y acabé siendo empujado contra el espejo, que se hizo añicos bajo el peso de mi cuerpo y uno de los fragmentos acabó cortándome la cara. El olor de la sangre me hizo luchar aún con más furia. Recogí uno de los fragmentos y empalé el cuello de uno, golpeando el pecho de un segundo. Desarmé a otro y disparé a tres en el pecho.

Cuando el último cerca de la puerta cayó muerto, me quedé sin aliento y volví corriendo por donde había venido.

Corrí lo más rápido que pude hasta la calle donde oí chirriar los neumáticos y aún así llegué antes de que Ettore alcanzara ese punto.

—Te dije que la agarraras, ¡maldita sea!

—Lleva un tiempo dejar el ordenador y salir del coche, ¿sabes?

—Inútil.

—Quiero ver si dirás eso la próxima vez que me necesites.

—Ahora sabe que voy tras ella y será mucho más precavida —gruñí, señalando el camino por el que había huido la Raposa.

Despreciable, escurridiza. No estaba acostumbrado a lidiar con enemigos tan astutos como ella, pero eso era lo que más me impulsaba a seguir persiguiéndola.

No escaparía de mi lista de asesinatos aunque fuera lo último que hiciera.



Juliana

Capítulo treinta

No lo vi y empezaba a creer que no lo vería. Hasta que un golpe en la puerta del dormitorio en mitad de la noche me despertó.

—Abre o entro a la fuerza.

—Thiago... —Me revolví en la cama y me levanté.

Destrabé la cerradura y no esperó a que girara el picaporte para entrar. No podía verle bien porque la luz estaba apagada, pero distinguí su silueta y su respiración acelerada.

—¿Qué te ha pasado?

—No hagas preguntas.

—Encontraste a Rhe... —Ni siquiera pude terminar de hablar porque cerró la puerta, me estampó contra ella y me tapó la boca con su pesada mano.

Eso me bastó para saber que no y lamentarlo por dentro. Sin embargo, cualquier pensamiento racional se disolvió cuando su boca llegó a mi cuello y sus dientes rozaron mi piel.

Mi cuerpo se retorció de adentro hacia afuera y cada parte de mí se estremeció cuando su lengua caliente y pesada se abrió paso hasta la base de mi garganta.

Thiago no dijo ni una palabra. Tal vez no había nada que decir porque cedía fácilmente a la presión. Los pensamientos, las reglas y el pudor se rompían fácilmente por el peso de las manos de aquel hombre.

Iba a devorarme y lo único que podía hacer era permitirlo.

Había un precio por estar en esa casa y descubrí cuál era.

Me giró, haciéndome quedar de espaldas y apoyada en la puerta. Su respiración acelerada en mi oído hizo que cada pelo de mi cuerpo se estremeciera y me hizo moverme contra él. No supe si fue mi mayor error o mi mayor acierto, porque me metió la mano hasta la cintura y me bajó la ropa interior de un tirón y fue imposible no gritar ante la bofetada que recibí en el trasero. Su mano era muy pesada y probablemente me dejó una marca.

—¡Cállate! —Me echó el pelo hacia atrás y apretó los labios contra mi oreja.

Asentí brevemente.

Me sobresaltó la forma en que me agarró, pero al mismo tiempo no quise huir. El corazón me latía más deprisa y me froté los muslos, sintiendo la humedad que empezaba a filtrarse.

Me dejó ardiendo de una manera que no podía controlar.

El sonido de sus pantalones al bajarse precedió al movimiento de sus manos tirando de mi cuerpo hacia atrás. Thiago me penetró y yo apreté los labios para que el grito no resonara en toda la casa.

El escozor del primer impacto y el dolor pronto dieron paso a un placer que ni siquiera podría describir. Su cuerpo apretó más el mío contra la puerta mientras su boca se demoraba en mi oreja. Cada vez que presionaba contra mí, mi cuerpo se contraía contra el suyo.

Pensé que se iba a quedar así hasta que no aguantara más, pero me levantó y me puso sobre la cama. Me quitó el resto de la ropa y me chupó un pezón. Mientras me chupaba el pecho, mi cuerpo se retorcía bajo el suyo.

Thiago no volvió a penetrarme de inmediato. Su gran mano se introdujo entre mis piernas y pude sentir lo áspera que era su palma al deslizar sus dedos en mi interior. Me revolví al sentir cómo se movía en mi canal, extrayendo más y más de mi líquido.

Su dedo salió de mí y se dirigió a mi clítoris, y cuando empezó a estimularme allí, me retorcí sobre la cama y le agarré del brazo. Me tocó morderle, porque fue la única alternativa que encontré para que no hiciera demasiado ruido.

Estaba a punto de alcanzar el climax cuando se detuvo, me dio la vuelta en la cama y me puso a cuatro patas. Se colocó detrás de mí y volvió a penetrarme. Me agarré a la almohada cuando sentí que su bulto volvía a acomodarse dentro de mí.

—Muévete. —Me dio una palmada en el culo y obedecí, acercando mi cuerpo al suyo mientras Thiago se quitaba la chaqueta y la camisa.

En cuanto terminó, me agarró del pelo y tiró de mi cabeza hacia atrás. Su otra mano me rodeó el cuello y nuestros cuerpos crujieron estrepitosamente con un choque frenético.

No sabía si el sexo era siempre así, pero sentía que mi cuerpo iba a explotar, romperse y desmoronarse, todo a la vez, mientras las sensaciones eran las más deliciosas del mundo.

Se detuvo un momento y me soltó, solo para darme otra vuelta. Me tumbé frente a él en la cama y sus manos se acercaron a mi cara, atrayéndome hacia él. Sus labios se apretaron contra los míos y cedí, dejando que me diera un beso hambriento. Le correspondí, dejando que nuestras lenguas se entrelazaran mientras la necesidad en mí se volvía tan crucial como respirar.

Thiago rompió el beso cuando casi nos habíamos quedado sin aliento y separó mis muslos, presionando en el interior. Volvió a penetrarme y tiró de mí por el cuello, acercando su cabeza a la mía y haciéndome ver que él también se controlaba para no acabar.

Sus músculos se endurecieron y me apretó un poco más mientras me llenaba de su semen con respiraciones entrecortadas. Caí de espaldas sobre la cama cuando me soltó, sintiendo su líquido sobre mí.

Se movió y pensé que iba a apartarse, pero antes de que pudiera, agarré su mano y la puse sobre mi vulva. Yo aún no había terminado.

Pensé que no iba a hacer nada, pero obedeció mi orden silenciosa y empezó a estimularme.

Me revolví en su mano, suplicando más, sintiendo cómo mis contracciones empezaban a empujarlo fuera de mí hasta que alcancé el clímax. Todo mi cuerpo ardía como si mi sangre fuera pura lava y me desplomé sobre la cama completamente exhausta, pero sintiéndome increíble al mismo tiempo.

Sacó la caja de pañuelos y nos limpió antes de levantarse.

Sin embargo, antes de que se marchara y me volviera a dejar sola en la habitación, alargué la mano y le tomé la suya.

—No me dijiste nada.

—Ella no estaba allí. —La respuesta fue breve y directa, y distaba mucho de lo que necesitaba oír para sentirme mejor.

—¿Ellos la...? —Sollocé, incapaz de terminar.

—No la mataron.

—¿Seguro?

—Sí.

Fue lo último que dijo antes de empezar a vestirse y marcharse.



Thiago

Capítulo treinta y uno

No era mentira, de hecho su amiga no estaba allí, pero el resto de la historia decidí mantenerla oculta. Sería más difícil mantener a Juliana allí si lo supiera. Mi abuela no aprobaría que mantuviera allí a la chica griega solo para poder seguir acostándome con ella.

Antes de que Juliana se cruzara en mi camino, solía satisfacer mi necesidad con prostitutas. Por mucho que las normas nos impidieran estar en los clubes, era fácil conseguir que una viniera a verme, pero no siempre tenía tiempo. Además, ninguna de ellas me había provocado el mismo tipo de atracción que Juliana, y tampoco estaban disponibles para mí en el momento en que las deseaba.

Fue una comodidad que agradecí mucho.

Sexo como yo quería, con una mujer joven y guapa en la que no tenía que preocuparme de agarrar ninguna enfermedad. La mantendría allí y le diría que su amiga ya se había ido a casa cuando me hartara de ella.

Quizás sería mejor buscar otro lugar donde dejarla que no estuviera tan cerca de mi familia. Me conocían bien y un día u otro se darían cuenta de que lo único que quería era una putita particular.

No pensaba mucho en tener mi propio piso como Ettore, por ejemplo. Preocuparme por mantener una casa no era algo que quisiera en ese momento. Era mucho más sencillo tener comida y ropa limpia cuando las necesitaba. No tenía intención de casarme. Italia estaba en paz, teníamos la alianza con los rusos a través de Pietra y no buscábamos nuevos enfrentamientos.

Yo era el asesino y no me veía en una unión concertada con nadie. Tal vez Lorenzo podría desempeñar ese papel mucho mejor que yo, si fuera necesario. Además, él sería el *consigliere*. El título atraía mucho más la atención de los jefes de otras mafias.

Le gustaba su puesto y estaba seguro de haber nacido para él.

Me desperté antes del amanecer cuando mi padre llamó a la puerta. Me levanté y fui hacia él.

—Prepárate, vamos al aeropuerto.

Asentí con la cabeza y desapareció de mi vista.

Llegaba Manuela y era evidente que estaban contentos. Mi hermana vivía en Estados Unidos desde que se casó y tenerla de vuelta en casa, aunque fuera por unos días, siempre era motivo de celebración, al igual que ocurría con las gemelas del tío Marco. A diferencia de nosotros, a las mujeres se las educaba para abandonar el hogar cuando se arreglaban con alguien. Ese no era el único pensamiento arcaico que cultivaba la mafia.

Subí al coche con mi madre y me senté junto a la ventanilla. Me crucé de brazos y guardé silencio hasta que ella sacó el tema.

—¿Cómo está Juliana?

—Creo que bien. —Me encogí de hombros.

—¿Cuánto tiempo piensas tenerla en casa?

—Está aquí porque quiere.

—Tu abuela me habló de su amiga. ¿Tienes alguna pista?

No me gustaba mentir a mi madre, pero en aquella situación pensé que lo mejor era guardarme para mí una información que podía perjudicarme.

—La persona responsable del secuestro ha escapado, pero aún así voy a llegar hasta ella.

—Tu padre y Tu tío no están muy contentos con la situación.

—Lo arreglaré.

—Hijo, no le hagas daño a la chica. —Ella recordó horrorizada las imágenes que pasaron por su mente.

—Solo voy a sacarla de la casa.

—Tu abuela y yo disfrutamos de su presencia. Tengo curiosidad por saber por qué la has traído aquí.

—Necesitábamos salir de la isla y actué por impulso, pero se resolverá.

Me miró, me analizó, pero no dijo nada más mientras llegábamos a la pista.

Cuando salimos de los coches, el avión de Lansky ya había aterrizado. La puerta se abrió y la primera persona que vimos fue a mi hermana. Iba elegante, con el pelo castaño suelto, gafas de sol, un traje negro con tacones y un abrigo marrón. Mi hermana siempre ha tenido una postura llamativa y no me sorprendió.

En cuanto bajó a recibirnos, los niños la siguieron, corriendo hacia mi madre.

—¡Mamá!

Ella y su marido tuvieron dos hijos. Melissa y Andrew. Los dos tenían cuatro y tres años respectivamente y aunque la muchacha tenía el pelo rubio, como su padre, pensé que tenía muchos rasgos de mi hermana.

—Hola, tío. —Levantó la cabeza y miró en mi dirección.

—Hola, Melissa.

Sonrió un poco y corrió a agarrar la pierna de su madre, pero se enderezó cuando se acercó su padre. Steven llevaba una pesada chaqueta de cuero y alternó su mirada entre nosotros antes de asentir con la cabeza.

No podría decir que mi cuñado fuera nuestro mayor admirador, pero había una tolerancia mutua hacia mi hermana, que mi padre y mi tío probablemente buscaron con aquel matrimonio.

—¡Thiago! —Me echó los brazos al cuello.

—Hola, Manu.

—Te he echado mucho de menos.

—Nosotros también. —Mi madre le habló cuando mi hermana se apartó para abrazarla—. Dime, ¿cómo van las cosas en Nueva York?

—Bien. Melissa ha empezado clases de canto. —Se apartó para acariciar la cabeza de su hija.

—¡Qué bonito! —Mi madre se agachó para observar a su nieta, poniéndose a la misma altura que la muchacha—. ¿Te gusta?

Ella asintió y sonrió.

—La abuela dice que tengo talento.

—Sí, lo tienes —dijo la madrastra de Steven, que también había bajado del avión con su padre y su hermano.

Toda la familia de la mafia italoamericana había venido al cumpleaños de mi hermana, lo que no me sorprendió.

—Vámonos a casa. —Mi padre les hizo un gesto para que subieran a los coches.

—Todo el mundo está deseando volver a verlos —dijo mi madre con una sonrisa mientras acompañaba a sus nietos a uno de los vehículos.

Volví con el hermano de Steven y no le dije ni una palabra. Nos habíamos cruzado varias veces. Creía que era un año más joven que yo, pero no me había arriesgado a preguntarle. No éramos lo que yo llamaría amigos.



Juliana

Capítulo treinta y dos

—¿Necesita ayuda? —Me acerqué a la señora Rosi cuando vi que ella y el personal de la casa se movían por la enorme mansión.

—No hay necesidad de preocuparse, cariño.

—Quiero ayudar.

—Toma esos *sousplats* y ponlos en la mesa que habían puesto fuera. —Señaló una caja en un rincón de la cocina y la saqué al hermoso jardín.

Había una mesa enorme con espacio para más de treinta personas. Las sillas eran ligeras, con un tapizado verde que hacía juego con las copas de los árboles cercanos. Como hija única, no estaba acostumbrada a una familia numerosa, pero parecía ser la mayor alegría de la señora Rosi.

Realmente se dedicó a hacer que el almuerzo fuera lo más perfecto posible y después de todo lo que había hecho por mí desde que llegué a la casa, lo menos que podía hacer era intentar devolvérselo de alguna manera.

Empecé a poner la mesa. Las servilletas también estaban en la caja. No tenía ni idea de etiqueta, pero mi memoria siempre había sido buena. Podía recordar imágenes que había visto en escenas de películas y programas de televisión.

Ordené lo mejor que pude y volví al interior de la casa, en busca de la matriarca de la familia.

La vi delante de una mujer de pelo castaño y ojos marrones que le dio un fuerte abrazo. No sabía quién era, pero recordaba haber visto una foto suya por casa.

—¡Abuela!

—¡Perla!

Me quedé atrás, esperando el momento de acercarme y decir algo. Pensé que era mejor no intentar interrumpir el momento.

Hablaron e incluso pude entender algunas palabras, lo que me alegró. Era una señal de que toda mi dedicación al idioma estaba dando sus frutos.

Entonces la chica se dio la vuelta y me miró directamente, como si acabara de darse cuenta de mi presencia.

Hizo una pregunta, pero pude deducirla de la respuesta de la señora Rosi.

—Es amiga de Thiago.

La mujer frunció el ceño y me miró más de cerca de un modo que me desconcertó.

—¿Desde cuándo tienen amigas los hombres de esta casa? —No estaba segura de si era exactamente esa la pregunta que me había hecho, pero por su expresión y sus palabras me di cuenta de que tenía sentido.

Rosi le dijo algo que bastó para que dejara de interrogar, pero por desgracia no pude entender qué.

—Juliana, querida. —La señora giró hacia mí, hablando en mi idioma—. ¿Por qué no te preparas para comer?

—Pero...

—El personal se encargará de todo aquí.

—¿Segura?

—Sí.

—De acuerdo. —Asentí y entré en el dormitorio.

No quería que mi presencia en aquella casa causara aún más confusión, sobre todo sabiendo que el eslabón más débil era yo. No quería que la cuerda se rompiera de mi lado, pero me había metido por un camino sin retorno.



Thiago

Capítulo treinta y tres

Mi hermana no fue la única que viajó para pasar el fin de semana con nosotros. Mis primas también vinieron a pasar un rato en familia.

A pesar de la gran confusión que rodeó el matrimonio de mi hermana con el americano, que había sido el resultado de que mi prima se casara con el pakhan ruso. Con los años, sentí que los resentimientos, al menos por su parte, se habían dejado de lado.

Mi hermana y Pietra charlaban cordialmente, lo que para algunos debería ser una victoria que celebrar.

A pesar de vivir lejos de nosotros, Manuela era feliz y eso era lo que me importaba. Si me hubiera enterado antes de lo problemático que había sido su matrimonio al principio, quizá Steven Lansky habría descubierto la precisión de mi arma y su nombre habría pasado a engrosar mi lista de víctimas.

La verdad era que Manuela nunca me necesitaba, se las arreglaba sola para sortear sus problemas y eso era una de las cosas que más me gustaban de mi hermana mayor.

Más tarde, amigos y socios de la mafia vendrían a la fiesta, pero en aquel momento éramos solo una familia, celebrando un momento que se había vuelto raro con las mujeres casándose y trasladándose a otras ciudades y países.

—¡Ya te tengo! —Filippo, el hijo mayor de mi prima Perla se inclinó sobre mi sobrina, que lo esquivó y salió corriendo.

—No, no me atrapaste. —Melissa era rápida y tan astuta como su madre.

Estaba distraído y solo me di cuenta de que mi hermano se acercaba cuando se detuvo a mi

lado y me ofreció una copa.

—¿Vino?

—Gracias. —Acepté.

—¿Disfrutando de los niños?

—Solo están dando vueltas. —Me encogí de hombros mientras daba un sorbo a mi bebida.

—Imaginé que estarías pensando en tener los tuyos. —Bromeó.

—En este momento tengo otras prioridades.

—Por supuesto. ¿Aún no pudiste acabar con esa organización griega?

—Me están dando más trabajo del que me gustaría.

—Empezarán a pensar que has perdido tu magia.

—No he perdido nada. —Apreté los dientes. Si mi hermano intentaba provocarme, conocía el lugar adecuado.

Se encogió de hombros y me callé, alejándome después con la excusa de ir a comer algo.

Por mucho que no me gustara admitirlo, Lorenzo tenía razón. No solía tardar tanto en terminar una misión. O la Raposa era más astuta de lo que me hubiera gustado o yo estaba lo suficientemente distraído como para dejar que me afectara.

Mis ojos recorrieron el jardín en busca de Juliana en cuanto la vi entrar. Llevaba un ligero vestido de flores que hacía resaltar aún más su pelo rubio. Por un momento pensé que no se atrevería a presentarse, pero sin duda mi abuela la había animado.

—¿Algo de beber, señorita? —preguntó una camarera.

—Jugo, por favor.

—Me ocuparé de ello.

Yo la miraba desde lejos sin decirle ni una sola palabra y veía cómo Juliana medía las acciones e intentaba pasar desapercibida mientras era claramente observada por los demás miembros de la familia.



Juliana

Capítulo treinta y cuatro

Me miraban de un modo que me hacía sentir como un gatito frente a una perrera. Era como si todos tuvieran dientes afilados capaces de destrozarme en el momento que quisieran.

Tener la certeza de que todos esos hombres eran como Thiago no me aliviaba en lo más mínimo. Por mucho que comieran, bebieran y rieran entre ellos, todos iban armados, y yo podía ver sus armas expuestas en sus cinturas o creando un relieve en sus ropas. Daba miedo, sobre todo porque todos actuaban como si fuera normal.

Nunca había visto una pistola antes de mi secuestro y podía contar al menos diez a simple vista.

Aún me sentía en deuda con Rhea y me culpaba por lo que le había ocurrido, pero era inevitable no preguntarme si yo había tomado la decisión correcta. Permanecer cerca de aquella familia podía ser mucho más peligroso de lo que había imaginado.

Sin duda, mi madre me habría dicho que huyera a la primera oportunidad, pero estaba en un país en el que aún me costaba entender el idioma, no tenía dinero y ni siquiera sabía cómo volver a casa.

La señora Rosimeire me animó a participar en la fiesta. Me trataba con toda la amabilidad del mundo e incluso me sentía segura cuando estaba con ella. Sin embargo, cuando algunas miradas se dirigieron hacia mí, me pregunté si no debería subir corriendo a mi habitación.

Me alejé, caminando por el hermoso jardín y encontré un banco de piedra, me acomodé en él y balanceé las piernas de un lado a otro mientras pensaba en el tiempo, en mi mejor amiga y en lo que podría estar pasándole.

Cuanto más pasaban los días, mayor era la posibilidad de que le hubiera ocurrido algo

terrible e irreversible.

Quería ser mucho más que esa frágil, indefensa y pobre chica que ni siquiera podía protegerse a sí misma. Tal vez podría haber aprendido a disparar, golpear y matar como la gente de aquella familia, y así estaría protegida. Al menos eso pensaba.

¿Habría vuelto mi padre?

¿Mi madre estaba bien?

¿Rhea seguiría viva?

Había muchas preguntas y ninguna respuesta satisfactoria.

Sentí el peso de los ojos de alguien sobre mí y volví a girarme. Debería haberme acostumbrado a que siempre me miraran. Pero esta vez era diferente. El tipo tenía el pelo castaño y los ojos entre verdes y marrones, según la intensidad de la luz. Parecía de la edad de Thiago, pero con menos músculos. Pero lo que realmente me llamó la atención fue que estaba garabateando algo en un pequeño cuaderno.

Con más curiosidad de la debida, me acerqué y estiré el cuello.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté en griego, atrayendo aún más la atención del hombre.

Dijo algo y no entendí nada. No era italiano, porque las palabras sonaban muy diferentes. La poca familiaridad con la música extranjera me hizo suponer que era inglés.

Cuando se dio cuenta de que no había entendido nada, sonrió y me tendió su cuaderno. Estaba haciendo un dibujo de mí, del jardín y del banco donde me había sentado. Era tan detallado que me costaba creer que lo hubiera hecho una persona y no una máquina.

—¡Eres muy bueno! —Le devolví el cuaderno con una sonrisa, que ensanchó aún más la

suya.

Hojeó el cuaderno para que yo pudiera ver otros dibujos. Había varios, muchos de monumentos famosos de Nueva York que yo solo había visto en televisión. Me preguntaba si él los había visto de cerca. Tenía muchas preguntas, pero por desgracia no entendía mi idioma.

A pesar de todo, parecía un buen tipo.

Busqué mi teléfono móvil y abrí la aplicación de traducción.

Dibujas muy bien.

Sonrió señalando mi móvil y sacó el suyo del bolsillo. Escribió la palabra *gracias*, lo que me hizo asentir con la cabeza.

Gracias a la tecnología, la comunicación no era tan difícil.

Voy a terminar tu dibujo. ¿Quieres quedártelo?

Me encantaría.

Delante de la gente allí reunida, no podía imaginarme tener una conversación así o conocer

a un artista de verdad. Se acercó a mí y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Mis mejillas se sonrojaron y esbocé una sonrisa.

Quizá no todos esos hombres eran asesinos a sangre fría.



Thiago

Capítulo treinta y cinco

Me distraje un momento, charlando con Ettore sobre nuestra misión inconclusa. Sin embargo, cuando mis ojos volvieron a buscar a Juliana al otro lado del jardín, no me gustó nada la imagen que vi.

Charlaba distendidamente con el cuñado de mi hermana. Señalaban un cuaderno y ambos jugueteaban con sus teléfonos móviles. ¿Estaban intercambiando números?

No sabía qué pasaba por la cabeza de ese tipo cuando se acercó de esa manera a ella, pero iba a hacer que se arrepintiera.

En cuanto tocó la cara de Juliana y su sonrisa se ensanchó, lo empujé hacia delante y apunté con mi arma a la cabeza de River. Él abrió los ojos y todo el movimiento hizo que el cuaderno cayera al suelo y vi un dibujo de Juliana. Eso me enfureció aún más.

Cuando desenfundé mi pistola, el americano metió la mano en la funda e intentó desenfundar la suya, pero yo era rápido con el gatillo, iba a matarlo antes de que se le ocurriera dispararme a mí en represalia.

Mientras tanto, oí el sonido de otras armas y, de repente, mi familia y la suya empuñaban armas.

La abuela, que venía de la cocina con un plato de cristal, gritó y dejó que la salsa boloñesa se derramara por todo el suelo.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Manuela se abalanzó sobre mí con todas sus fuerzas, interponiéndose entre su cuñado, que seguía tirado en el suelo por el empujón que le había dado, y yo—. ¿Estás loco, Thiago?

—Deberías preguntárselo a él. El americano debe conocer cuál es su lugar, especialmente en nuestra casa.

—¿Quién es esta mujer? —Manuela miró a Juliana, que estaba encogida detrás de mí, y luego volvió a mirarme, manteniendo su expresión de furia.

—Una protegida. —Era la mejor respuesta que podía dar en tan poco tiempo.

—¿Protegida? —Mi hermana enarcó las cejas oscuras, interrogándome aún con la mirada, porque mi respuesta no parecía satisfactoria.

Por el rabillo del ojo, vi a mi abuela acercarse a Juliana y alejarla de mi vista. Pensé que eso bastaría para zanjar el asunto, pero en cuanto mi padre ajustó su pistola y se acercó a mí, me di cuenta de que podía haber causado un lío mayor del que me hubiera gustado.

—Thiago. —Me hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera y entramos en la casa, deteniéndonos solo cuando estuvimos en el despacho.

Mi padre dio un portazo y giró hacia mí, resoplando como un toro.

—¿Qué mierda ha sido eso?

Rara vez recordaba haberle visto perder los nervios conmigo o con mis hermanos, pero en aquel momento parecía muy enfadado.

Permanecí en silencio a falta de palabras que aclararan la confusión.

—Apuntar con un arma a uno de nuestros aliados, al cuñado de tu hermana... ¿Qué pasó por tu mente? Si hubieras disparado, si cualquiera de nosotros lo hubiera hecho, la tragedia habría sido incalculable. Acabas de poner a toda nuestra familia en peligro.

—Estaba haciendo dibujos de ella, tomando su número de celular y yo soy el culpable.

—¡Sí, tú tienes la culpa! —Golpeó con la mano la madera de la puerta, tan fuerte que toda la habitación tembló—. No te reconozco, hijo mío. Tú resuelves nuestros problemas, no los causas.

—Lo siento. —Me vi obligado a dar un paso atrás.

—¿Qué significa esta chica para ti?

—Nada —respondí demasiado rápido.

—Pues deshazte de ella. ¡Inmediatamente!

—Pero el cumpleaños de Manuela...

—Casi lo has arruinado todo. No vuelvas hasta que este problema esté resuelto. No quiero ninguna pelea con Lansky o cualquiera de nuestros aliados por una chica que ni siquiera es de los nuestros.

—La sacaré de aquí.

—¡Magnífico! Hazlo ahora.

—Sí, papá...

Bajé la cabeza mientras asentía a mi padre y admitía que había dejado que la situación se me fuera de las manos. Me había equivocado al pensar solo en mis propios deseos y dejar de lado la seguridad de la familia. Además, no quería que otro hombre pusiera sus ojos en ella, así que era mejor esconderla.



Juliana

Capítulo treinta y seis

—Gracias. —Acepté el vaso de agua que me trajo Rosimeire y seguí acurrucada en el borde del sofá del salón.

Mi corazón seguía acelerado y la imagen de todos sacando sus armas y apuntándose unos a otros habría sido una increíble escena de película de acción si yo no hubiera estado justo en medio y la hubiera provocado.

No había entendido la discusión de Thiago con su hermana, pero la forma en que reaccionó ante el tipo que me hablaba fue suficiente para saber que ésa era la motivación. Era solo un dibujo, no podía entender de qué se trataba.

—No quería causar alboroto en tu familia —le susurré a la señora Rosi cuando le devolví el vaso.

—No fue culpa tuya.

Sollocé, permaneciendo en silencio mientras pensaba en lo que podría ocurrirme. Si estaban a punto de matarse unos con otros, matarme sería fácil y sencillo.

Cuando Thiago bajó las escaleras con paso firme y su mirada depredadora se dirigió directamente hacia mí, no supe si llorar o gritar.

—Recoge tus cosas.

—¿Qué vas a hacer con ella? —preguntó la señora Rosi más rápido que yo.

—Sacarla de aquí. No debes preocuparte por eso, abuela.

—Thiago, no puedes dejarla por ahí sin protección...

—¡Vamos! —levantó la voz—. Toma tus cosas.

Miré a la señora Rosi, sintiendo que se me llenaban los ojos de lágrimas, y ella asintió con la cabeza, indicándome que obedeciera la orden de Thiago.

Fui al dormitorio, encontré las bolsas de la compra y volví a meter en ellas la ropa y los zapatos. No sabía exactamente qué iba a pasarme, pero tampoco tenía la sensación de que fuera a llevarme a casa sin más.

Tardó unos minutos, pero cuando apareció en la puerta del dormitorio, tragué saliva.

—¿Lo tienes todo?

Me limité a mover la cabeza afirmativamente. Sentí un cosquilleo en la garganta y unas intensas ganas de correr. Temía que la pistola me apuntara a la cabeza, pero al mismo tiempo no sabía lo que me esperaría fuera de aquellos muros.

Me tragué las lágrimas, sintiéndolas caer como un gato con las uñas afiladas. Pasé las manos por las asas de las bolsas y las junté lo mejor que pude.

—Déjamelas a mí. —Thiago chocó contra mi costado y me quitó las bolsas de encima, en un movimiento rápido y firme que casi me hace caer hacia atrás.

—¿Adónde me llevas? —No podía evitar la pregunta, por mucho miedo que me diera la respuesta.

—A un hotel.

—¿Hotel?

—No hagas demasiadas preguntas. —Su tono era firme y amenazador.

Estaba visiblemente enfadado y le salía por los poros de una forma que le hacía aún más aterrador. Yo no había tenido mala intención, no habría imaginado que las consecuencias de una simple conversación pudieran ser tan duras.

—Puedes llevarme a casa.

—¿Todavía quieres que encuentre a tu amiga?

—Quie... Quiero... —tartamudeé entre la culpa y la necesidad de escapar.

—Entonces, quédate en el hotel.

Asentí con la cabeza.

No sabía qué riesgos podía correr Rhea, pero cada vez era más consciente de los míos.

Thiago iba delante, cargado con mis maletas, y yo tomé el móvil y los libros de italiano lo más rápido que pude antes de seguirlo.

Observé su ancha espalda, sus pasos firmes y sentí que el estómago se me revolvía una y otra vez. La ilusión de que podía cultivar sentimientos por él desaparecía en momentos como aquel, cuando sentía miedo y recordaba que era un mafioso.

Llegamos al garaje donde había varios coches de diferentes tamaños y modelos y él abrió el maletero de uno de ellos, echando mis cosas dentro. Habría vibrado de emoción al ver el símbolo de Ferrari, pero un coche de lujo no habría bastado para disipar los demás temores que me corroían la mente.

Abrió la puerta del carruaje y me indicó el asiento.

—Gracias.

No esperó a que me acomodara antes de darse la vuelta y ocupar el asiento de conductor. En cuanto cerré la puerta, Thiago aceleró y los neumáticos del coche chirriaron al alejarse de la mansión.

No dijo ni una palabra mientras conducía por la ciudad hasta que se detuvo frente a la entrada de un hotel. En cuanto detuvo el coche, un portero se acercó a nosotros y tomó mis maletas mientras Thiago me rodeaba la cintura con los brazos y tiraba de mí. Sentí la presión de sus dedos sobre mí mientras me arrastraba hacia la recepción.

Thiago hablaba tan deprisa con el hombre que estaba al otro lado que no entendí nada. Solo me di cuenta de que se trataba de una habitación cuando el recepcionista me entregó una llave magnética.

Fuimos al ascensor y el hombre con mis maletas nos acompañó. No dijo nada hasta que las puso sobre la cama y desapareció de nuestra vista cuando Thiago cerró la puerta, encerrándonos.

Me tapé la boca con la mano cuando sentí ganas de gritar, miré por la ventana, pero dudaba que sobreviviera si saltaba sobre el hormigón a varios metros de distancia.

Sin escapatoria, me quedé mirando al depredador que tenía delante, observando cómo alternaba su respiración mientras me analizaba. Le tenía miedo, pero al mismo tiempo no podía dejar de experimentar otras sensaciones extrañas.

—¿Por qué estás tan enfadado? —Cuando la pregunta salió de mi boca, ya no pude contenerla.

—¿Por qué? —Alzó la voz y yo di un paso atrás, sintiendo la mullida alfombra bajo mis pies hasta chocar con la madera de la cama—. ¿Te atreves a preguntarme por qué?

—No lo entiendo.

Avanzó hacia mí y me agarró por los hombros, levantándome para que mis pies dejaran de tocar el suelo.



Thiago

Capítulo treinta y siete

Cuando la agarré, sus ojos marrones se abrieron más que nunca y se quedó con la boca abierta. Ella gruñó y yo gruñí. Por el tacto de su piel podía sentir cómo se le aceleraba el corazón.

Ella solo era una presa asustada mientras que yo era un depredador completamente fuera de control.

No debería haber apuntado con el arma a un aliado de esa manera, y casi causar un incidente aún peor con mi familia. Todo ha sido culpa de ella.

—¿Le diste tu número?

—Mi... mi número —tartamudeó como si aún no pudiera procesar del todo la pregunta que le había hecho.

—Del maldito móvil que te regaló mi abuela.

—No... No. Solo estaba usando el traductor para hablar.

—¿Hablar de qué?

Había perdido el control, y no solo cuando desenfundé el arma.

—No deberías estar coqueteando con otro hombre —gruñí como un perro feroz, pero en lugar de retroceder ella me desafió.

—¿Por qué no? —Me empujó las muñecas intentando que la soltara.

—Tú... —No terminé la frase y acabé soltándola, dejándola caer sobre la cama y dando un paso atrás.

Me hizo una pregunta cuya respuesta no supe enseguida, o sí supe y no me atreví a decirla. Pensé que no debía admitir mis celos ante ella ni ante nadie.

La situación se me estaba yendo de las manos y lo mejor sería llevarla de vuelta a su casa. Solucionaría todos mis problemas, pero la verdad era que no quería que se fuera. Pensé que quedármela para mí podría ser sencillo, pero estaba resultando muy complicado.

—¿Yo qué? —Infló el pecho lleno de la estúpida actitud que la había hecho arrojarse al mar.

—Nada.

—¡Thiago!

—Deberías darme las gracias por protegerte.

—¿De verdad piensas que me estás protegiendo? —me desafió, y me pregunté si se le había pasado por la cabeza que estaba mintiendo.

—Mira dónde estás. —Indiqué la habitación de lujo—. No te quejes.

Ella tragó saliva y yo apreté los dientes con más furia. Quería arrancarle aquel fino vestido y silenciar su boca con la mía, pero tuve que controlarme. Ese día ya había actuado demasiado por impulso.

—No quiero causarte problemas ni a ti ni a tu familia. —Dio un paso atrás.

—Así que piensa bien lo que haces y con quién hablas.

—Me estaba haciendo solo un dibujo.

Solo...

Gruñí en un intento de no reírme nerviosamente. River era un completo idiota por intentar dibujar a una chica que me pertenecía. Si no hubiera sido por la alianza familiar y por mi hermana, al menos le habría dado un puñetazo a ese idiota.

—No quiero que poses para nadie.

—¿Por qué?

—Deja de hacer preguntas. —Apreté las uñas contra las palmas de las manos mientras apretaba los puños.

—Entonces dame respuestas más claras.

—En lugar de simplemente agradecerme por estar viva, continúas desafiándome. —Le agarré la cara, sujetándola por el mentón y obligándola a mirarme directamente.

—¿Estás celoso? —Parpadeó como si llegara a una conclusión visible.

—No.

—Entonces, ¿por qué...

—Te he dicho que dejes de hacer preguntas —interrumpí.

—¿Qué hay entre nosotros? —Empujó mi mano tan fuerte como pudo y me hizo soltarla.

—Tú me das lo que quiero y yo te mantengo a salvo.

—¿Estoy realmente a salvo?

—No me habría sentido tan enfadado si no hubiera sido así.

Volvió a tragar saliva y sus ojos permanecieron muy abiertos.

Si no hubiera estado tan buena, si mi mente no hubiera estado tan afectada por su proximidad, la habría matado. Solo era una pobre chica de otro país. No había nadie allí para ella. Probablemente habría perecido en esa isla si no se hubiera cruzado en mi camino.

—Tu suerte es que eres atractiva.

—Yo... —Su voz volvió a temblar—. Quiero que te vayas.

—¿Irme? —Enarqué una ceja.

—Vuelve a tu fiesta familiar, déjame en paz.

Me entraron ganas de discutir, pero pensé que era mejor dar marcha atrás. En el fondo, no quería hacerle daño y el día ya había puesto demasiado a prueba nuestros ánimos.

—Si tienes hambre, pide al servicio de habitaciones.

—Gracias. —Se tiró en la cama y se acurrucó en posición fetal.

Juliana... Pensé en llamarla por su nombre, pero la palabra se me atascó en la garganta.

Así que, finalmente, hice lo más prudente. Di media vuelta y me fui.



Juliana

Capítulo treinta y ocho

En cuanto cerró la puerta, lloré, lloré y lloré todo lo que pude, dejando salir mi rabia, mi dolor y mi miedo.

Algunas personas decían que era fácil armarse de valor para superar situaciones difíciles, pero probablemente nunca habían experimentado nada parecido a lo que yo estaba viviendo.

Me froté los ojos hasta el punto de sentir escozor cuando ya no quise mojar la sábana. Había elegido quedarme allí, había decidido permanecer cerca de él con la esperanza de volver a casa con mi mejor amiga, pero desde luego no sería tan sencillo. No estaba en manos de un hombre bueno y caritativo, sino de un mafioso que podría matarme en cuanto se cansara de mí.

¿Cómo iba a encontrar a Rhea y decirle que todo iría bien si no sabía si lo haría?

Él me deseaba y estaba segura de ello por el sexo. Por brutal que fuera, era adictivo. Mentiría si dijera que no lo deseaba también. Mi cuerpo palpitaba al pensar en la presión de sus manos y el salvajismo de sus besos. Sin embargo, esto no parecía una historia con final feliz.

Oí vibrar mi móvil y fui a buscarlo, encontrándolo debajo de una de las bolsas. Lo abrí y vi un mensaje en una aplicación.

Rosi:

¿Te encuentras bien?

Me quedé mirando el mensaje y me pregunté cómo respondería. Estaba asustada, conmocionada, atemorizada, pero al mismo tiempo no me habían herido ni lesionado, lo cual debería contar como puntos positivos.

Juliana:

Estoy bien.

Rosi:

¿Y Thiago?

Juliana:

Se fue y me dejó aquí.

Rosi:

¿Dónde?

Me levanté de la cama y fui a la mesilla de noche. Encontré una tarjeta del hotel, le hice una foto y se la envié.

Rosi:

Es un lugar cómodo y no está lejos de aquí.

Juliana:

Creo que sí.

Rosi:

Siento lo que pasó, cariño.

Juliana:

No quería causar problemas a su familia.

Rosi:

No fue culpa tuya.

Me quedé mirando el móvil, sin saber qué decir. Si hubiera aceptado volver a casa en el primer momento, nada de esto habría ocurrido. Al mismo tiempo, no sabía si tendría paz volviendo sola.

Me sudaban las manos en el móvil y mi pecho seguía oscilando entre el miedo y la necesidad de coraje.

Juliana:

¿Crees que va a matarme?

Rosi:

¡Por el amor de Dios! No.

Estarás bien. Cualquier cosa que necesites, puedes contar conmigo.

Juliana:

Gracias, señora.

Creía que decía la verdad, pero mis instintos me decían que corría un gran peligro.



Thiago

Capítulo treinta y nueve

Después del lío causado por mí mismo, no me quedé en la fiesta de la noche. Mi madre inventaría alguna excusa para los invitados y yo salí diciendo que iría tras mi misión. De hecho, la Raposa y su banda seguían por ahí, y por mucho que no hubiera noticias de nuevas desapariciones en Italia, no podía dejarlo pasar. No éramos conocidos por la piedad y esa era una reputación que había que mantener. Dependía de mí dar ejemplo.

Además, no podía dejar ahí a alguien que me desafiaba y seguía huyendo de mí.

Encendí el sistema multimedia del coche y llamé a Ettore. Mi primo aún no tenía noticias mías y me estaba impacientando.

—Tenía planes para esta noche, sabes. No tenías que joderlo todo con ese ataque de celos.

—Tenemos trabajo que hacer.

—Tú eres el que huye de la fea mirada de tu padre.

Gruñí mientras apretaba el volante entre las manos, sintiendo cómo mis dedos se hundían en el cuero mientras mis dientes apretaban mis mandíbulas. Estaba muy cabreado porque en el fondo sabía que lo que Ettore decía era cierto. Lo había jodido todo llevando a Juliana a la mansión Bellucci, pero al mismo tiempo no quería deshacerme de ella y ese contraste podía dejarme aún más descontrolado de lo que estaba.

—Solo dime dónde tengo que ir. —Cambié de tema, imponiéndome.

—Aún no lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—No es una aficionada, Thiago. Ahora que está segura de que estamos tras ella, esconde bien sus huellas.

—Eres bueno en lo que haces.

—En realidad, soy genial, pero si fuera tan sencillo lo harías tú mismo, ¿no?

Me callé, porque discutir con Ettore solo conseguiría enfadarme aún más.

—Busca otros cuellos que romper, te avisaré cuando lo encuentre. Pásalo bien, primo. —Me colgó.

Le di un puñetazo al volante, haciendo sonar el claxon. Quería sangre, pero tendría que encontrarla en otro sitio o seguiría sintiéndome así.

No me atreví a volver a la fiesta, aunque las personas que más me importaban seguían allí.

Podría haber ido a cualquier sitio, a un hotel o al piso de mi primo. Incluso a lugares que utilizábamos para comerciar, pero acabé quedándome en el coche, dando vueltas y vueltas por Roma. Vi los lugares de interés, incluso los lugares comunes donde se comerciaba con el producto que traíamos al país.

Cuando había hablado con mi primo Luca de aquella misión, no había pensado que se convertiría en mi mayor quebradero de cabeza. Antes era muy bueno en lo que hacía, iba y venía sin dejar rastro, era temido y el sicario de la mafia, pero había permitido que algo me desviara...



Juliana

Capítulo cuarenta

Pensaba que él iba a volver. Durante los días que pasé en aquel hotel, no dejaba de imaginarme el momento en que Thiago abriría la puerta y se abalanzaría sobre mí como un tigre. Aunque tenía miedo, al mismo tiempo lo esperaba, lo deseaba...

El tiempo pasó y pronto se convirtió en dos semanas. Me dediqué a estudiar italiano y la única razón por la que no me volví loca fue porque Rosi vino a visitarme. Una vez me preguntó si quería volver a casa, pero la dejé en silencio.

Tal vez fue más egoísta de mi parte. Pensé que iba a ayudar a Rhea, pero cada vez estaba más claro que Thiago no iba a rescatarla.

Mi madre seguía en la isla, o eso esperaba. No tenía ni idea de cómo sobreviviría sola...

—¿Juliana?

—Sí. —Me volví hacia la señora Rosi cuando me llamó.

—¿Estás bien, cariño?

Moví la cabeza afirmativamente, aunque mi expresión me traicionaba.

—¿Segura?

—Solo me duele un poco la cabeza, pero probablemente sea porque he estado estudiando mucho. Ya puedo charlar con el camarero que trae el servicio de habitaciones. Creo que nos estamos haciendo amigos. Me ayuda con la pronunciación de algunas palabras.

—Eso está muy bien. —Dio un sorbo a su café y miró al exterior, donde había varios

hombres montando guardia.

Eran los mismos que veía cada vez que salía con la anciana. Estaban allí para protegerla, pero aun así me llamaron la atención.

Estábamos en una cafetería, frente a una plaza muy concurrida, tomando un chocolate caliente que solía encantarme, pero que ese día me estaba revolviendo el estómago.

Con la ausencia de Thiago y el hecho de que pasaba la mayor parte de mis días en presencia de su abuela, volví a ilusionarme con la esperanza de que estaba bien, de que no necesitaba preocuparme más.

—¿Juliana? —volvió a llamarme Rosimeire, atrayendo toda mi atención.

Dejé el vaso de chocolate sobre la mesa redonda de madera y me enfrenté a la señora.

—¿Puedo hacerte una pregunta delicada?

—Pue... puedes... —mi voz vaciló.

La señora solía ir directa al grano en sus preguntas y yo no sabía qué podía querer saber para hacer semejante anticipación.

—¿Cuántas veces se acostaron Thiago y tú?

Abrí la boca varias veces asombrada y no pude emitir ningún sonido.

—No eres tan ingenua, sé que sabes a qué me refiero.

Afirmé con la cabeza.

—¿Entonces? —Ella insistió.

—Dos.

—¿Usaron condones?

Negué con la cabeza.

—Oh, mis nietos... —murmuró para sí misma.

—¿Crees que... —No terminé la frase, pero ella lo entendió.

—Estoy bastante segura.



Thiago

Capítulo cuarenta y uno

—Primo, ¿has dormido bien? —me preguntó Ettore mientras bebía los últimos sorbos de café, aplastaba el vaso y lo tiraba a un cubo de basura.

—Lo he hecho.

—No lo parece.

—El café que sirven aquí es una basura. ¿Acaso no tiene cafeína?

—Te lo dije, cuando encuentre a la Raposa, te lo diré. Vete a casa a dormir o busca otra gente a la que matar. Creo que llamaré a tu hermano...

—Deja a mi hermano fuera de esto —gruñí, alzando la voz.

Después de lo que había pasado en la visita de mi hermana, no estaba siendo la persona favorita de mi familia y por eso evitaba a todos y a todo. Pensé que tal vez si conseguía la cabeza de alguien podría redimirme de alguna manera.

No eran los únicos a los que evitaba. Había dejado a Juliana en el hotel y obtener información de ella a través de los empleados me parecía suficiente, aunque en realidad no lo fuera.

Maldito el momento en que decidí saltar tras ella al mar y rescatarla.

Mi móvil empezó a sonar y refunfuñé al ver el número de mi padre. Al mismo tiempo que no quería otra regañina, esperaba que me diera una misión, cuanta más sangre derramara, mejor me sentiría.

—Hola. —respondí en tono firme—. ¿Tienes algún encargo para mí?

—Ven a casa inmediatamente. —Colgó sin darme la oportunidad de discutir.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Ettore en cuanto volví a guardarme el móvil en el bolsillo.

—Necesito irme a casa.

—Voy contigo. —Tecleó rápidamente algo y cerró la pantalla del ordenador.

No sabía si lo quería cerca, pero mi primo podía evitar que empeorara las cosas.

Tenía razón, llevaba días sin dormir bien, pensando en todo lo que había pasado y alternando entre el deseo de tener a Juliana para mí y la necesidad de echarla.

Fuimos al garaje de su edificio y nos fuimos juntos, cada uno en su coche. Todavía me frustraba que mi primo no me hubiera dado ninguna pista concreta sobre el paradero de la Raposa, y al mismo tiempo sabía que era culpa mía por dejarla escapar.

Aceleré un poco más y empecé a pasar en zigzag a los coches que había por el camino, abusando un poco de la potencia de mi deportivo.

Cuando llegamos a la mansión, Ettore paró detrás de mí y tocó el claxon antes de que yo saliera del coche.

—¿Qué te pasa? —Me acerqué a él con expresión poco amistosa.

—No te excedas o terminarás matándote a ti mismo.

Me encogí de hombros como si no me importara. La verdad era que estaba irritado y aún no sabía cómo sortear la situación.

Ambos entramos en la casa y nada más llegar al salón me llevé una sorpresa.

—¿Qué hace ella aquí? —pregunté en cuanto mis ojos se cruzaron con los de Juliana, sentada en el sofá junto a mi abuela.

—No necesitamos... —Empezó a hablar, pero mi abuela le dirigió una mirada firme que la hizo callar.

—Thiago —el tono firme de mi padre me hizo estar seguro de que iba a reprenderme por algo.

—La mantuve fuera de aquí. ¿Cuál es el problema esta vez? —Apreté los dientes.

—Tómatelo con calma. —Ettore me dio un codazo.

Mi padre miró a Juliana y ella asintió; había algo que ellos sabían y yo no, y eso me molestaba.

—Díselo —le ordenó.

Juliana tragó saliva y se llevó las manos al estómago.

—Estoy embarazada.

—¿Qué? —exclamé incrédulo.

—Creo que será mejor que vuelva a mi casa de Grecia. —Se levantó, pero antes de llegar muy lejos, mi abuela la agarró de la muñeca y la hizo volver al sofá.

—Quédate aquí.

—Pero... —Empezó a murmurar, pero la mirada de mi padre la hizo callar.

Embarazada...

No me lo esperaba.

—Amante o diversión, no sé qué planes tenías para esta chica, pero no fuiste cuidadoso y ahora la situación debe ser tratada con seriedad. Vas a casarte con ella.

—¿Cómo?

Me di cuenta de que Ettore contenía la risa a mi lado y me arrepentí de haberle dejado venir.

—No voy a casarme con ella —continué. Solo tenía veinticinco años y estaba lejos de mis planes casarme con ninguna mujer—. Ni siquiera pertenece a la mafia.

—Deberías haberlo pensado antes de dejarla embarazada. —Mi padre era firme.

Conocía a Theo Bellucci desde que podía respirar y sabía que cuando se proponía algo, nada podía hacerle cambiar de opinión. Me obligaría a casarme con Juliana aunque tuviera que arrastrarme hasta el altar.

La habitación se sumió en un silencio sepulcral y mis ojos se volvieron en dirección a la chica griega. Juliana se desplomó en el sofá cuando se dio cuenta de que la estaba mirando.

Sí, la quería conmigo, por eso la tenía cerca, pero no tenía intención de casarme con ella. Éramos italianos y por mucho que hiciéramos muchas cosas que Dios no perdonaría, mi familia seguía arraigada en las tradiciones de la Iglesia católica y el matrimonio era la principal.

En la salud y en la enfermedad. Hasta que la muerte los separe...

Los divorcios no eran comunes y no solían ser bien aceptados. Si me casaba con esa chica, sería para el resto de mi vida.

Mientras permanecía en silencio, vi las miradas de mis padres y de mi abuela. Estaban llenas de juicio.

Debería haberlo pensado antes...

Todavía podía oír su voz resonando en mi mente.

De hecho, debería haberlo hecho, pero no actué con cautela cuando se trataba de Juliana desde el momento en que salté al mar para salvarla.

Embarazada...

No había imaginado que esto ocurriría, aunque no había hecho absolutamente nada para evitarlo. Mi sangre, la sangre de toda mi familia, corría por las venas del bebé que se estaba formando en ella, y no podía negarlo.

Mi mente iba a mil por hora. Mis pensamientos eran contradictorios y me ponían irritable.

—Honor, Thiago —balbuceó mi padre, recordándome la mayor lección que nos había dado a mí y a mis hermanos cuando aún éramos niños.

El honor era una palabra que nos regía y honrar a nuestra familia debía estar siempre por encima de todo.

—Provean lo necesario para la boda. —Cedí, porque no quería que mi imagen con mi familia empeorara aún más.

—¡Un momento! —Juliana casi salta del sofá—. Señora Rosi, no podemos casarnos así. Sé que estoy embarazada, pero mi madre y yo podemos criar a este bebé en la isla. Pueden ayudarnos con la comida. Es todo lo que necesitaremos al principio...

—¡Silencio, muchacha! —La interrumpió mi padre con voz firme.

—Querida. —Mi abuela la tomó de la mano y la sujetó.

—Mi nieto, un Bellucci, no se criará en un cuchitril de una isla pesquera.

—Creo que ahora que se está aclarando la situación, es un buen momento para decir que tu amiga ya está a salvo —dejó caer Ettore.

—¿Rhea? —Los ojos de Juliana se abrieron de par en par.

Rugí a mi primo y él dio un paso atrás. Si nuestra abuela y mis padres no hubieran estado en la habitación, lo habría destripado con mis propias manos.

—¿Llevaste a Rhea de vuelta a casa?

No podía mentir delante de mi familia.

—No. Fue un tal Klaus Demetriou.

—El hombre de la playa. —Parecía asombrada. Al parecer ella también conocía al tipo y no me gustaba pensar en ello, pero no era el momento de dejarme llevar por los celos. Ya me había metido en demasiados problemas—. ¿Desde cuándo? ¿Hace cuánto tiempo volvió a casa?

No respondí. Permanecí en completo silencio, pero Juliana era lista y consiguió atar cabos por su cuenta tras recibir más pistas de las que debía.

—¡Me has mentido! —Apretó los dientes y gruñó como un perro feroz.

Cuando se levantó y vino hacia mí, golpeándome el pecho con puñetazos que apenas podía sentir, nadie la detuvo. Todo el mundo miraba como ella usaba toda su fuerza para intentar hacerme daño físicamente.

—¡Sabías que estaba en su casa y no me lo dijiste!

La dejé seguir unos minutos más, hasta que me enfadé y la agarré de las muñecas. Jadeó mientras me miraba fijamente, moviendo la cara como si quisiera morderme. Mechones de su desordenado pelo rubio le caían sobre la cara y quise arreglárselo.

Era tan frágil, indefensa, pobre y solitaria, pero al mismo tiempo tan hermosa como para haber llamado mi atención y meternos a ambos en ese lío.

—¡Suéltame!

—Ten cuidado con lo que haces, chica.

—¿O qué? —Hinchó el pecho—. ¿Vas a matarme embarazada?

Su inteligencia rozaba la estupidez.

La solté y Juliana retrocedió tambaleándose unos pasos y fue sostenida por mi abuela, que le rodeó los hombros con los brazos y la guió fuera de la habitación.

—Me alegro de que decidieras hacer lo correcto. —Mi madre me dedicó una cálida sonrisa y supe que era la única que tendría ese día.

Mi padre siguió dirigiéndome una mirada seria y reprobatoria y decidí no enfrentarme a él.

Necesitaba un mínimo de responsabilidad para admitir incluso ante mí mismo que yo era el culpable de la situación.

Si quisiera a Juliana para mí, con el matrimonio la tendría para siempre.



Juliana

Capítulo cuarenta y dos

Rosimeire me llevó a la cocina y me dio un buen vaso de jugo de naranja muy frío. Lo miré fijamente, pero no lo tomé.

—Toma un poco, te hará bien.

—Sé que Thiago tenía que saber que estoy embarazada, pero cuando me trajo aquí no imaginé que fuera para que me casara con él. Es una imprudencia, señora Rosi.

—La imprudencia fue que quedaras embarazada antes del matrimonio. Thiago no es un niño, pero fue muy irresponsable y ahora tiene que atenerse a las consecuencias de su comportamiento.

—Solo quiero irme a casa. —Bajé la cabeza, sintiendo que se me revolvía el estómago. Imaginé que no era por causa de las náuseas esta vez.

—Estás en casa.

—Mi madre... Mi mejor amiga...

—Pronto podrás verlas. En cuanto se resuelva la situación con Thiago y se celebre la boda.

Al principio no creí que lo dijeran en serio, pero después de oír las palabras de Rosimeire, me quedé completamente sorprendida. La señora había sido la única que me había tratado con sinceridad y respeto desde que había llegado allí y no se inventaría aquella historia. Realmente pensaba que lo mejor sería que me casara con Thiago.

Pensé que mi estancia con aquella familia duraría poco, pero nada estaba saliendo como había previsto.

Al menos Rhea estaba bien...

De todas las noticias que había tenido en los últimos días, esa había sido la mejor. Me había pasado casi un mes angustiada pensando en las peores cosas que podían haberle pasado, pero si Klaus se la había llevado a casa imaginaba que estaría bien.

Conocía muy bien ese nombre, todo el mundo en la isla lo sabía. Desde que el señor Pedro, el padre de Rhea, lo había rescatado de la playa, el multimillonario se había convertido casi en una leyenda en el pueblo de pescadores, sobre todo porque se marchó y nunca volvió. El hecho de que hubiera rescatado a mi amiga me tranquilizó.

Si Rhea estaba a salvo en casa, al menos podría quitarme ese peso de encima. En cuanto a mí, bueno, no podía garantizar que me fuera tan bien.

Debería estar agradecida por seguir viva, pero un futuro unida a un mafioso tampoco parecía la mejor opción.

—Te pondrás bien —me aseguró Rosimeire con una sonrisa.

—Ustedes son la mafia. —Me estremecí al recordar cuando aquel hombre me había hablado y la confusión cuando Thiago le apuntó con su pistola.

—Pero somos una familia y tú serás una de los nuestros. Thiago es responsable de lo que pasó, pero no es el único. Todo es consecuencia de tu elección de quedarte.

—Solo quería que salvara a mi mejor amiga, pero no lo hizo.

—Si Ettore dice que está bien, es porque lo está.

—Entonces podré irme a casa.

—Ya no estás sola. —Me señaló la barriga—. Después de que mis nietas se hayan

marchado y Nina se haya dedicado a sus estudios, será agradable tenerte cerca.

No dije nada más. Era fácil ver que la señora Rosi no veía otra alternativa que casarme con su nieto.

Pero estaba aterrorizada.

Pensaba que me merecía lo que me estaba pasando por lo que le había pasado a Rhea, pero si ella estaba a salvo ya no tenía por qué someterme a nada.

Me puse la mano en el estómago y pensé en el hecho de que estaba embarazada. Viviendo en aquella isla, pensando solo en mis padres y sin ambiciones románticas, el embarazo no era algo que hubiera previsto ni esperado.

No pensaba en cómo sería cuidar a un niño, porque apenas podía cuidar de mí misma. Pero al menos imaginaba que podría recibir ayuda en casa.

—¿Está bien mi madre? ¿Y mi padre, ha vuelto?

—Le pediré a Ettore que lo compruebe.

—Gracias.

Rosimeire me acarició el hombro y me sonrió. Tenía expresión de que todo iba a salir bien, pero yo aún no estaba segura.



Thiago

Capítulo cuarenta y tres

—¡Gracias por arruinarlo todo! —gruñí a Ettore mientras mis padres salían de la habitación y nos dejaban solos.

—¿Cuánto tiempo pensabas ocultárselo? —Se encogió de hombros como si no hubiera dicho gran cosa—. Al menos no dije que mataste a su padre.

—¡Ettore!

Se limitó a mover la cabeza y si pudiera oír los pensamientos estaría escuchándolo decir que me había metido solo en este lío y que las consecuencias eran mías.

Quizá si no la hubiera dejado vivir con mi familia, mi abuela y mis padres no se habrían involucrado y no me habrían obligado a casarme. Al mismo tiempo, mi padre tenía razón. El hecho de que Juliana estuviera embarazada lo cambiaba todo. No podía abandonar a mi hijo.

—Asegúrate de que su amiga está realmente bien.

—Puedo hacerlo.

—Estupendo.

Juliana no era miembro de la mafia, pero iba a convertirse en uno, y para eso tenía que aprender las reglas y entender nuestro juego.

Casarme por obligación no formaba parte del futuro que me esperaba, pero huir de ello solo me deshonraría aún más delante de mis padres. Tenía que asumir la responsabilidad y afrontarlo, porque era innegablemente culpa mía.

—Ahora, quítate de mi camino. —Choqué con Ettore de una forma que le hizo tambalearse y seguí el pasillo por donde había visto a mi abuela llevarse a Juliana.

No había hablado bien con ella desde que la dejé en el hotel y, después de lo que le había revelado mi primo, sabía que no estaba siendo su persona favorita. Sin embargo, si íbamos a casarnos, más le valía aprender a tratarme.

La encontré en la cocina, sentada frente a la mesada. Juliana tenía un vaso de jugo de naranja en la mano y lo devolvió a la superficie, mirándome fijamente.

—Ven conmigo. —Le hice un gesto para que me siguiera.

—No voy a ninguna parte contigo.

—Juliana... —Mi abuela trató de calmarla.

Refunfuñó y siguió mirándome con expresión tensa y los ojos entrecerrados. No era mi mayor admiradora en ese momento, pero tampoco estaba tan contento con la situación como debería.

—Dejémoslos hablar. —Rosimeire condujo a la cocinera fuera de la habitación para dejarme a solas con Juliana.

—Me has mentido. —Parecía decidida a insistir.

—Nunca te dije que fuera un buen hombre. —Hinché el pecho y me metí las manos en los bolsillos.

—Pero dijiste que rescatarías a mi amiga. Y no hiciste nada.

—Ella está bien.

—No gracias a ti. —Juliana se estremeció y resopló.

Pude ver claramente la rabia a través de las venas que saltaban de su frente. El mismo impulso suicida que la había hecho arrojarse por la ventana era el que la llevaba a ladrarme, ignorando lo peligroso que yo podía ser.

—Te quedaste.

—Porque me engañaste. —Se levantó, casi dejando caer su vaso de jugo al suelo, y se atrevió a desafiarme de nuevo con el pecho hinchado.

—Ah, pobrecita.

—¡Ah! —Volvió a golpearme el pecho con las manos—. Eres un imbécil.

—Yo maté a tu padre.

—¿Qué? —Se tambaleó hacia atrás con la boca entreabierta, completamente insensible.

—Quieres que deje de ocultar cosas. Bueno, maté a tu padre.

—¿Es una broma de mal gusto? —Se apoyó en la mesada de una forma que me hizo preguntarme si estaba lúcida.

—No.

—¿Por qué me dices esto?

—Es la verdad.

—¿Cómo? —Parpadeó varias veces, intentando contener las lágrimas—. ¿Por qué has hecho eso, monstruo?

—Tu amable y cariñoso padre estaba con otros tipos que secuestraban a pobres chicas indefensas como tú. Fui a una misión y él estaba allí.

—¡Es mentira!

—¿Preferirías imaginar que he entrado en tu casa y lo he matado solo porque quería tenerte para mí?

Dio un paso atrás y movió la cabeza negativamente, aceptando lo que tenía más sentido.

—Se involucró con la gente equivocada.

—Probablemente.

—Como yo...

Ella seguía mirándome fijamente y yo alternaba entre las ganas de besarla y cogérmela sobre la mesada de la cocina, sin preocuparme por las demás personas de la casa, y la necesidad de tener sentido común. Actuar por impulso me había puesto en aquella situación.

—Piensa en la boda de princesa que podrías tener.

—¡No quiero casarme contigo!

—Pero eso es lo que vas a hacer.

—No puedes obligarme.

Acerqué mi cuerpo al suyo y le sujeté el mentón, haciendo que me mirara.

—Estás embarazada y, te guste o no, es lo que hay que hacer. Mi hijo es un Bellucci y será criado como tal.

—También es mi hijo. —Sacudió la cabeza y me soltó.

—Sí, y tu oportunidad de unirte a la familia.

Estiró el brazo, tomó el vaso de jugo y se lo bebió todo de un par de tragos.

—Quiero volver al hotel.

—¿Ahora?

—Sí.

—¿Segura?

—Te estoy diciendo que sí.

—De acuerdo. —Terminé asintiendo.

El choque no fue solo para mí y de cara al matrimonio tuve que intentar que funcionara.

Había crecido con un único objetivo: hacer que todos me temieran. Desde que ocupé mi puesto en la mafia y en cada vida que arranqué, mi misión había sido sembrar el miedo y cultivar el respeto de nuestros enemigos y aliados. Siempre se me había dado muy bien, pero nunca me había preocupado por hacer que nadie tuviera una opinión diferente de mí, ni siquiera mi propia familia.

—Vámonos. —Asentí y dejé que me guiara.

Recorrió el pasillo y entró en el garaje sin decirme una palabra. Desbloqueé el coche, abrí el portón y la dejé entrar.

—¿Necesitas algo tú y el bebé?

—No.

—¿Te ha llevado mi abuela al médico?

—Sí.

—¿Va todo bien?

—Sí.

Normalmente, nada me producía más satisfacción que el odio y el miedo de la gente, pero esta vez me estaba provocando ansiedad.

—¿Juliana?

—Deja de fingir que te importa. —Se cruzó de brazos y cerró el rostro en una expresión inflexible.

¿Me importaba?

La pregunta me inquietó aún más.

Conduje en completo silencio hasta el hotel donde se alojaba. En cuanto aparqué y antes de que pudiera decir nada, abrió la puerta del coche, subió corriendo las escaleras y desapareció de mi vista.

Permanecí allí unos minutos hasta que el aparcacoches se me acercó y me preguntó si necesitaba ayuda.

Negué con la cabeza y arranqué el coche.



Juliana

Capítulo cuarenta y cuatro

Corrí, entré en el ascensor y no paré hasta que estuve en la habitación. Jadeante, apoyé las manos en la pared y respiré hondo varias veces hasta que pude recuperar el aliento. Caminé un poco más hasta estar en el sofá y me puse las manos en el estómago.

¿Cómo habría sido si no me hubiera quedado embarazada?

Thiago aún me mantendría allí y nunca sabría de Rhea. Y mi padre...

Eché la cabeza hacia delante y me tapé los ojos con las manos. Las lágrimas empezaron a brotar y ni siquiera intenté detenerlas. Estaba asustada, atemorizada y saber que había matado a mi padre no ayudaba en absoluto.

Había caído en manos de un monstruo e incluso se había quedado embarazada de él.

Era demasiado ingenua para pensar que me ayudaría.

Miré alrededor de la habitación y observé bien lo que me rodeaba. La comodidad, la barriga llena y la falsa sensación de seguridad probablemente me habían engañado.

Por muy atractivo físicamente que fuera Thiago Bellucci, no podía casarme con él. ¿Qué sería de mí pegada a un mafioso para el resto de mi vida? Desde luego, Rosimeire no podría protegerme en todo momento y, además, también estaba de acuerdo con el matrimonio.

No había vuelto a casa antes, pero necesitaba intentarlo.

Me acerqué a un teléfono que había sobre un escritorio en un rincón y marqué el número del servicio de habitaciones.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarle?

Mis esfuerzos por aprender italiano estaban dando sus frutos porque ya entendía lo que decían los demás.

—¿Puede traerme un sándwich de jamón?

—¿Qué habitación?

—Mil dos.

—Se entregará en breve.

—Muchas gracias. —Volví a colgar el teléfono y me acerqué al armario.

Tomé la ropa que me habían comprado y empecé a meterla en una mochila que me había dado Rosimeire. No cabía todo, pero hice lo que pude con el espacio. No era lo único que me había dado la abuela de Thiago y que necesitaría.

Los quinientos euros que me había dado por si los necesitaba para una emergencia seguían guardados y ese era el momento en que los necesitaría. Esperaba que fuera suficiente para volver a casa.

Tardé menos de media hora en oír que llamaban a la puerta y abrí rápidamente. Jadeé cuando vi que era Enzo y le hice entrar, con bandeja y todo.

—Traje tu sándwich.

—Gracias.

—Pareces angustiada.

—Me voy y necesito tu ayuda.

—¿Irte? ¿Mi ayuda? —Ensanchó los ojos y empezó a tartamudear como si se hubiera sobresaltado—. No puedes irte así.

—Tengo que irme y necesito tu ayuda. Por favor...

—Mira, yo...

Fruncí los labios y le puse cara de llanto.

—De acuerdo —resopló cuando al final le convencí—. ¿Adónde quieres ir?

—A Grecia. Si puedes ayudarme a llegar a alguna ciudad de allí, creo que podré volver a casa. Debe haber un barco que pueda llevarme a la isla.

—¿Tiene algún documento?

—No...

—Entonces se complica.

—Por favor...

—Recuerdo que me contaste cómo era tu vida antes. Mira dónde estás ahora. Puedes pedir lo que quieras y alguien pagará la cuenta por ti. ¿Por qué querrías irte de un lugar así?

—Quieren que me case con Thiago y no puedo hacerlo.

—¿Por qué no?

—¡No!

—De acuerdo. Puedo intentar ayudarte y encontrar la forma de que vuelvas a Grecia, pero no puedo garantizarte nada.

—Tengo algo de dinero, tal vez...

—Llévalo contigo, lo necesitarás.

—Gracias. —Me abracé a mí misma, apretando las manos contra el pecho mientras sentía una sensación agónica que se intensificaba con cada latido.

—Quédate aquí.

—Está bien.

Comí el sándwich porque tenía hambre y él salió de la habitación, dejándome sola y reflexionando sobre la poca esperanza que tenía.



Thiago

Capítulo cuarenta y cinco

Lo que más deseaba era una misión. Alguien a quien pudiera matar de la forma más fría y despiadada posible, como forma de descargar mis propias tensiones y mi ira. Sin embargo, lo único que tenía era el derecho a volver a casa y la obligación de enfrentarme a mi familia.

La situación con Juliana fue culpa mía. Si no la hubiera querido, no me habría puesto en una situación tan incómoda.

Después de dejar a Juliana en el hotel, no fui directamente a casa. Era una excusa, pero al mismo tiempo lo aproveché para hacer algo. Teníamos muchas propiedades y acciones en empresas, para mantener nuestro patrimonio y sobre todo como forma de blanquear dinero.

Fui a una de las inmobiliarias cercanas a la mansión de mi familia. Esperaba que el agente inmobiliario pudiera ayudarme a encontrar una casa o un piso donde pudiera alojar a Juliana y a mi hijo.

Antes no pensaba en tener una casa propia, porque me bastaba con mi espacio en la mansión. Me bastaba para guardar mis cosas y me mantenía cerca de mis padres y mi hermano, pero con un hijo en camino y un matrimonio indiscutible, necesitaba revisar algunos conceptos sobre mi propia vida.

—¿Qué le parece, señor Bellucci? —El agente inmobiliario me llevó al jardín de la casa y me la enseñó—. Hay una piscina y una zona verde.

—Me gusta.

Habíamos visto cinco propiedades y esa era la primera vez que decía esa frase. Empecé a pensar que no tenía un departamento para mí solo como Ettore porque no me gustaban los departamentos. Prefería lugares más grandes, con habitaciones espaciosas y un jardín.

—¡Qué bien! —El tipo parecía emocionado—. Hay cinco dormitorios, tres suites. Espacio para los sirvientes...

—¿Y la seguridad?

—Los muros son altos y ya se han instalado las cámaras, así como el sistema de alarma. En la entrada también tenemos una garita de vigilancia donde pueden alojarse los hombres de guardia.

—Perfecto. Tomaré esa. ¿Cuándo podemos mudarnos?

—Voy a presentar la documentación y asegurarme de que se tramite lo antes posible.

—Hazlo —dije en un tono más firme.

—Sí, señor.

Me aparté del tipo cuando empezó a sonar mi móvil y puse los ojos en blanco al ver el número de mi abuela. Después de lo que había pasado antes, era ingenuo por mi parte pensar que me darían un momento de paz.

—¿Hola, abuela?

—¿Qué le hiciste a Juliana?

—¿A qué te refieres?

—No contesta a mis llamadas al móvil ni en la habitación del hotel. Llevo más de una hora intentando localizarla y no puedo. ¿La has llevado a otro sitio? ¿Sigues con ella? Thiago, si tú...

—No hice nada. —Adopté una postura defensiva y alcé la voz—. La llevé directamente al hotel, no subí a la habitación. La dejé y me fui.

—¿Por qué no contesta?

—¡No lo sé!

Estaba nervioso por mi abuela, pero en el fondo también me preocupaba el por qué. Juliana estaba claramente irritada por la situación y tenía la terrible costumbre de tomar decisiones estúpidas.

—¿Dónde estás?

—Comprando una casa.

—¡Oh! —El tono de mi abuela hizo que pareciera sorprendida, cosa que no ocurría muy a menudo—. Vuelve al hotel y averigua si está bien.

—Juliana no tiene ganas de verme en este momento.

—¡Es la madre de tu hijo!

—Lo sé... Voy para allá.

—Mantenme informada.

Colgué la llamada y le dije al vendedor que me iba. Me iba a quedar con la casa y él tenía que arreglarlo todo.

Podría llevar a Juliana allí para que la viera, tal vez si supiera el lugar que íbamos a vivir podría mejorar un poco su opinión sobre nuestra boda.



Juliana

Capítulo cuarenta y seis

Salí del hotel llevando solo mi mochila y con el estómago lleno del sandwich que me había comido hasta la última lechuga. Sabía lo que era pasar hambre y más me valía estar preparada antes del viaje de vuelta a casa.

Enzo me había dado un papel con una dirección y me había dicho que tomara un autobús que pasaba a dos manzanas del hotel. Según él, allí podría encontrar a gente que me ayudaría a volver a casa.

No sabía cómo lo había conseguido tan rápido, pero estaba agradecida de poder regresar.

Mi bebé crecería donde yo estaba acostumbrada, sin todos esos lujos, pero lejos de las armas y los asesinos.

Nunca te dije que era un buen hombre...

De hecho, no me había dicho nada, pero sentí que me había dejado engañar. Una parte de mí incluso quería quedarse, para esta parte el matrimonio no parecía la cosa más loca del mundo. Thiago era un hombre guapo que me aceleraba el corazón, me hacía temblar las piernas y me hacía soñar con él, esperando el momento en que volviéramos a tener relaciones sexuales. Sin embargo, necesitaba alejarme cuando pudiera, mientras mi vida no estuviera atada a la suya para siempre.

Bajé del autobús en la parada indicada en el papel. Me ajusté las correas de la mochila y caminé por la calle. No había mucho tráfico, lo que me alarmó. ¿Estaba realmente en el lugar correcto?

Tragué saliva cuando vi a unos hombres caminando hacia mí. Iban armados y tenían tan mal aspecto como los tipos que protegían a Rosimeire Bellucci.

Me di la vuelta e intenté correr, ir en otra dirección. El papel que sostenía con la dirección salió volando de mi mano, pero no tuve oportunidad de atraparlo.

Cuando me acercaba a la parada de autobús, un coche se cruzó delante de mí y los neumáticos chirriaron hasta detenerse.

Di unos pasos hacia atrás, pero antes de que pudiera escapar, alguien me agarró por los hombros y me giré brevemente, dándome cuenta de que era uno de los tipos de los que intentaba escapar.

—¡Suéltame! —grité mientras jadeaba.

El tipo no dijo ni una palabra, pero siguió abrazándome con fuerza.

Mi atención volvió al coche cuando se abrió la puerta trasera. Un pequeño pie con tacones rojos y punta puntiaguda pisó el suelo antes de que la mujer inclinara todo su cuerpo hacia delante.

Cuando mis ojos se encontraron con los suyos, todo mi cuerpo se estremeció y mis ganas de correr fueron aún mayores, pero el tipo me contuvo muy bien.

—¿Qué hace usted aquí? —pregunté en mi lengua materna porque sabía que ella lo conocía muy bien.

Cuando Thiago me sacó de la isla roja, imaginé que no volvería a ver a aquella mujer. Verla me aterraba y me traía todos los malos recuerdos y los espantosos momentos de humillación y maltrato que había sufrido allí.

—Me preguntaba cuándo serías tan estúpida como para dejar la protección de los Bellucci.

—¿Me estabas vigilando?

—Ah, el querido Enzo hizo un buen trabajo. —Se echó el pelo hacia atrás, pero esta vez los mechones eran negros y no el rubio que yo recordaba. Probablemente había cambiado de aspecto para disfrazarse.

Sabía que Thiago iba tras ella, si es que me había dicho la verdad sobre eso.

—Enzo...

Apenas podía creer que la única persona en la que realmente creía que podía confiar hubiera estado en mi contra todo este tiempo. Solo quería salir de esa tierra de mentirosos manipuladores para poder volver a casa.



Thiago

Capítulo cuarenta y siete

—¡Juliana! —Golpeé a la puerta, llamándola y esperando a que respondiera—. Sé que estás enfadada, pero mi abuela está preocupada. Tienes que atender sus llamadas.

Llamé a la puerta varias veces más, pero seguía sin haber respuesta. Era como si la habitación estuviera vacía y mi irritación crecía en proporción a mi angustia. Ella estaba allí, ¿no?

—¡Juliana!

Nada. Solo un curioso en el pasillo que trataba de entender lo que había pasado.

—Está bien, estoy preocupado —admití—. La boda no era lo que yo planeaba, pero estás embarazada y voy a cuidar de ti.

Silencio...

—Puedo llevarte a ver a tu madre hoy si es lo que realmente quieres.

Me estaba quedando sin argumentos cuando me di cuenta de que no iba a contestarme. La paciencia no era uno de mis grandes rasgos y se hizo evidente cuando pateé la puerta con todas mis fuerzas y la cerradura cedió al primer impacto.

Entré en la habitación y la busqué. No estaba por ninguna parte, ni siquiera en el baño. El móvil que le había regalado mi abuela estaba en la mesita de noche con cientos de llamadas perdidas.

La cama estaba revuelta y miré en los armarios. La mayor parte de la ropa había desaparecido, solo quedaban algunas piezas.

—¡Maldita sea! —murmuré con la cabeza gacha al darme cuenta de que se había escapado —. ¡Maldita sea, Juliana!

Tomé un adorno de cristal de la mesita y lo lancé contra la pared, furioso. No podía haber huido. Demasiado ingenua, demasiado frágil, probablemente no tenía ni idea de los peligros que corría sola y sin ninguna protección.

Esperaba que mi interminable lista de enemigos no descubriera que estaba desprotegida antes de que yo lograra encontrarla. Cualquiera que odiara a mi familia se quitaría un brazo con tal de capturar a una novia embarazada.

Mi móvil volvió a sonar y contesté rápidamente.

—¿Has hablado con ella? —preguntó mi abuela.

—No.

—Thiago...

—Se ha ido. La habitación está vacía.

—¡Dios mío! Tienes que encontrarla.

—Lo sé, abuela.

Recordé la desesperación que sentí y todo el miedo que cayó sobre mi familia cuando secuestraron a Manuela. Las mujeres de nuestra familia estaban constantemente en peligro, así que hacíamos todo lo posible por protegerlas. Sin embargo, a diferencia de mi hermana, Juliana no había crecido en mi mundo, no conocía los riesgos y no había sido entrenada para afrontarlos.

No era más que una gacela indefensa al alcance de cualquiera que quisiera hacerle daño y la culpa era mía.

Me masajeé las sienes, intentando controlar la rabia que me consumía.

Respiré hondo para reflexionar antes de salir de la habitación e ir a recepción. Necesitaba acceder a las cámaras y comprobar quién la había visto por última vez.

Tenía que actuar con rapidez, porque cuanto más tiempo pasara sola, mayores serían los riesgos.



Juliana

Capítulo cuarenta y ocho

—¿Adónde me llevan? —grité y grité mientras me empujaban al coche y la mujer se sentaba a mi lado—. ¡No pueden hacerme esto!

—¡Cállate, muchacha! —me gruñó, obligándome a retroceder—. Parece que sigues siendo una descarada. Creía que un tiempo con los italianos te habría enseñado algo.

—Él ya me ha quitado la virginidad. No podrá subastarme a otro hombre. No valgo nada.

—Ah, sí que vales. —Se rió—. Desde luego que vales. Ya no tienes himen, pero sigues siendo joven y hermosa, así que muchos hombres pagarían por cogerte. Pero no es por eso por lo que te quiero. Te has convertido en el juguetito de Thiago Bellucci y vas a ser mi cebo para atraerlo hacia mí. Mientras ese bastardo esté vivo, no tendré paz.

—No soy un cebo. A él no le importo.

—¿Crees que me voy a tragar esa historia? —Volvió a reírse—. Mírate. La ropa que llevas y cómo caminas. Tomó a una plebeya de mi isla y la convirtió en princesa. Otro se habría deshecho de ti mucho más rápido. Además, ¿qué no harían los italianos por un hijo, verdad?

—Hijo, ¿qué hijo? ¿De dónde has sacado eso?

—Eres una mentirosa terrible, Juliana.

—No le dije nada de mi embarazo a Enzo.

Lo había descubierto por la mañana y ni siquiera había tenido tiempo de procesarlo...

—Pero dejaste los resultados de las pruebas en tu habitación.

—Pierdes el tiempo si crees que Thiago vendrá a por mí.

—Eso ya lo veremos. —Su sombría sonrisa y su expresión libertina dejaron claro que no se tomaba en serio mis argumentos.

Tenía miedo del destino que me aguardaba si me casaba con Thiago, pensé que huyendo todo se solucionaría, pero me di cuenta demasiado tarde de que mi vida nunca volvería a ser como antes de que me arrastraran a la isla roja.

Mi padre se había involucrado con la gente equivocada y su actitud me había llevado por un camino sin retorno.

—Thiago Bellucci... —Forzó una voz melodiosa a través del teléfono—. Estoy con alguien con quien quizá quieras ponerte al día. Por cierto, felicidades por el embarazo. Incluso los asesinos pueden ser padres, ¿no? Me pregunto cuándo le darás a tu hijo su primera pistola. Si alguna vez tienes la oportunidad...

Hizo una breve pausa y seguí intentando oír lo que decía al otro lado de la línea, pero no pude.

—Sí, te la devolveré si vienes a recogerla.

Me estiré para acercarme al teléfono y conseguí gritar.

—¡Thiago, no vengas! Es una trampa.

—Creo que ésta es la prueba de vida que necesitas —dijo en tono burlón—. Estate atento, te enviaré la dirección de la reunión más tarde. Ven solo o no volverás a verla. —Colgó el teléfono y se lo guardó en el bolsillo.

—No vendrá.

—Eso lo veremos.

Empecé a llorar y la mujer seguía riéndose, lo que me hizo llorar aún más.

No quería que le hicieran daño por mi culpa. Al mismo tiempo, sabía que esa mujer era mucho peor que todo lo que había pensado de Thiago.



Thiago

Capítulo cuarenta y nueve

Rugí cuando la maldita la Raposa me colgó. Estaba con Juliana y sabía lo del embarazo. Utilizaría a la chica y al bebé que llevaba para atraerme.

—No puedes ir solo —dijo mi padre, de pie a mi lado—.

—¿Has oído lo que ha dicho?

—También escuchaste el grito de Juliana. Es una trampa.

Empecé a pasearme por la habitación, más inquieto que nunca. Intenté complacerla y solo cometí un error más. No podía haberla dejado sola, por mucho que pensara que aquel hotel era un lugar seguro.

—¡Basta, Thiago! —me gritó mi madre—. Acabarás haciendo un agujero en el suelo del salón.

—Tatiane. —Mi padre trató de contenerla.

—Necesitamos un plan para traer de vuelta a la niña.

—Si le hacen daño a Juliana... —No podía dejar de culparme y las teorías eran cada vez peores—. Iré solo.

—¡De ninguna manera! —gritaron mis padres a la vez.

—Eso es lo que quiere la Raposa.

—Ella también quiere matarte —comentó mi hermano, que analizaba todo desde el sofá.

—Ya he actuado solo en otras misiones, puedo arreglármelas.

—Quieren tu cabeza y estarán preparados.

—Si se dan cuenta de que he llegado con un ejército, podrían herir a Juliana antes de que haga nada.

—Vamos a ayudarte —dijo mi primo Dante.

El resto de la familia estaba en el salón, observando mis momentos de tortura.

Miré a mi tía Laís y la pregunta era obvia, ¿por qué la había dejado sola?

El tiempo que había pasado con Juliana me había bastado para conocerla. Debería haber previsto esa actitud cuando insistía tanto en ir al hotel. No debí separarme de ella, aunque tuviera que soportar su malhumor.

—Es mi deber protegerla.

—Y fallaste. —Cuando mi abuela dijo eso, fue peor que recibir una bofetada.

Mi teléfono móvil vibró en mi bolsillo y lo saqué, viendo la dirección que la Raposa había enviado.

Sí, era una trampa.

Esa desgraciada quería mi cabeza porque sabía que yo buscaba la suya y se llevó justo lo que me haría arriesgarlo todo para recuperarla.

Antes era más fácil, mi madre sabía cómo funcionaba nuestro mundo y no se exponía. Manuela y Lorenzo se cuidaban solos y mi padre, a pesar de su edad, seguía siendo temido allá donde iba. Yo no tenía debilidades, podía seguir actuando como si fuera imparable e imbatible,

pero Juliana había cambiado el juego antes de que me diera cuenta.

—Ya estoy en casa. —Ettore entró en la sala y abrió paso hasta poner una maleta en la mesa de centro—. Mi padre y yo llevamos unos meses desarrollando estos brazaletes y ya están casi listos.

—¿Casi? —El tío Marco entornó los ojos mientras miraba a su sobrino.

—Bueno, eso es lo mejor que Thiago va a conseguir si quiere entrar ahí por su cuenta.

—¿Qué es esto? —Me quedé mirando el maletín.

—Yo lo llamo “efecto superhombre".

Todos se quedaron mirando a mi primo y oí a mi padre murmurar algo a mi tío, pero no lo dijo claramente. Sabía que estaban acostumbrados a Mateo y a las cosas que inventaba, un rasgo que transmitía y fomentaba en sus hijos.

Eran brazaletes, piezas maleables hechas de alguna composición que desconocía, y no parecían ser nada especial.

Por mucho que algunos miembros de mi familia se mostraran incrédulos, yo conocía a Ettore desde niño y era muy consciente de la habilidad de mi primo y de su destreza con la tecnología.

—Gracias.

—Thiago. —Mi madre se levantó del sofá y vino corriendo hacia mí—. Hijo mío, no puedes ir solo.

—Volveré a casa entero. Como siempre vuelvo.

—Theo... —Giró la cabeza, con los ojos llorosos, y miró a mi padre. Esperaba que dijera algo, pero mi padre se limitó a mirarme.

Todos sabían que yo era responsable de lo que le había ocurrido a Juliana y que mi deber era traerla a casa sana y salva.

Ya había llevado a cabo varias misiones por mi cuenta, pero esta iba a ser sin duda la más difícil de todas.



Juliana

Capítulo cincuenta

Podía oír los tacones golpeando el suelo de cemento y el ruido resonaba en lo más profundo de mi cabeza, haciéndola palpitar aún más.

Miré a mi alrededor y los tipos de rostros rudos que me apuntaban con sus armas seguían allí. No podía dar un paso adelante sin que me dispararan en la cabeza.

Estaba segura de que iban a matarme si Thiago no aparecía, pero al mismo tiempo sabía que lo buscaban a él. Yo no era más que una pobre chica venida de la nada, pero él era un príncipe de la mafia italiana.

Thiago no debería haberse arriesgado así por mi culpa. Podía contar al menos treinta hombres y mujeres, todos muy bien armados, esperando a que llegara. No tendría ninguna oportunidad si viniera solo.

No creí que yo fuera tan importante como para que se arriesgara así.

—Veremos si tu vida vale más que la suya. —La mujer se inclinó sobre mí y me pasó las uñas pintadas de rojo por la mejilla.

—No lo vale...

—¿Es eso lo que piensas? Pobre de ti.

Él tenía una gran familia, un propósito y yo no era nada.

Me dolía admitirlo y tuve que contener las ganas de llorar de desesperación, pero era cierto.

Mi madre era la única persona que se preocupaba por mí, pero tampoco tenía recursos para hacer nada al respecto.

Si no hubiera sido porque Thiago me sacó de aquella isla, no tengo ni idea de lo que me habría pasado. Ya habría muerto porque no podría soportar una vida como prostituta.

—¡Vuelve a Grecia! —dije con valentía.

—O me atrapan ellos o los atrapo yo. Sinceramente, prefiero la segunda opción.

Tragué saliva.

Pensaba en algo que decir, cualquier cosa para intentar convencerla de que aquel plan era terrible. Conocía a la familia de Thiago desde hacía tiempo y estaba segura de que si lo atrapaban, todos irían tras ella. Si lo mataba, solo atraería más venganza, pero no quería que su sangre se derramara para que ella se enterara.

—Está aquí. —Pude oír a un secuaz hablando con ella.

—Estupendo. —Sonrió ampliamente.

Oí el ruido de unas pistolas que se dirigían hacia mí e incliné el cuerpo hacia delante, intentando protegerme el estómago y sujetándome las rodillas, que no paraban de temblar. Quería salir corriendo de allí, pero no podía con los brazos y las piernas atados a una silla de madera.

Thiago iba a morir y yo también, pero no podía hacer nada al respecto.

Oí el sonido de pasos pesados contra el suelo rústico y volví a levantar la cabeza. Me encontré con sus ojos firmes y pesados.

Estaba solo como se lo había ordenado, vistiendo únicamente un traje bien confeccionado,

y por muy fuerte que lo creyera, no había nada que pudiera hacer para rescatarme, ni siquiera él mismo.

—¡Largo! —grité.

—Cálmate, Juliana, todo irá bien. —Intentó calmarme.

No iba a quedarme así, y las lágrimas que rodaban por mis mejillas mostraban mi desesperación y la certeza de que aquel sería nuestro último día. Había juzgado a Thiago por creer que era un monstruo, pero quizá mi vida en la isla me había impedido conocer cómo funcionaba el mundo real.

—Quita tus armas. —La mujer hizo un gesto a los secuaces que la acompañaban para que apuntaran con las suyas en dirección a la cabeza de Thiago.

—Pensé que querrías una pelea más justa, Raposa. —Thiago sacó las armas que llevaba atadas al cuerpo y las colocó en el suelo.

—La vida no es justa, Bellucci. —Se pasó la mano por el pelo mientras se mordisqueaba el labio inferior. Su postura sexy solo la hacía más aterradora—. Ahora patéalas hacia aquí.

Obedeció, haciendo que las armas rodaran cerca de su pie.

—Arrodíllate.

—No soy de los que les gusta este juego. —Apretó un poco los dientes, mostrando cierta irritación.

—Te voy a decir las reglas y será mejor que actúes de acuerdo con ellas o tu chica sufrirá. —Me señaló con el dedo y yo estaba tan distraída que no vi de dónde venía el golpe hasta que me dio en la cabeza.

Me sentí mareada y olí la sangre que llenaba el aire antes de notar el hilo que me había brotado en la sien.

—¡Juliana! —gruñó Thiago, viniendo hacia mí, pero se detuvo a medio camino cuando alguien le disparó a milímetros de mi pie, golpeando el suelo.

—¿Has entendido las reglas? —le preguntó la Raposa.

—¡Estás loca!

—Aún no has visto nada, cariño. Ahora haz lo que te digo, ponte de rodillas.

Thiago dio un paso atrás y se puso de rodillas. Me dirigió una mirada de profundo pánico.

No sabía que se preocupaba por mí ni que arriesgaría tanto para protegerme.

Pensaba que no significaba nada para él, pero el comportamiento casi suicida del mafioso lo contradecía todo.

La mujer caminó hacia él con la gracia de una gacela. Se detuvo detrás de Thiago, le agarró por los hombros y le rodeó los brazos para agarrarle las muñecas. Él no se movió ni un milímetro, dejándola hacer lo que quisiera.

—Eres tan fuerte... —Se rió entre dientes—. Podríamos habernos divertido mucho si no hubieras intentado matarme.

—Es una pena que haya fallado.

—Afortunadamente, tenemos opiniones diferentes al respecto. —Sacó unas esposas del bolsillo y se las puso a Thiago en los brazos, atándoselos a la espalda y dejándolo aún más indefenso.

La escena fue dramática. Verle sometido de esa manera me dejó angustiada. La Raposa no solo quería matarlo, quería hacernos sufrir a los dos.

Rodeó a Thiago y se puso delante de él. Me preguntaba qué iba a hacer hasta que le dio una patada. La punta del zapato le cortó la ceja y la sangre empezó a brotar.

—¡Basta ya! —grité, intentando levantarme de la silla, pero lo único que conseguí fue forcejear.

—¡Quédate quieta, chica! —Me golpearon en el hombro.

—Juliana, todo está bien. —Thiago me miró con una sonrisa.

¡No! No estaba nada bien.

Fue culpa mía, si no hubiera pensado que sería mejor intentar arreglármelas por mi cuenta, no habría ocurrido.

La verdad que no había sido capaz de aceptar antes, pero que en aquel momento estaba tan clara que me deslumbró. Mi vida nunca volvería a ser como antes de que nos sacaran a Rhea y a mí de nuestro hogar.

—¡Suéltenlo!

—Juliana, cálmate. —Me lo pidió con voz tranquila, pero ¿cómo iba a calmarme ante lo que estaba pasando?

Lo que le había pasado a Rhea era suficiente. No quería que nadie más saliera herido por mi culpa. No quería que Thiago saliera herido. Por mucho miedo que le tuviera, la verdad era que nadie podía protegerme mejor que aquel hombre.

—Ella tiene razón. —La mujer se rió—. No tienes que calmarte.

—Era a mí a quien querías, Raposa. Deja ir a Juliana.

—¿Y dejar que se pierda la parte divertida? No...

—Por favor...

—Mira, los italianos también saben suplicar. —Ella se rió, rodeándole la cara con las puntas de las uñas—. Nunca imaginé que oiría esas palabras de alguien como tú.

—Ya estoy aquí. He hecho lo que querías. Mantén tu palabra.

—Las palabras van y vienen.

—¡Maldita hija de puta!

—No tiene sentido insultar.

Thiago gruñó y a medida que la situación empeoraba, yo me sentía peor. No podía hacer nada, pero no aguantaba más.



Thiago

Capítulo cincuenta y uno

Juliana estaba retenida a punta de pistola y yo esposado, con las rodillas apoyadas en el suelo de cemento de aquel viejo galpón, bajo el juicio de una loca. Si hubiera estado solo, habría hecho mil cosas para escapar y matarlos a todos. Sin embargo, cualquier paso en falso que diera pondría en peligro la vida de Juliana y no podía permitir que eso ocurriera.

Yo estaba allí para llevarla de vuelta a casa sana y salva y haría cualquier cosa por conseguirlo, incluso ir al límite.

Había tres hombres apuntando directamente a Juliana. Hiciera lo que hiciera, ella sería un blanco muy fácil, así que necesitaba mantener la calma, para garantizar su seguridad antes de que empezaran a disparar.

—¿Y si te dijera que puedes volver a Grecia y seguir con tus negocios y yo no te molestaría más?

—¿Ahora que nos hemos hecho amigos? Es un poco tarde.

Piensa, Thiago...

En el entrepiso del galpón había varios hombres y mujeres que me tenían en el punto de mira. Su tiempo de reacción sería inferior a diez segundos. La situación, que ya era arriesgada, parecía empeorar a cada momento que pasaba.

La Raposa me dio unas palmaditas en la cara, burlándose de mí. Quería enfadarme más, y en otras situaciones lo habría conseguido, pero yo tenía que mantener la cabeza fría. Ya había actuado antes por impulso, pero esta vez sería fatal.

Las esposas que me ataban las muñecas eran muy firmes y de acero. Ningún hombre

corriente podría deshacerse de ellas tan fácilmente, pero por suerte conté con la ayuda del equipo de Ettore.

Menos de cinco segundos era el tiempo que tendría para poner a Juliana a salvo antes de que dispararan contra ella...

No podía equivocarme, pero si no hacía nada, moriríamos los dos. Esa desgraciada mujer frente a mí no nos haría esperar para siempre.

Uno...

Rompí las esposas, comprobando que los brazaletes que Ettore me había dado servían realmente para aumentar mi fuerza.

Dos...

Agarré a la Raposa por la cintura y la lancé sobre Juliana. Era arriesgado, pero no dispararían a su propia jefa. La silla se volcó y les tomaría un tiempo levantarse y tratar de dispararle a mi chica de nuevo.

Tres...

Todas las armas apuntaron a mi dirección.

Cuatro...

Me cubrí la cara con el brazo.

Cinco...

El primer disparo alcanzó la manga de mi chaqueta. Pronto otros intentaron perforar mi traje antibalas. Aunque no perforaron el tejido y fueron amortiguados por la tecnología, siguieron

siendo lo bastante dolorosos como para hacerme chillar.

Avancé hacia los hombres que rodeaban a Juliana y agarré a uno de ellos, utilizándolo como escudo, y lo desarmé. Con su revólver, disparé a otros dos.

—¡Agáchate! —le advertí a Juliana.

Agarré a la Raposa por el pelo y su peluca se desprendió, haciendo que escapara de mí.

Ella gritó, rodando hacia un lado y yo puse a los muertos encima de Juliana antes de ir a por la Raposa.

Pasó por debajo de unos pilares y yo avancé hacia ella. Intenté darle un puñetazo, pero ella lo esquivó y mi mano golpeó una columna, arrancando un trozo del hormigón como si fuera de espuma de poliestireno.

—No deberías ser tan fuerte. —Ella estaba asombrada.

—Hay muchas cosas que deberías saber antes de atreverte a meterte conmigo o con alguien de mi familia.

Sacó una pistola y me disparó en el pecho. La bala solo me hizo tambalear hacia atrás, pero no me hizo ningún daño.

Avancé hacia ella y le di un puñetazo en el estómago, haciéndola volar unos metros hasta que chocó contra la pared y se deslizó hasta el suelo.

Me di cuenta de que había perdido el conocimiento, pero antes de que pudiera matarla, como era mi objetivo desde el principio, sus secuaces vinieron hacia mí.

Sentí un disparo en el costado de la espalda y esquivé otros dos. Algunos abandonaron sus armas e intentaron golpearme con las manos desnudas. Recibí un puñetazo en la cara y esquivé

otro en el mentón.

Sangre, sudor y polvo impregnaban el aire mientras luchaba con matones que no dejaban de aparecer.

Por muy fuerte que me hubieran hecho los brazaletes de Ettore, aún podía cansarme.

Moví la pierna hacia atrás, levantando una nube de polvo, y me pasé la mano por la cara, haciendo que el sudor y la sangre chorrearan por el suelo.

Agarré la mano de uno que venía hacia mí con un cuchillo y la estampé contra la pared, obligándole a soltar el objeto, luego le agarré por el cuello y le giré la cabeza hasta que oí cómo se rompían los huesos. Lancé su cuerpo contra otros dos, tirándolos al suelo.

Tomé una pistola desechada y maté a otros dos que venían hacia mí, antes de volverme finalmente hacia la Raposa. Ya no estaba donde la había dejado.

¡Hija de puta!

De fondo oí el ruido de un motor que retumbaba y supe que se había aprovechado de mi distracción luchando con los demás para escapar.

Algunos de los que seguían vivos también fueron lo bastante listos como para huir, pero no me molesté en ir tras ellos.

—¡Juliana!



Juliana

Capítulo cincuenta y dos

Oí su grito antes de que Thiago me quitara de encima un cuerpo pesado y me facilitara la respiración. Todavía estaba mareada por la caída que había volcado la silla y provocado la rotura del respaldo, pero aún pude distinguir sus facciones cuando me encaró directamente, arrancando las cintas que me sujetaban a los trozos de la silla y levantándome.

—Viniste... —Me costó decirlo.

—Es mi deber protegerte.

—Casi mueres por ello.

—No debería haberte dejado sola.

—Siento haber intentado huir —jadeé, sintiendo un nudo en la garganta y un verdadero arrepentimiento por la situación que yo había provocado.

—Solo prométeme que no lo volverás a hacer.

—Te lo prometo.

Alargué la mano y toqué su rostro varonil y cuadrado con la barba pulcramente recortada. Después de tanto susto, fue más que suficiente para que aprendiera a actuar con más cautela.

No había ningún sitio en el que estuviera más segura que con él.

Nos miramos fijamente durante minutos interminables, escuchando solo el sonido desigual de nuestra respiración. Hasta que tiré de él hacia mí y le obligué a besarme.

Sus labios se encontraron con los míos con hambre y furia, en un deseo desesperado de convertirse en uno solo.

Encontré refugio y protección de una forma que no podría explicar.

Le rodeé el cuello con los brazos e intensifiqué aún más el beso. Era como si tuviera sed y esta fuera la única forma de recuperarme, pero antes de que nos quedáramos sin aliento por completo, me preguntó:

—¿Nos vamos a casa?

—Sí.

Sonreí y me dio un beso antes de marcharse conmigo en brazos.

Thiago se acercó al coche que estaba aparcado fuera, me sentó en el asiento de acompañante y luego ocupó el asiento del conductor. No había ni rastro de la Raposa ni de los tipos que trabajaban para ella, aparte de los cadáveres que habían dejado en el galpón.

—¿Nos dejará en paz? —me aventuré a preguntar.

—La voy a encontrar y la voy a matar —dijo en tono firme mientras arrancaba el coche—, pero no tienes que preocuparte por eso.

—Thiago... —Extendí mi mano temblorosa para tocar la suya, fuerte y firme. —No quiero que te hagas más daño.

—Estaremos bien.

Aunque pareciera una locura, sentí que así sería.

Apretó algo en el volante y, de repente, una voz resonó en el interior del coche:

—Solo dime que estás vivo.

—Volviendo a casa con Juliana.

Refresqué un poco mi memoria y logré reconocer el tono de voz de su primo, a quien había visto en su compañía unas cuantas veces.

—Te esperamos aquí.

—Estaré allí en unos minutos.

La llamada terminó y me acurruqué en mi asiento. Apenas podía creer que estuviéramos vivos y que él hubiera arriesgado tanto para rescatarme. Mi ropa estaba manchada de sangre, pero no era mía. Aparte del sudor, algunos moratones y un pequeño corte en la frente, estaba bien, pero podría haber sido mucho peor.

Me puse las manos en el estómago y volví a acurrucarme.

—¿Sientes algo? —Pude ver la tensión en su tono.

—Sí. Creo que él está bien.

—Necesito que te vea un médico.

—No soy la única que ha estado a punto de morir hoy. —Volví a mirarle, aún recordando en flashes todo por lo que había pasado.

—Estoy acostumbrado a esto.

—¡Thiago!

—Así soy yo.

—Lo sé, pero me da miedo. —Aparté la mirada del coche, recordando las razones que me habían hecho huir.

—Puede que sea un monstruo cruel temido por mis enemigos y me gusta que sea así, pero si te quedas a mi lado, te prometo que daré mi vida para protegerte.

—No quiero que pierdas la vida. —Le apreté la muñeca, haciendo que volviera a mirarme —. Necesito que te quedes conmigo.

Giró bruscamente el coche y oí el chirrido de los neumáticos antes de que entráramos en un pequeño callejón, con chozas a ambos lados. Estaba oscuro, con la noche avanzando hasta el punto de que no sabía qué hora era.

No se podía ver bien desde el coche, pero no importó cuando echó el asiento hacia atrás y me subió a su regazo.

—Me quedaré —respondió con la boca en mi cuello.

Sus dientes rozaron mi piel de una forma que me produjo escalofríos. Cerré los ojos y me dejé sumergir en la oleada de sensaciones que me provocaba su tacto. Era desesperante la forma en que ansiaba más.

Me dolía la espalda, pero la moví como pude para quitarme la blusa cuando Thiago empezó a bajármela. No quería que me arrancara la ropa, porque necesitaba llegar vestida a la mansión, pero al mismo tiempo ansiaba cada una de aquellas caricias animales.

Me pasó la lengua por el cuello, me mordisqueó la oreja y yo me retorcí en su regazo.

Estaba pensando en cómo iba a deshacerme de los jeans cuando me dio la vuelta, me inclinó sobre el volante y me los bajó junto con las bragas hasta la mitad de los muslos. Me quedé suspendida, apoyada en el volante, mientras él se desabrochaba rápidamente los pantalones y se los bajaba.

Mi gemido resonó en el coche mientras él se acomodaba dentro de mí. Pero la necesidad, la urgencia y una serie de otras sensaciones significaban que ya estaba preparada para ello. Era intenso y delicioso tenerlo dentro de mí.

Thiago me pasó las manos por la espalda, me abrió el sujetador y lo tiró en el asiento del coche antes de que pudiera sentir su boca.

Eché la cabeza hacia atrás y él me pasó la lengua por la nuca, animándome a girar sobre su regazo, a horcajadas sobre él con su pene incrustado en mí. Me agarró del pelo, apartándolo, y lo mordisqueó, haciéndome gemir aún más.

Mis pechos rozaron el volante al inclinarme para moverme mejor.

Su otra mano me agarró por la cintura y me hizo moverme más deprisa, subiendo y bajando, estando a milímetros de golpearme la cabeza con el techo del coche. La necesidad y la urgencia nos llevaron por un camino desesperado sin retorno.

Sentí la presión de su semen apoderarse de mí mientras sus dedos caían hasta la unión de mi muslo y aumentaban mi placer. Me estimuló, presionó y no paró hasta que me derrumbé entre gemidos, desplomándome sobre el volante.

Dejé de luchar contra lo aterrador que era y simplemente acepté que lo quería.

—¿Cuándo nos casamos? —pregunté jadeando mientras aún recuperaba la voz.

—Pronto. —Inclinó su cuerpo sobre el mío y nos quedamos así unos minutos.



Thiago

Capítulo cincuenta y tres

Cuando llegamos a la mansión, noté que todos seguían en la sala, como si no se hubieran ido desde que decidí ir solo a rescatar a Juliana. En cuanto nos vieron, mi madre y mi abuela vinieron corriendo hacia nosotros.

—¿Te han hecho daño? —Tatiane me sostuvo la cara entre las manos y la movió de un lado a otro mientras analizaba las heridas.

—Estoy bien.

—Deberías haber pedido ayuda.

—Todo salió según lo previsto. —Mantuve una postura firme, sin delatar el hecho de que si hubiera dado un paso en falso, probablemente no estaría allí.

—¡Eso no se le dice a una madre!

No respondí porque no estaba seguro de qué decir. Me arriesgaría porque era mi deber, pero eso no significaba que pudiera manejarlo bien.

—Siento todo lo que he causado. No quería... —Juliana empezó a hablar, pero mi abuela la detuvo.

—Lo importante es que ahora estás bien. —Rodeó a Juliana con sus brazos—. Ven conmigo, esperaremos al médico que no tardará en llegar.

Subieron las escaleras y desaparecieron arriba y yo me quedé en el salón, sabiendo que el día aún no había terminado.

—Podrías haber muerto hoy. —La reprimenda esta vez vino de mi tío Marco.

—Estoy bien, gracias a un poco de ayuda de Ettore.

—¿Un poco? —protestó mi primo desde algún rincón de la habitación.

—Significativa ayuda —admití.

—Somos lo que somos y hemos sobrevivido tanto tiempo porque sabemos cómo actuar y cuidamos de los nuestros. Fueron una serie de actitudes intrascendentes las que te llevaron a esta situación, y espero que no se repitan. Ponerte en riesgo es hacerle lo mismo a toda nuestra familia.

—Lo sé, tío. No volverá a ocurrir.

—Eso espero.

El silencio se apoderó de la sala durante unos minutos hasta que mi tío Mateo se atrevió a romperlo y a aligerar el ambiente.

—¿Cuándo celebraremos una fiesta?

—Pronto, tío.

—Esta familia tiene un historial de adelantar celebraciones.

—Quiero ver si te hará gracia cuando le toque a tu hija. —Le reprendió mi padre.

—No dije nada de malo. —Se encogió de hombros.

—Hijo... —Mi madre tiró de mí y la seguí.

Sabía de qué iba a hablar incluso antes de decirlo.

—Nos vamos a casar. Encárgate de los preparativos.

—¿Te parece bien el casamiento?

—La quiero conmigo. —Admití algo que era cierto desde el principio, solo estaba luchando contra lo inevitable.

—Será una boda preciosa.

—Gracias, mamá.

—¿Estás herido?

—Nada que un poco de hielo no pueda solucionar.

—Ve a bañarte. Tu abuela llamó a un médico. Le pediré que te vea a ti también.

—Yo no... De acuerdo. —Decidí no protestar.

Después de aquel día, yo también quería una razón para creer que todo iría bien. Además, necesitaba estar en mi mejor momento cuando finalmente matara a la Raposa.



Juliana

Capítulo cincuenta y cuatro

El tiempo de los preparativos de la boda fue el justo para que los moratones desaparecieran, pero no para que olvidara que ambos habíamos estado a punto de morir por miedo a aceptar mi nueva vida.

Después de aquel día, dejé de pensar en lo que significaba la palabra mafioso y empecé a fijarme en otras cosas. Había encontrado una familia, gente que se preocupaba por mí y un hombre que moriría por mí.

No había crecido en ese mundo, pero me esforzaba por adaptarme a él. Me di cuenta de que ya no era la hija de un simple pescador, sino la esposa de un Bellucci.

Me hubiera gustado que mi madre estuviera allí ese día, pero después del lío que había causado al intentar volver a casa, pensé que era mejor que la boda se celebrara antes de volver a verla a ella o a alguien de mi antigua vida. Al menos Ettore me había asegurado que, al igual que Rhea, mi madre estaba bien.

Me pasé las manos por el vestido y me detuve en el vientre. Los síntomas del embarazo eran cada vez más fuertes, pero seguía sin tener señales físicas del bebé que crecía dentro de mí.

Aunque todos en casa ya lo sabían, no se hablaba mucho de mi embarazo. Nos habíamos saltado una etapa, pero no sabía si llegaríamos a ese momento sin el bebé, así que en el fondo estaba contenta.

—¿Juliana? —Rosimeire entró en la habitación mientras yo estaba ensimismada y ni siquiera me había dado cuenta de que la peluquera ya se había marchado.

—Hola.

—¡Estás preciosa!

—Gracias.

Me miré más de cerca en el espejo. Llevaba un voluminoso vestido blanco, lleno de encajes bordados, brillos y perlas. Me había transformado en princesa para casarme con Thiago.

—¿Vamos?

—Sí.

Bajamos juntas al salón y no me fijé en nadie de la familia. Imaginé que ya se habían ido a la iglesia. Frente a la entrada de la casa había una limusina en la que me acompañaban algunos guardias.

Había aprendido por las malas lo necesario que era tenerlos cerca.

Si no hubiera salido del hotel y perdido a la gente que estaba allí para cuidarme...

No tenía sentido lamentar lo ocurrido. En aquel momento lo entendía mejor y esperaba no cometer los mismos errores.

En cuanto la limusina se detuvo frente a la iglesia, una mujer encargada de la ceremonia abrió la puerta y me ayudó a bajar, ajustándome la falda del vestido antes de entregarme un hermoso ramo de rosas blancas y rojas.

Caminé sola hacia las puertas dobles y éstas se abrieron. Todos los invitados, cuyas caras ni siquiera conocía, se volvieron en mi dirección. Di un paso vacilante hacia delante, pisando con la sandalia la alfombra roja, pero cuando levanté la cabeza y mis ojos se encontraron con los de Thiago, de pie ante el altar, supe que aquello era exactamente lo que quería hacer.

Su familia podría habernos obligado debido a mi embarazo, pero después del

enfrentamiento con la Raposa, supe que la elección era nuestra.

Empecé a caminar, un paso cada vez con más confianza, hasta que estuve frente a él.

Thiago sonrió y me di cuenta de que así tenía mucho mejor aspecto.

Me tendió la mano y nos acercamos al celebrante, que empezó a hablar y nos indicó que nos arrodilláramos.

Hablaba muy rápido y yo no entendía todas las frases, aunque mi italiano era lo bastante razonable como para comunicarme con los que me rodeaban y entender a la familia de Thiago.

Tras el intercambio de anillos y cuando él me atrajo hacia sí para darme un beso, supe que ya no era solo una pobre muchacha asustada sin nadie a mi alrededor. Formar parte de aquella familia tenía un precio, pero también me protegerían hasta el final.



Thiago

Capítulo cincuenta y cinco

—Felicidades por tu boda, hermano. —Manuela me dio un fuerte abrazo.

—Gracias.

—Puede ser bueno si sabes llevarlo.

—Seguiré más tus consejos —me burlé.

—Solo estás a una llamada de mí.

—Lo recordaré.

Me dio un beso más en la mejilla antes de marcharse.

La sala del *Palazzo Poli* estaba abarrotada de invitados, la mayoría de ellos asociados y socios comerciales de mi familia. La mayoría de ellos sentían curiosidad por la historia de mi prometida; al fin y al cabo, los matrimonios mafiosos solían celebrarse por alianza y Juliana no tenía nada que ofrecernos.

Lo que no sabían era que ella me había llamado la atención desde el principio y me había hecho cuestionar cosas que no debía y ponerlo todo en peligro. Aceptar el matrimonio fue el primer paso para volver a poner mi vida en orden.

Desde el momento en que el anillo se puso en su dedo, Juliana pasó de ser solo una chica con la que pensaba divertirme a una Bellucci. Ahora ella era innegablemente parte de la familia y de la mafia de la que formábamos parte.

Tras una sesión de abrazos, bailamos juntos y posamos para más fotos.

Definitivamente no me gustaba todo eso. Ya me estaba volviendo loco cuando nos dieron una oportunidad y le dije a mi padre que nos íbamos.

—¡Vamos! —Juliana estaba hablando con mi prima Nina cuando la tomé del brazo y llamé su atención.

—¿Qué ocurre?

—Vámonos.

—¿Pero ya?

Cerré los ojos sin decir nada más y ella asintió.

—Está bien.

Un chófer nos esperaba fuera y subimos a una limusina escoltada por otros dos coches.

Extendió la mano y tocó la mía, que yo había colocado sobre su muslo. Me sonrió, pero no dijo nada más.

Viajamos en silencio hasta que pasamos la puerta de la casa y nos detuvimos frente a la entrada.

—¿Dónde estamos? —se atrevió a preguntar mientras se apoyaba en el cristal y se daba cuenta de que no reconocía el entorno.

—En nuestra casa.

—¿Nuestra? —Ensanchó sus ojos marrones.

—Sí.

—No sabía que tuvieras una casa.

—No la tenía. Lo compré cuando me enteré de que nos íbamos a casar.

—¿La compraste para nosotros?

—Exactamente.

—¡Guau! —Se quedó atónita.

—¿Te gusta?

—Es preciosa.

—Espera a ver el interior. —Salí del coche, me di la vuelta y abrí la puerta para que me acompañara.

Juliana entrelazó sus dedos con los míos y atravesamos el vestíbulo. Era más pequeña que la mansión de mi familia, con solo cinco dormitorios, pero igual de lujosa.

—Tiene suficiente espacio para nuestro hijo y los otros que vendrán.

—Thiago, esto es increíble. —Giró sobre sí misma, moviendo los brazos hacia arriba y luego siguió, analizando el gran salón, con una pared de cristal que daba a la piscina, y luego subió al segundo piso, recorriendo las habitaciones.

Me quité la chaqueta y los gemelos, dejándolos sobre una mesita redonda junto al sofá, antes de acercarme a ella por detrás.

La encontré de pie en la puerta de una de las habitaciones, mirando hacia el interior.

—Estoy pensando en el trabajo que voy a tener que hacer para limpiar este lugar, cuando

termine de hacerlo, tendré que empezar de nuevo... —Dejó de hablar cuando acerqué mi boca a su nuca y rodeé su cintura con mis brazos.

—Entonces mi madre te ayudará a contratar empleados. —Apreté los labios contra su hombro.

—Va a ser una fortuna...

—El dinero no es el problema. —Le desabroché la cremallera y el vestido le cayó hasta la cintura, dejando al descubierto sus pechos erguidos.

—¡Thiago!

—Pasa... —La empujé a la habitación y cerré la puerta.

—¿Es esta nuestra habitación?

—Por ahora, todas las habitaciones son nuestras. —Le di la vuelta y la empujé contra la cama.

Me costó un poco quitarle el vestido, no sabía por qué una novia necesitaba tantas capas de tela, pero cuando por fin se lo quité, Juliana solo llevaba unas finas bragas de encaje blanco.

—Vayamos despacio esta vez... —Se inclinó hacia delante con una mirada suplicante.

—¿Por qué lo quieres lento? —Incliné mi cuerpo hacia el suyo y acerqué mi boca a la suya.

—Quiero sentirte mejor.

—¿No me sientes? —Acerqué mi boca, dejándola a milímetros de la suya.

—Te siento.

—Sabes que no soy cuidadoso.

—Eso no es lo que estoy pidiendo. —Me miró con fijeza.

La agarré por la cintura y la hice girar sobre la cama, poniéndola de cara al colchón. La agarré del pelo y tiré de su cabeza hacia atrás, llevándomela a la boca.

—Lentamente... —Mordisqueé su oreja, haciendo que cada pelo de su cuerpo se erizara.

—Sí... —gimió en un tono casi suplicante.

—A ver qué puedo hacer... —Acaricié su suave trasero, dejando las marcas de mis dedos y haciendo que se inclinara hacia delante.

Juliana hundió las uñas en la colcha y empujó el culo hacia mí. Mi verga, que ya estaba dura dentro del pantalón, se puso aún más dura. Mi primer impulso fue arrancarle las bragas y penetrarla sin demora, pero no me vendría mal un poco más de paciencia.

Era mi esposa y podíamos quedarnos en esa cama hasta que yo decidiera que estaba satisfecho.

Me incliné sobre ella y le besé la mitad de la espalda, haciéndola estremecerse, y luego pasé la mano por el costado de su cuerpo, bajándole las bragas hasta las rodillas. Su piel era suave y tan perfumada que me embriagaba fácilmente.

Juliana se inclinó hacia delante, apretando la cara contra el colchón, pero mantuvo las caderas levantadas. La agarré por la cintura y se revolvió ligeramente, intensificándose cuando le mordí una de las nalgas. Su grito fue ahogado, así que volví a hacerlo.

Le agarré el culo con las dos manos y observé el apretado agujerito, bajando hasta los

labios mayores. Mi boca se acercó a ellos y Juliana se retorció, echando la cabeza hacia atrás y gimiendo mi nombre.

Quería que sintiera placer, así que continué con mi lengua, abriéndola y provocando más y más gemidos a medida que probaba su sabor. Chupé su clítoris y agarré con más fuerza sus nalgas para que no se moviera.

La penetré con la lengua, sintiendo cómo más de su sabor inundaba mi boca mientras sus gemidos llenaban la habitación.

—Thiago... —Dejó escapar mi nombre mientras parecía perder el conocimiento durante unos minutos.

Mantuve una mano en su culo y con la otra introduje un dedo en su interior, sacando su humedad, haciéndola cada vez más húmeda. Añadí un segundo dedo al primero y reanudé mis movimientos con la lengua.

A medida que aumentaba su placer, Juliana se revolvía más y más, retorciendo la colcha entre sus dedos. Aumenté la presión y la velocidad de los movimientos de mi lengua y un grito escapó de lo más profundo de su garganta y su respiración jadeante demostró que había llegado al orgasmo.

La solté, dejándola caer sobre la cama, y le di una palmada en el culo solo para verla palpitar.

—¿Fue lo suficientemente lento para ti?

—Thi... Thiago... —Su voz aún era arrastrada, como si apenas pudiera pronunciar mi nombre.

Me levanté de la cama para quitarme la ropa y dejar que se recuperara porque sabía que iba a ser una noche larga.

—Date la vuelta mirando hacia mí —ordené en tono firme mientras me arrodillaba en el borde de la cama en calzoncillos.

Ella obedeció y terminó de quitarse las bragas.

—Ven aquí. —Me pasé la mano por la verga, que sobresalía de la fina tela negra de los calzoncillos.

—¿Es mi turno? —Movió los labios con una lentitud que me excitó aún más.

—Eres astuta.

Juliana estaba a cuatro patas sobre la cama, frente a mí, en una posición que me permitía analizar bien su cuerpo. Sus delicados dedos recorrieron el elástico de mis bragas y tiraron de ellas hacia abajo. Me gustaba que me tocara ella sola y la animé a continuar.

Había un aire de curiosidad en ella mientras me agarraba la verga, pero se me pasó cuando la agarré del pelo, sujetándola con más fuerza. Quizá no podía ser tan lento.

—Abre la boca.

Separó los labios y su lengua bailó sobre mi glande. Fue mi turno de gemir cuando me incliné un poco hacia delante para que por fin pudiera tragarme. Me moría de ganas de sentir su boca pequeña, húmeda y caliente en mi miembro.

Sus dedos empezaron a moverse a través de mí, siguiendo el movimiento de su boca, y el placer era intenso. Yo quería más, así que le empujé la cabeza, tirándole del pelo y animándola a continuar.

Unos gemidos se escaparon de mi boca y eso me indicó que Juliana iba por buen camino. Disfruté de su humedad, su calor y la presión que ejercían sus labios sobre mí mientras observaba su cuerpo, sus pechos sacudiéndose ligeramente y su culo empujándose.

Se me adhirió el maquillaje de la boda, sobre todo el pintalabios, parte del cual debería haberse quedado en los labios.

Tiré de ella hacia arriba cuando sentí que se acercaba el clímax y se estremeció mientras me miraba fijamente, aún intentando comprender por qué reaccionaba de ese modo.

La arrojé sobre la cama, haciendo que cayera en medio del colchón y que su pelo se extendiera como un velo. Juliana separó los labios, pero no emitió ningún sonido. Me coloqué encima de ella, encajándome entre sus muslos abiertos.

La abracé con las piernas y volví a besarla hambrienta, escuchando sus gemidos mientras la penetraba. Su canal húmedo y estrecho me envolvía y se comprimía con cada fuerte embestida. Llevé su cabeza hacia delante, sujetándola por la base del cuello y apoyando la otra mano en el colchón para darme más estabilidad en mis movimientos.

El vaivén de mi cintura chocando con la suya, el roce de nuestras pieles y nuestras respiraciones aceleradas me hicieron sudar, aferrando mi cuerpo aún más al suyo.

Me deslicé lentamente y tiré de su pelo mientras empujaba con más fuerza, sintiendo cómo sus músculos se apretaban contra mí, aumentando aún más mi placer.

Sabía que estaba buenísima y que me encantaría devorarla desde el primer momento en que puse mis ojos en ella, pero se demostró cierto cada vez que teníamos sexo.

Me bajé de Juliana para darle la vuelta y ponerla boca abajo en la cama. Me tumbé encima de ella, le di una palmada en el culo y volvimos a conectar.

Era delicioso tener sus suaves nalgas rozándome con cada movimiento. Apoyé ambas manos en la cama y mi velocidad aumentó.

Sus gemidos llenaron la habitación hasta que le derramé todo el semen. Me desplomé sobre la cama, cubriendo mi cuerpo con el suyo, y respiré contra su nuca, sintiendo cómo nuestro

sudor se mezclaba con el dulce perfume que llevaba.

Esperé a que se recuperara antes de darle la vuelta y hacer que se acabara también.

Juliana seguía poniendo los ojos en blanco cuando acerqué mi boca a la suya y susurré:

—¿Fue lo suficientemente lento?

—Tal vez no, pero fue muy bueno. —Su pecho subía y bajaba rápidamente mientras sus ojos se perdían en el techo de la habitación.

Me tumbé en la cama junto a ella y me di más tiempo para recuperarme. Podría intentarlo durante el resto de la noche.



Juliana

Capítulo cincuenta y seis

Me desperté cuando la luz del sol entró por la ventana. Me di la vuelta y me di cuenta de que Thiago seguía acostado a mi lado y mi cabeza descansaba sobre su pecho. Perfectamente desnudo, su cuerpo parecía aún más hermoso y escultural por la mañana.

Despertarme a su lado me hizo inmensamente feliz. La sensación de que éramos una pareja lo cambió todo. A pesar de saber que los mismos peligros seguían ahí fuera, ya no tenía miedo, ni ganas de huir.

Pasé los dedos por su pecho, fijándome en los mechones de pelo negro que lo cubrían y sintiendo el relieve de algunas cicatrices.

Thiago se revolvió, despertándose, probablemente porque tenía cosquillas, y me agarró la muñeca, arrancándome un aullido. Pareció sobresaltarse, pero me soltó cuando se dio cuenta de que era yo quien le tocaba.

—Lo siento.

—No pasa nada. —Sonreí mientras me acomodaba un mechón de pelo detrás de la oreja —. Estás siempre alerta.

—Es importante.

—Lo sé.

Tras ser secuestrada por segunda vez, había aprendido la lección.

Se levantó y se estiró, mostrando aún más los torneados músculos de sus brazos y espalda. No pude evitar suspirar.

Si quisiera quedarme en esa cama todo el día, no me parecería mal, sobre todo porque anoche no sentí más dolor.

—Nuestra ropa está en el armario del dormitorio principal. Ayer pedí a los criados que la trajeran.

—De acuerdo, pero ¿seguro que quieres vestirte ya? —Me arrastré hasta el borde de la cama y le dirigí una mirada pícara, o lo mejor que pude.

—¿No tienes hambre?

—Puedo esperar un poco más. —Sonreí socarronamente.

—Levántate y vistámonos. Traeré algo de comer. Los hombres llegarán con el helicóptero dentro de una hora—. Estiró la cabeza y miró un reloj de pared que decoraba una esquina de la habitación.

—¿Helicóptero? —Entrecerré los ojos, intentando procesar mejor la información—. ¿Vamos a alguna parte?

—A la isla donde naciste. ¿No quieres volver a ver a tu madre y a tu amiga?

—¡Sí, quiero! —Salté ante la oferta.

—Así que vamos.

—Gracias.

Salí de la cama y perseguí a Thiago por el pasillo de la mansión. Entramos en un dormitorio, aún más grande que aquel en el que habíamos pasado la noche. Él entró en el cuarto de baño y yo abrí la puerta del armario, pensando en lo que me iba a poner.

Me sorprendió darme cuenta de que el espacio era mayor de lo que recordaba que era en la casa en la que viví con mis padres. Tenía varios estantes y armarios. En un lado estaban las pertenencias de Thiago, trajes, zapatos, corbatas y relojes. En el otro, encontré la ropa que yo solía llevar y varias prendas nuevas. También había zapatos y joyas; costaba creer que todo aquello fuera mío.

—¿Te ha gustado? —Me sorprendió cuando se acercó por detrás—. Puedes elegir otras cosas más tarde, mi madre compró las nuevas.

—¡Todo es perfecto!

—Pues elige algo bonito para ponerte. —Fue a su habitación y ordenó su ropa como si estuviera tan acostumbrado al lugar que no fuera su primera mañana en la nueva casa.

Elegí unos pantalones y una blusa con un par de zapatillas. Pensé que era lo más sencillo que había, pero estaba segura de que destacaría cuando llegara a la isla.

Sin duda sería un shock para mi madre y otras personas ver la mujer en la que me había convertido gracias a Thiago, pero tampoco sabía qué cambios podrían haber ocurrido allí.

Entré en el cuarto de baño y abrí los armarios. El cuarto era enorme, con dos lavabos, una ducha y una bañera. Me di una ducha rápida para limpiarme el maquillaje, que estaba todo manchado. Me lavé el pelo, me lo sequé con una toalla y luego me vestí con lo que había elegido.

No vi a Thiago cuando volví a mi habitación, pero seguí los sonidos escaleras abajo y me encontré con un hermoso desayuno para dos. Había mucha fruta, una gran variedad de panes y pasteles, así como leche y jugo, tal y como me había acostumbrado en la mansión Bellucci.

Durante el tiempo que pasé con Thiago, incluso había conseguido olvidar lo que era tener hambre, frío y preocuparme por lo que íbamos a comer al día siguiente.

—Siéntate. —Indicó una silla.

—¿Has preparado todo esto?

—No. —Se rió mientras asentía—. Cocinar no es una de mis habilidades, pero pedí que lo prepararan.

—Está delicioso —suspiré después de masticar una magdalena.

—Me alegro de que te haya gustado.

—Gracias.

—¿Por qué? —Dejó de beber de su taza de café y enarcó una ceja, analizándome más detenidamente.

—Por todo. Si no hubiera sido por ti...

—Si no hubiera sido por mí, no habrías pasado tanto peligro.

—Pero aún estaría con la Raposa y podría haber sido...

—No hablemos de ello. —Se inclinó sobre la mesa y cubrió mi mano con la suya—. Ahora eres mi mujer.

—Sí. —Sonreí, complacida de oír eso.

—Come porque nos vamos pronto. —Se dejó caer en la silla y yo asentí, volviendo a centrarme en el desayuno.

No tardé más de veinte minutos en notar un fuerte ruido. Estaba distraída, pero me di cuenta de que era hora de irnos cuando Thiago se limpió la boca con una servilleta y se levantó.

—Llegó el helicóptero.

Terminé mi jugo y lo seguí.

Fuera de la mansión, sobre la hierba, un helicóptero estaba parado y un hombre bajó de él, abriendo la puerta para que entráramos y nos uniéramos a los demás que estaban con él.

Imaginé que estaban allí para protegernos y comprendí más que nunca la importancia de estos tipos, aunque en cierto modo su presencia siguiera siendo un poco incómoda, sobre todo con tantas armas a la vista.

Thiago me ajustó los tapones en la cabeza antes de ponerse los suyos e hizo una señal para que el helicóptero despegara.

Sentí una tensión en el estómago al pensar que, después de tanto tiempo y de todo lo que había pasado, por fin volvería a ver a mi madre y a mi mejor amiga.

Durante todo el viaje me mantuve en silencio, pensando en cómo sería, cómo reaccionaría y qué encontraría al llegar, pero me puse más tensa cuando vi que se acercaba el helicóptero y reconocí la playa donde había pasado toda mi infancia. Vi la casa de Rhea y luego la de mi familia.

—¿Es aquí? —se atrevió a preguntar Thiago.

Afirmé con la cabeza, todavía un poco aturdida.

Cuando el helicóptero aterrizó en la playa, aún estaba conmocionada, asimilando el momento y las sensaciones, hasta que vi a Rhea. Mi mejor amiga, que tanto me había importado desde que nos habíamos separado, vino corriendo hacia el helicóptero.

Se detuvo en la playa, a unos metros de nosotros, y su expresión fue de asombro absoluto mientras Thiago me ayudaba a bajar del avión.

—¡Juliana!

En cuanto estuvo segura de que era yo, no le importó que los hombres estuvieran conmigo y se acercó para darme un fuerte abrazo. Podía oler su aroma mientras me rodeaba con sus brazos y mi mente se llenó de recuerdos, los malos de lo que habíamos vivido y también los buenos de los muchos momentos juntas antes de todo.

—Estás bien. —Sollozó con la cabeza hundida en mi hombro.

—Tú también. —Le acaricié el pelo, muy feliz de poder sentirle—. Pensé que...

—Klaus me sacó —me interrumpió rápidamente.

—¿El hombre de la playa? —pregunté para confirmar y asegurarme de que era el ricachón que su padre había rescatado del mar.

Asintió y se apartó para mirarme más de cerca. Sus ojos se movieron arriba y abajo, analizando cada detalle. Imaginé que esa mirada se produciría, incluso la sorpresa.

Yo era muy diferente de cuando me secuestraron en esa isla.

—Klaus dijo que tú...

—Estoy bien —la interrumpí—. Las he extrañado, pero estoy bien.

No tenía ni idea de lo que ella o mi madre podían pensar que me había pasado, pero lo más importante era que estaba allí gracias a Thiago. Sonreí y moví la cara para encontrarme con los ojos de mi marido, que permanecía observador a mi lado. Hasta entonces lo había visto todo sin decir una palabra.

—Thiago, ella es Rhea.

—Hola. —Mantuvo su postura amenazadora y ésa era una característica suya que no iba a cuestionar por el momento, sobre todo porque por fin me había traído a ver a las personas que más me importaban.

Rhea lo miró fijamente hasta que mi marido interrumpió el momento, recordando que yo estaba de paso por allí.

—Ve a ver a tu madre —me dijo—. No tenemos mucho tiempo. Tenemos que volver a Roma.

—¿De vuelta a Roma? —Rhea se sorprendió—. ¿No te quedas con nosotras?

—Vamos a casa de mis padres. —Le pasé el brazo por los hombros y tiré de ella. Tenía mucho que explicar y ni siquiera sabía por dónde empezar, pero dejé a Thiago con sus hombres, observándome desde lejos, para poder intentarlo.

—¿Por qué no te quedas aquí? —insistió Rhea y levanté la mano, mostrándole el anillo de casada que me pesaba en el dedo.

—¡¿No nos hemos visto en dos meses y ya estás casada?!

—Pasaron muchas cosas.

—Realmente lo parece.

—Te lo contaré más despacio. —Volví a abrazarla—. Me alegra mucho ver que a ti también te va bien.

Nada era más reconfortante que verla tan sonriente como siempre, en el lugar al que estaba acostumbrada y como si nada hubiera pasado. Yo había sufrido mucho imaginando lo peor.

Todavía me enfadaba pensar que Thiago me había ocultado que había vuelto a casa sana y

salva, pero ya no importaba.

Rhea y yo estábamos bien.

—No mejor que tú. —Me sonrió.

Mientras omitiera la parte ilegal de la vida de mi marido, pensé que no tenía por qué preocuparse.

—¡Juliana! —El curso de nuestra conversación cambió cuando mi madre apareció en la puerta y me vio.

—¡Hola, mamá! —Le sonreí.

Parecía cansada y bajó los hombros aliviada cuando sus ojos se cruzaron con los míos. Vino corriendo hacia mí y me dio un abrazo aplastante. Sentí crujir mis huesos antes de darle una palmadita en el hombro y pedirle espacio.

Estaba embarazada y tenía que tener cuidado, pero era un momento de mi vida en el que aún no sabía cuál era el momento adecuado para contarlo.

—Por fin has vuelto a casa. —Se apartó, me agarró la cara con las dos manos y me miró de cerca para asegurarse de que era yo de verdad.

—Yo también me alegro de verte, mamá.

—Pedí tanto que no estuvieras muerta. Ya es suficiente con tu padre que no regresó...

—Mamá, él...

—Sé que no va a volver. —Me cortó. Parecía que ya sabía que estaba muerto, pero no dijo nada más, ni siquiera preguntó. Sinceramente, después de todo lo que había pasado, no quería

revivir heridas ni pensar en lo que había hecho Thiago. Por doloroso que fuera, mi padre había cavado su propia tumba cuando se involucró con la gente equivocada y casi nos arrastró a la muerte.

—Entremos. —Mi madre salió llevándonos hacia dentro de la casa—. ¿Dónde estabas, hija mía? ¿Por qué no volviste? ¿Qué es esa ropa?

—Una pregunta a la vez, mamá.

Dio un paso atrás, asintiendo.

—Thiago me sacó de la isla cuando llegó la policía, tuvimos que irnos y perdí a Rhea. Yo estaba con él, intentando encontrarla, pero cuando descubrí que Rhea ya había vuelto, la mujer que gestiona el negocio casi nos mata. Fue loco, confuso y aterrador, pero ahora estamos aquí. —Conté una versión un poco distorsionada y omitida de los hechos, pero pensé que era lo que necesitaban saber.

—¡Ah, Juliana! —Me abrazó de nuevo—. Estaba tan preocupada por ti. Temía lo peor.

—Estoy bien.

—Es estupendo oír eso, pero ¿quién es ese Thiago?

—Está en la playa, voy a buscarlo para que puedas conocerlo. —Me aparté de mi madre y corrí hacia mi marido.

Lo encontré disperso, charlando con los hombres, pero tiré de su brazo y me miró.

—¿Qué ocurre?

—¡Ven conmigo!

—¿Para qué?

—Para conocer a mi madre.

—De acuerdo —aceptó, haciéndome feliz, y me siguió al interior de la pequeña casa.

Entró en la habitación, mirando por todos los rincones. Su expresión no era la mejor y esperaba que dijera algo, pero no lo hizo.

—Mamá, este es mi marido, Thiago Bellucci.

—¿Marido? —Se tambaleó hacia atrás, pero no cayó porque Rhea estaba cerca y la sujetó —. ¿Qué quieres decir, marido?

—Como ya he dicho, han pasado muchas cosas.

—¿Te sacan de aquí unos matones y vuelves casada? Esto es una locura, Juliana.

Entrelacé mis dedos con los de Thiago y me sorprendió darme cuenta de que me dedicaba una breve sonrisa, lo que me dio aún más confianza.

—Él me salvó, mamá. Si no fuera por él, yo no estaría aquí.

Casi nos habían matado a los dos intentando escapar, pero esa era una información que también pensé que era mejor no contarle a mi madre.

—¿Te salvó? —Aún estaba procesándolo todo.

Afirmé con la cabeza.

—Thiago...

—Es un placer, señora. —Le tomó la mano y le besó suavemente el dorso.

—¿Y a qué te dedicas? —No esperaba ese tipo de pregunta, pero el helicóptero, los guardias de seguridad y la ropa bastaron para que mi madre se lo preguntara.

—Soy un hombre de negocios italianos.

Contuve un suspiro de alivio.

Lo que dijo Thiago sonaba mucho mejor que un sicario de la mafia italiana.

—Mamá, hay algo más... —Le llamé la atención poniéndole la mano en el estómago.

—Estás... —Se atragantó, incapaz de terminar la frase.

—Sí, estoy embarazada.

—¡Felicidades! —Rhea se levantó de un salto y me abrazó, sin darle a mi madre la oportunidad de sufrir un infarto ante la noticia.

—Gracias.

—Juliana... —Mi madre empezó a balbucear y yo me acerqué a ella, tomándole las manos entre las mías.

—Sé que es mucho para procesar, pero son buenas noticias. Estoy bien, viviendo lejos, pero todo está bien.

—¿No te quedarás aquí?

Lo negué con un movimiento de cabeza.

Frunció los labios y pareció contener las lágrimas.

—Pero te visitaré siempre que pueda. —Me volví hacia Thiago, suplicándole con la mirada, y él asintió.

—Ella también puede venir a visitarnos —dijo.

—Gracias. —Sonreí, incapaz de contenerme.

—Puedo ayudar con dinero. —Miró cada rincón de la casa de mi madre, era pequeña y muy humilde comparada con el lujo en el que siempre había vivido. No sabía cómo pedírselo, pero me alegró mucho que se ofreciera antes que yo.

Sin mi padre ni el pesquero, no sabía cómo le iba la vida a mi madre y cualquier ayuda de Thiago sería muy bienvenida.

—Gracias. —Mi madre asintió y me acarició la mejilla.

Le sonreí.

Nos sirvió té y pasamos unas horas más juntos hasta que Thiago me pidió irnos. Sabía que tenía asuntos que atender y me alegré solo de venir y saber que, a pesar de todo, estaban bien.

—Nos veremos pronto. —Le di un abrazo a Rhea después de despedirme de mi madre y mi mejor amiga salió de casa conmigo.

—Sí.

—Pareces triste —observé su mirada.

Era un comentario estúpido, después de lo que había pasado mi mejor amiga. Por lo que me había contado, no era la única que había perdido a su padre. Su Pedro, toda la familia que

tenía, acabó asesinado por los bandidos que nos llevaron mientras intentábamos buscarla.

—Pensé que Klaus aparecería... —Suspiró mientras cruzaba los brazos detrás de ella y levantaba la cabeza pensativa.

—¿Tuvieron algo íntimo ustedes?

Sabía que había sentido una pasión platónica por aquel hombre desde que ella y su padre habían cuidado de él, pero no sabía cómo se había desarrollado su relación después de que él la rescatara de la isla roja.

—Es complicado...

—¿Mucho?

—Sí.

—¿Por qué no vas a verlo? Podrías intentar hablar con él. —No era la mejor persona del mundo para dar consejos amorosos, pero al menos lo intenté.

—La isla donde vive está lejos de aquí y yo no sé conducir un barco y ni siquiera tengo uno.

—Podemos dejarla allí, ¿no? —Me giré hacia Thiago, suplicándole con la mirada.

Apretó los dientes, reacio a ceder.

—Por favor... —Torcí los labios en una expresión suplicante.

—De acuerdo. —Terminó asintiendo—. Podemos llevarte allí, pero luego volveremos a Roma.

—Gracias. —Emocionada, le rodeé los hombros con los brazos y le llené de besitos.

Thiago se quedó tieso como una roca durante unos segundos, pero acabó cediendo. Me rodeó la cintura con los brazos y tiró de mí para darme un beso más intenso, que me dejó avergonzada porque estábamos delante de Rhea.

—Pido disculpas. —Me inquieté mientras me alisaba el pelo.

—No pasa nada. —Me sonrió—. Me alegra saber que eres feliz.

—Gracias, amiga. —Le di otro abrazo y caminamos hacia el helicóptero.

Cuando la dejamos en el complejo de Klaus Demetriou, esperaba que él y Rhea también se llevaran bien. Se merecían un final feliz.



Thiago

Capítulo cincuenta y siete

Aparqué el coche frente a la entrada de la clínica y, antes de bajarme, tomé el móvil, que vibraba en mi bolsillo.

Ettore:

Tengo algunos asuntos que discutir contigo.

¿Dónde estás?

¿Puedes atender mis llamadas?

He localizado a algunos traidores que Dante me pidió y espero que te encargues de ellos lo antes posible.

Thiago:

Eso tendrá que esperar a la consulta médica de Juliana. Vigílalos para que no desaparezcan.

Ettore:

¿Le ha pasado algo?

Thiago:

No.

Primera ecografía.

Ettore:

¿Tiene ganas de ver a su hijo?

Thiago:

No más que para poder abrazarlo.

Ettore:

¿Quién iba a pensar que la Parca sería padre?

Thiago:

Creo que es el derecho de todo hombre.

Ettore:

No está en mi lista de prioridades.

Thiago:

Tampoco era la mía, pero las prioridades cambian.

Ettore:

¿Quién sabe?

Thiago:

Hablando de prioridades, quiero la cabeza de la Raposa.

Ettore:

Sigo intentando encontrarla.

Thiago:

Hace más de un mes que secuestró a Juliana. Has estado buscando desde entonces. Esta mujer te hace parecer un aficionado.

Ettore:

¿Has pensado alguna vez que solo sirve para esconderse? Después de lo que pasó, más que nunca. Se asegurará de que no la encontremos.

Thiago:

La quiero muerta.

Ettore:

No eres el único, pero en cuanto la encuentre, te avisaré.

Thiago:

Bien, hablaremos más tarde.

Dejé de mensajear a mi primo cuando Juliana me tocó el brazo, dándome un codazo para llamar mi atención.

—¿Entramos?

Asentí y abrí la puerta del coche. Ella salió y se unió a mí en la entrada antes de que yo bloqueara el vehículo.

Los soldados se quedaron en otro coche, vigilando mientras entrábamos.

—Me muero de ganas. —Me apretó los dedos y me di cuenta de lo resbaladizos que estaban los suyos.

El matrimonio había supuesto un cambio drástico en mi vida. Estaba aprendiendo a tener un nuevo hogar, una familia que proteger y pronto, un hijo... que se acostumbraría a servir a la mafia por encima de todo.

A diferencia de mi primo Dante, yo no tenía la obligación de tener un heredero. Mi papel podía pasar a cualquiera, pero yo era el primero de los nietos varones en tener un hijo que llevara el apellido Bellucci, ya que los hijos de mi hermana y mis primos heredaban el nombre de sus padres.

No había pensado en ello antes y, en cierto modo, me sentí orgulloso de mí mismo.

Mi relación con Juliana no había empezado como cabría esperar en la mafia, pero no podía negar que la había elegido. Me gustaba más que cualquier otra mujer. El hecho de que mi familia ya la hubiera aceptado era suficiente.

—Buenos días —la recepcionista de la clínica que llevaba años atendiendo a mi familia nos saludó con una sonrisa en cuanto nos vio—. Sean muy bienvenidos.

—Gracias. —Juliana respondió con animosidad.

Puede que odiara a la Raposa y el hecho de que intentara matarnos a los dos, pero era innegable que mi relación con Juliana había mejorado mucho después de lo que habíamos

pasado. Experimenté el miedo a perderla y ella se dio cuenta de que haría cualquier cosa por mantenerla a salvo, incluso enfrentarme a una disputa injusta.

—Por favor, vengan conmigo, el doctor estará enseguida con ustedes.

Seguimos a la mujer por el pasillo y me volví hacia Juliana cuando la vi llevarse la mano al estómago.

—¿Sientes algo? —Ella estaba preocupada.

—No. Solo pensaba en el bebé.

Sonreí y estiré la mano para tocarle el vientre. Seguía teniendo el mismo aspecto que la primera vez que la vi desnuda, pero sabía lo suficiente de biología como para saber que pasarían unos meses antes de que empezara a tomar forma y pudiéramos sentir realmente al bebé.

—Pase por aquí. —La mujer indicó la puerta de un despacho y yo fui el primero en pasar. Instintivamente, me arriesgué para asegurarme de que estaba a salvo.

Si había algo o alguien, tendría que pasar por mí primero.

El consultorio era espacioso, con cortinas blancas cubriendo las paredes y una camilla en un rincón junto a lo que imaginé que era un ecógrafo. Una mujer se levantó de una mesa del rincón y se acercó a nosotros.

—Soy Giovana Fontana. Soy la doctora que la va a examinar.

—Un placer.

La doctora sacó una bolsa que parecía contener un camisón en su interior y se la entregó a Juliana.

—Puedes cambiarte en ese baño de ahí.

Le agarré la mano antes de que fuera demasiado lejos, pero mi mujer giró hacia mí y sonrió.

—Está bien, te llamaré si necesito algo.

—De acuerdo. —Solté su mano, pero continué con mi habitual postura firme.

—¿Es el primer hijo? —La doctora se atrevió a preguntarme cuando Juliana entró en el baño.

—Sí.

—Es normal estar un poco nervioso.

—No estoy nervioso. —Crucé los brazos e hinché el pecho.

—Por supuesto... —Frunció el ceño y no volvió a intentar hablarme.

Permanecimos en completo silencio hasta que Juliana salió del cuarto de baño sin más ropa que un fino camisón. La doctora la ayudó a subir a una camilla y yo me quedé a un lado, observándolo todo atentamente y dejándole claro que cualquier consecuencia tendría que vérselas conmigo.

—¿Se ha sometido alguna vez a un examen ginecológico?

—No.

—Los seguimientos son muy importantes, incluso antes y después del embarazo.

—Donde yo vivía no había muchos médicos.

—A partir de ahora, hará lo necesario por cuidar su salud —le aseguré en tono firme y la doctora asintió con una sonrisa.

—Muy bien. El examen puede ser un poco incómodo, pero trate de relajarse.

Juliana asintió.

Me tomó la mano y entrelacé mis dedos con los suyos. Apretó un poco más cuando la doctora introdujo el objeto.

Mi atención giró hacia el monitor y me quedé mirando la imagen en blanco y negro que no parecía decirme gran cosa aparte de mostrar unas cuantas manchas de diferentes tonos.

—¿Se encuentra bien? —exigí una explicación a la doctora.

—Sí. —Me sonrió mientras tomaba algunas medidas de la imagen—. El crecimiento es saludable.

Sus palabras me aliviaron.

—Creo que ahora podrás escuchar su corazón.

Seguí mirando la imagen hasta que apareció una línea de sonido y empecé a oír un latido irregular. Era asombroso pensar que el bebé de Juliana, que aún tenía el tamaño de una mota, apenas un puntito en la imagen, ya tenía un corazón que latía.

Nunca he sido del tipo sentimental, normalmente más preocupado por quitar vidas que por darlas, pero ese momento fue especial para mí.

Una vez terminado el examen, esperamos a que nos entregaran las imágenes y volvimos al coche.

En cuanto nos acomodamos en los asientos, Juliana me tomó la mano y se la puso sobre el vientre.

—Su corazón ya late.

—Sí. —Giré mi cuerpo para mirarla mejor.

—¿Habías imaginado que podríamos hacer algo así juntos?

—Creo que aún podemos hacer muchas cosas buenas juntos.

Sonrió, se inclinó hacia delante y tiró de mi cara para que pudiera besarla. Fue más tierno y delicado de lo que estaba acostumbrado, pero cuando me aparté yo también estaba sonriendo.

—Te amo —susurró mientras me miraba fijamente.

Oírla decir eso me hizo sentir un poco apático. No es que no estuviera acostumbrado al amor, mi familia lo cultivaba, pero no era habitual que oyera declaraciones como ésa. Me agarró completamente por sorpresa y no respondí.

Juliana frunció el ceño y volvió a acomodarse en el asiento del coche, se puso el cinturón de seguridad y se lo abrochó.

—¿Vamos? Ojalá pudieras dejarme en la mansión Bellucci antes de ir a arreglar tus asuntos. Quiero ver a tu abuela.

—Sí. Voy a dejarte y a ocuparme de unos asuntos con mis primos.

Juliana asintió y arranqué el coche.

Sabía lo que hacía y a veces me veía llegar a casa manchado de sangre. Eso me bastaba para evitar preguntas. Por mucho que estuviéramos juntos, yo seguía cumpliendo mi papel en la

mafia.



Juliana

Capítulo cincuenta y ocho

Prefería los días en que me despertaba y Thiago seguía en la cama conmigo, y también las noches en que nos íbamos a dormir juntos, pero por desgracia no siempre era así. Tenía miedo de lo que pudiera pasarle. Nada me asustaba más que mi marido no volviera nunca a casa. Pero su madre y su abuela me ayudaron un poco. Estaban acostumbradas porque se habían casado con hombres como él. Sin embargo, seguía siendo enloquecedor.

Sabía que la Raposa seguía ahí fuera y temía que fuera por Thiago e intentara capturarlo de nuevo. Sin embargo, acepté el consejo de Rosimeire y había aprendido que lo mejor que podía hacer era no ponerme en peligro.

Salí del baño después de arreglarme y tomé el móvil de la mesita. Había algunos mensajes de la madre de Thiago, invitándome a ir juntas a la ONG que ella cuidaba con la ayuda de su cuñada. Me gustó mucho que intentara incluirme mientras pensaba qué podía hacer. Sin embargo, de momento me interesaba más estudiar. Una vez que hubiera aprendido suficiente italiano para comunicarme con fluidez, iba a profundizar en la gramática y quizás aprender otros idiomas. En la isla era difícil acceder al conocimiento, pero ahora tenía recursos y quería aprovecharlos al máximo, al menos antes de que naciera mi bebé y tuviera que dedicarme a él.

Los mensajes no eran solo de Tatiane y me sorprendí cuando el auricular vibró con un mensaje de mi mejor amiga. No era la única cuya vida se había transformado.

Rhea:

¿Juliana?

Creo que he introducido el número correcto.

Juliana:

¡Rhea!

¡Qué alegría recibir un mensaje tuyo!

Rhea:

Todavía me estoy acostumbrando a usar el móvil que me regaló Klaus.

Juliana:

Te adaptarás fácilmente. A mí me ayudó mucho a aprender italiano y no sé qué habría hecho sin el traductor.

Rhea:

Pero, ¿te has adaptado?

Juliana:

Todavía no sé leer ni escribir tan bien, pero puedo hablar con todo el mundo. Al menos cuando no hablan demasiado rápido.

Rhea:

¡Qué bien!

Juliana:

¡Sí!

¿Qué has estado haciendo?

Rhea:

Trabajé en la cocina del hotel.

Juliana:

Siempre se te ha dado muy bien cocinar.

Rhea:

También he aprendido muchas cosas nuevas. Al principio, la gente que trabaja aquí desconfiaba un poco de mí, pero ahora les caigo bien.

Juliana:

Me alegra mucho oírlo. Necesitabas encontrar tu sitio, sobre todo después de que tu padre se fuera.

Rhea:

A veces lo echo de menos.

Juliana:

El señor Pedro era un hombre muy bueno.

Rhea:

Sí, lo era.

Juliana:

Sé que dondequiera que esté, se alegrará de que seas feliz.

Rhea:

Pero, ¿cómo está el bebé?

Juliana:

Está creciendo, pero quiero poder sentirlo pronto. Estoy ansiosa. Mi vientre ha empezado a cambiar, pero todavía es pequeño.

Rhea:

Ten un poco de paciencia.

Juliana:

No es realmente mi fuerte.

Rhea:

Merecerá la pena.

Juliana:

Seguro que sí.

Rhea:

¿Y cómo va el matrimonio? No dijiste mucho al respecto la última vez que

llamaste.

Juliana:

Va todo bien.

Rhea:

¿De verdad? Nunca respondiste a la pregunta que te hice antes. Klaus le pidió al investigador que tratara de encontrarte y dijo que Thiago era un hombre peligroso.

Juliana:

Su familia dirige algunos negocios arriesgados, pero él me mantiene a salvo.

Rhea:

Me asusta.

Juliana:

Puedes confiar en mí. Estoy bien.

Rhea:

Confío.

Juliana:

Gracias.

Lo amo.

Rhea:

Creo que esa es la parte más importante.

Juliana:

Sí.

Rhea:

Tengo que seguir cocinando, hablaré contigo más tarde.

Juliana:

Besos, amiga.

Amaba a Thiago, aunque ya se lo había dicho y aún no había recibido un “yo también".

En el fondo, pensaba que nunca recibiría las mismas palabras de él. Thiago tenía un carácter duro y frío que probablemente no cambiaría, pero yo creía que los hechos hablaban más que las palabras y, después de todo lo que había pasado por mí, podía creer que me amaba.

Entré en el armario en busca de zapatos y un bolso y salí cuando oí un ruido. Me sorprendió ver a Thiago entrando en la habitación. Su ropa era negra y no me ayudaba a ver muy bien las manchas, pero el olor a sangre dominaba el ambiente. Tenía unas pequeñas manchas en la cara, como si le hubieran salpicado las mejillas con pintura roja.

—¡Thiago! —Dejé caer la bolsa al suelo y corrí hacia él con el corazón acelerado y un miedo evidente a que hubiera ocurrido algo terrible.

—Creía que ya te habías ido a la mansión Bellucci. —Me agarró por los brazos y me apartó para que no le tocara.

—Cuánta sangre... —Mi voz salió temblorosa de mis labios, llena de tensión—. Necesitas un médico.

—No lo necesito.

—Thiago, por favor... —insistí.

—No es mía.

—¿Seguro?

Sacudió la cabeza con un movimiento corto, asintiendo.

—Solo necesito una ducha.

—Voy a ayudarte. —Pasé mis manos por su firme pecho y abrí el primer botón.

—Juliana... —Envolvió sus dedos alrededor de los míos.

Levanté la cabeza para encontrarme con su mirada. Miré fijamente sus intensos ojos marrones, casi perdiéndome en ellos, y mi expresión bastó para que cediera. Sus pesadas manos cayeron a sus costados y terminé de quitarle la chaqueta. La camisa blanca que llevaba debajo estaba prácticamente limpia, aparte de algunas salpicaduras en la parte expuesta de la chaqueta. Se la quité después de la corbata e hice lo mismo con los pantalones.

Thiago se quitó los zapatos y los calzoncillos. Los dejamos en el suelo mientras yo tiraba de él hacia el baño del dormitorio.

Lo metí en la ducha y abrí el grifo, viendo cómo se limpiaban los restos de sangre y

observando algunos hematomas redondos en el pecho y la espalda.

Estaba afuera, pero él me metió bajo el agua con toda la ropa puesta.

—¡Thiago!

—Báñate conmigo. —Me acercó a su pecho y solté un gemido ahogado.

—Debería haberme quitado la ropa primero.

—Ahora puedo ayudarte a quitártela. —Me pasó las manos por los pechos, que se veían a través de la tela transparente de mi blusa blanca.

Pensé que no estaría de más llegar un poco tarde, cuando levanté los brazos y dejé que dejara caer mi blusa mojada al suelo. Sus dedos firmes y gruesos abrieron mi sujetador y lo deslizó hacia abajo para unirse a mi blusa mientras se arrodillaba frente a mí.

Thiago me bajó la cremallera del pantalón y las bragas, dejándome rápidamente tan desnuda como él. Pensé que mi marido iba a levantarse, pero permaneció arrodillado. Dejé escapar un gemido cuando inclinó la cabeza y sopló su aliento caliente contra mi vulva.

—Thiago... —Dejé escapar su nombre entre mis labios entreabiertos.

Me sujetó los muslos con las manos y me obligó a separarlos. Eché la cabeza hacia atrás, golpeando el cristal y haciendo vibrar toda la ducha, pero el leve dolor quedó completamente anulado por el placer de que su lengua encontrara mi clítoris.

Quité una de mis manos de la superficie lisa y la pasé por su cabeza, enredando mis dedos en las hebras húmedas, animándole a continuar.

Me pesaban los ojos y apreté los párpados con fuerza mientras me sumergía en la deliciosa niebla de sensaciones que me provocaba el sexo oral que me estaba practicando.

Me retorcí y solté un grito agudo cuando uno de sus dedos entró en mí, mi sexo se contrajo contra él y me di cuenta de que cada vez estaba más mojada mientras me estimulaba sin dejar de hacerlo con la lengua. El frenético vaivén mientras frotaba mi sexo desde dentro me volvía loca.

Yo quería más y él no paró hasta dármelo. Empujé su cabeza, instándole a continuar y Thiago aumentó la velocidad con la que su lengua bailaba dentro de mí. Sus labios me chuparon, presionaron y estimularon hasta que no tuve más remedio que ceder.

Me desplomé completamente sobre la cabina, pero antes de que pudiera caer en medio del éxtasis más profundo, Thiago se levantó y me agarró por la cintura.

Me dio la vuelta, poniéndome boca arriba, y acercó su boca a la mía. Me estremecí ante la secuencia de escalofríos, pero la sensación que siguió fue aún mayor.

—Yo también te amo...

No tuve tiempo de susurrar un "¿de verdad?", porque me mordió la oreja y lo único que pude hacer fue gemir.

Sus manos pesadas y firmes se hundieron en mi piel y yo eché el culo hacia atrás por acto reflejo, esperando a que me la metiera. Para mi sorpresa, le vi sacar un aceite de masaje de un estante de cristal y el frasco cayó al suelo unos instantes después de que hubiera agarrado una cantidad.

—Thiago... —Intenté darme la vuelta, pero él me sujetó un poco más fuerte.

—Silencio...

—¿Qué vas a hacer?

—Trata de relajarte. —La mano que había estado en mi cintura bajó hasta mi nalga y la abrió sin miramientos.

Jadeé cuando sentí la presión de su miembro en una entrada diferente a la que estaba acostumbrada.

—¡Thiago!

—También te quiero aquí. —Con su cuerpo tan cerca del mío y la erección que me estaba provocando, era difícil resistirse a cualquier petición.

Cualquier otra cosa que se me ocurriera decir fue suprimida cuando empezó a metérmela. Mis uñas arañaron el cristal y contraje un poco el cuerpo. Era incómodo, pero no se comparaba con el dolor que sentí la primera vez que practicamos sexo.

Bajó una mano hasta mi clítoris y empezó a estimularlo. Con las nuevas oleadas de placer, era imposible no relajarse y dejarse llevar por el momento. Mientras me daba placer con los dedos, empezó a moverse dentro de mí. Pronto gemimos juntos y fue delicioso.

Su pecho rozándome la espalda, su boca entre mi oreja y mi nuca. Deliciosas sensaciones que se mezclaban con el vaivén que calentaba nuestros cuerpos y el agua que goteaba de la ducha.

Estaba a punto de alcanzar otro orgasmo cuando me la sacó. Sentí cómo su semen caía sobre mi piel y era arrastrado por la ducha mientras Thiago seguía metiéndome los dedos, llevándome también al clímax.

En cuanto me hube recuperado del espasmo, me volví hacia él y le rodeé el cuello con los brazos. Busqué su boca y no me importó estar tragando un poco de agua en medio del beso.

Cuando nos alejamos, se me quedó mirando unos segundos hasta que tomó jabón y empezó a lavarse.

—Vamos a prepararnos. Yo también tengo que ir a la mansión a ver a mi padre y a mi tío.

—¿Sobre tu misión de hoy?

Se limitó a decir que sí y no le hice más preguntas.

Las otras mujeres de la familia ya me habían enseñado que había cosas que era mejor no saber. Mientras Thiago volviera a casa entero, podía vivir con ello.



Thiago

Capítulo cincuenta y nueve

Cuando Ettore me informó aquella mañana de que por fin la había encontrado, tardé un rato en creer que podía ser real. Habían pasado casi tres meses desde el secuestro de Juliana y la trampa para intentar matarme.

La Raposa se creía muy lista, pero de lo que no tenía ni idea era de que no había nada peor que cruzarse en el camino de los Bellucci. Desde que la había marcado, su sentencia estaba dictada y ya no podía hacer nada más. Huir solo retrasaría lo inevitable. Si lograba matarme, solo atraería la atención de toda mi familia hacia ella.

—Ha llegado. —Oí la voz de Ettore a través del cable y me quedé donde estaba.

Oí abrirse la puerta de la habitación y entró la mujer. Se quitó la peluca roja que llevaba aquella vez y dejó al descubierto un cabello castaño corto y escaso. Estaba distraída mientras se quitaba las pestañas postizas y tardó un rato en fijarse en mí.

—¡Thiago! —Saltó cuando me vio en el sillón.

—¿Creías que te habías librado de mí? —Sonreí mientras me levantaba y me alisaba la chaqueta.

—¿Cómo me has encontrado aquí? —Abrió los ojos, sorprendida.

—Pensaste que venir a Sudamérica estaría lo suficientemente lejos de nuestro radar, pero sabes que no te lo perdonaría.

Me miró fijamente durante un breve segundo, pero ni siquiera se molestó en decir nada para suavizar su destino. La Raposa corrió hacia la puerta e intentó abrirla, pero estaba cerrada por fuera.

—Esta vez no he venido solo. Mis hombres ya han tomado el edificio y deben haber acabado con los tuyos.

—Cretino. —Tomó un adorno de hierro que había sobre un mueble cerca de la puerta y lo lanzó en mi dirección.

Moví el cuerpo hacia un lado, fuera de su alcance, y el objeto se estrelló contra la pared detrás de mí.

—Debería haberte matado rápidamente —gruñó, apretando los dientes.

—Pero no lo hiciste, y ahora va a pagar el precio por invadir mi territorio, provocar a mi familia y secuestrar a mi mujer.

—¿Esposa? —Ella abrió los ojos confundida, pero en lugar de recibir una respuesta me dirigí hacia ella.

Intenté darle un puñetazo, pero la mujer era más ágil de lo que había imaginado. Debería haber esperado que al menos supiera pelear.

Giró sobre sí misma y me dio una patada en el plexo solar. Me tambaleé hacia atrás por el impacto y ella intentó escapar corriendo hacia la ventana, pero antes de que pudiera acercarse lo suficiente, la agarré por la cintura y tiré con todas mis fuerzas, haciéndola chocar contra el armario.

Cuando se levantó, vino hacia mí y me asestó varios golpes. La esquivé, giré detrás de ella y le agarré la cabeza. La lancé contra una pared y un hilillo de sangre brotó de su frente.

—Deberías ser más caballeroso. —Apretó los dientes mientras resoplaba furiosamente.

—Buscas esa cualidad en el Bellucci equivocado. —Saqué mi pistola y apunté en dirección a su cabeza.

Podía hacerla sufrir un poco más y una buena parte de mí lo estaba deseando, pero no quería que este juego del gato y el ratón continuara. Asegurar la muerte de la Raposa significaba asegurar el dominio de mi familia y la protección de Juliana.

Apreté el gatillo y vi cómo la bala le atravesaba la cabeza. Sin piedad, sin misericordia. Había acabado con aquella enemiga y puesto fin al asunto.

—¿Thiago? —Escuché la voz de Ettore a través del cable.

—Está muerta.

—Creo que te dará tiempo a llegar a casa para cenar.

—Prepara el avión, volvemos a Italia.

—Estoy esperando tu agradecimiento.

—Solo vámonos.

—Desagradecido. —Oí refunfuñar a Ettore.

Me alisé la chaqueta y guardé la pistola.

Salí de la habitación y vi a mis hombres afuera. Los secuaces de la Raposa habían sido masacrados y se habían encargado de que se reuniera conmigo a solas y yo acabara con ella.

No fue la primera ni sería la última persona a la que mataría, pero aseguraría a nuestros enemigos que nunca deberían cruzarse en el camino de una Bellucci.



Juliana

Capítulo sesenta

Unos meses después...

Mi respiración se hizo más agitada cuando volví a sentir una contracción. Grité y apreté con más fuerza la mano de Thiago.

—¿No es más fácil que te lo abran enseguida y te lo saquen? —Miró a la partera que me guiaba durante el parto normal y pareció un poco confuso.

Mi marido estaba acostumbrado a tratar con sangre y dolor, pero ésta era una situación completamente diferente.

—¡No! —gruñí en un alarido—. La recuperación es más fácil después de un parto normal.

—Tiene razón —dijo la partera que me orientaba mientras el parto parecía prolongarse durante horas.

Había elegido algo más humanizado, dar a luz en mi propia casa como en la isla donde nací, pero Thiago estaba inquieto, no parecía nada contento. Por su bien, habría reservado una cesárea.

—¿Cuánto tardará? —preguntó.

—Ten un poco de paciencia, papá.

—La paciencia nunca fue su fuerte. —Volví a estrechar la mano de mi marido y él me miró con el ceño fruncido.

Sabía que Thiago solo quería evitar que sintiera dolor, pero su presencia me ayudó.

Además, estaba contenta porque pronto podría tener a nuestro hijo en brazos.

—Solo un poco más —me dijo, y empecé a empujar de nuevo.

En cuanto oímos el llanto de un bebé, Thiago dejó escapar un largo suspiro de alivio.

—Déjame verlo. —Extendí mis brazos temblorosos.

Estaba muy cansada, me palpitaba la cabeza y el sudor me caía por la frente, pero no podría descansar hasta que por fin le mirara.

El médico tardó una eternidad en entregármelo. Envuelto en una manta blanca, parcialmente limpiada por el equipo que asistió mi nacimiento, mi bebé parecía la cosita más frágil del mundo. Pequeño, delicado, inocente...

Sabía que pronto se vería envuelto por el mundo de su padre, pero por ahora quería que pudiera permanecer así el mayor tiempo posible.



Thiago

Capítulo sesenta y uno

Juliana estaba agotada en la cama, pero había un brillo especial en sus ojos mientras cargaba a nuestro hijo que acababa de nacer. El niño era aún demasiado pequeño para conocer el futuro que le esperaba y el peso del apellido y la sangre en sus venas, pero su presencia me llenaba de una sensación diferente. Inesperada.

Más que tener un heredero que llevara el apellido de mi familia, ese niño era la prueba de que podía construir cosas buenas en lugar de solo destruir. Un asesino también podía crear vida y tener una familia.

—¿Quieres cargarlo? —Juliana me habló.

—No sé si debería.

—Lo harás, tómalo... —Me animó y me agaché para tomarlo en brazos.

Me dio un poco de vergüenza y el médico me ayudó a tranquilizarlo. Seguí mirándolo hasta que mi hijo abrió sus ojitos grises y me devolvió la mirada. Tuve la impresión de que había sonreído, pero no podía estar seguro.

—Hola, Pietro.

No respondió, y yo tampoco esperaba que lo hiciera.

—¿Puedo llevármelo? —pregunté, aún temeroso.

—Tráigalo pronto —dijo el médico.

Salí del dormitorio y bajé las escaleras, llegando al salón donde estaban mis padres, mi

abuela, mi hermano y la madre de Juliana.

—Mi hijo —dije con un orgullo que no esperaba sentir.

—¡Qué bonito! —Mi madre se acercó—. Es igual a ti cuando eras pequeño. Echo tanto de menos esa época.

Hizo una mueca, mirando al bebé, pero este apenas reaccionó, aún debía de estar acostumbrándose a todos los estímulos del mundo.

—¡Felicitaciones, hijo mío! —dijo mi padre y yo le sonreí en señal de gratitud.

El menor de los Bellucci pronto atrajo la atención de la familia, pero no me quedé allí mucho tiempo. Volví al dormitorio y encontré a Juliana sentada en la cama. Volví a ponerlo en sus brazos y me acomodé junto a los dos.

—Es precioso. —Sostuvo su pequeña mano.

—Como su mamá. —Le di un beso sudoroso en la frente.

—Como su papá también. —Me dio un beso rápido, ignorando al personal médico de la habitación—. Te amo, Thiago.

—Yo también te amo, Juliana.

Hay momentos que pueden transformar nuestras vidas cuando menos lo imaginamos. Yo, un sicario de la mafia, un chico educado para hacer todo lo posible por preservar los intereses de mi familia, nunca habría imaginado que me casaría con una mujer que había sido secuestrada en una isla pesquera, llevada para ser vendida a hombres poderosos y que había tenido la audacia o la pura estupidez de arrojarse al mar.

Pensé que Juliana sería solo una distracción, pero se había convertido en una parte

fundamental de mi vida.



Juliana

Epílogo

Meses después...

Cerré el libro en español, otro de los idiomas que estaba aprendiendo a hablar, y me levanté de la silla del jardín cuando oí que mi hijo empezaba a llorar. Me acerqué al cochecito, pero mi suegra y la abuela de Thiago llegaron antes que yo.

—Puedes dejármelo a mí. —Mi suegra lo agarró antes que yo.

—Gracias, pero creo que tiene hambre. —Observé a mi hijo y sus ojitos, cada vez más marrones, se acercaron a mí.

—Es solo el pañal —concluyó mi suegra—. Puedo cambiarlo.

Cuando Tatiane se marchó con Pietro, miré a la señora Rosi y se echó a reír.

—Nos faltaba un niño en esta casa, crecen demasiado rápido. Mi nieto menor ya es un adulto.

—Espero poder disfrutarlo un poco.

—Disfrútalo, lo echarás de menos cuando crezca y empiece a hacer cosas que te dejarán sin dormir.

Tragué saliva. Thiago era suficiente, no quería pensar en Pietro en ese mundo, aunque sabía que era inevitable.

—¿Cómo está tu madre? —La señora cambió de tema.

—Bueno... Le he pedido varias veces que viva aquí en Roma, pero le gusta la isla y sus amigos de allí.

—No hay nada mejor que el hogar.

—Lo sé... —Suspiré.

—¿Nos vamos a casa? —Oí la voz de mi marido y me di la vuelta, contenta de verlo. Me alegré aún más cuando hice un rápido inventario con la mirada y comprobé que no había manchas de sangre.

En esa vida, ciertamente no había nada más aterrador que el miedo a perderlo.

—Espera a que tu madre traiga a Pietro.

—Tiene que dejar de secuestrar a nuestro hijo. —Cerró la cara con expresión seria, pero la señora Rosi se echó a reír.

—Puedes hacer otro enseguida.

—Vamos a trabajar en ello. —Thiago me guiñó un ojo y mis mejillas se sonrojaron.

Quería más bebés y se alegraría cuando volviera a ocurrir. Esperaba que esta vez, casada y adaptada a una nueva vida, fuera mucho más fácil.

—Miren quién está limpio gracias a la abuela. —Tatiane volvió con mi hijo en brazos y se detuvo junto a Thiago—. Querido...

—Voy a llevar a Pietro y Juliana a casa.

—¿Pero ya? —Mi suegra resopló.

—Tenemos que irnos. —Lo tomé de su regazo y mi hijo dio un respingo, emocionado por volver a estar conmigo.

Nos despedimos de ella y nos dirigimos al garaje. Thiago abrió la puerta trasera del coche y yo metí a nuestro pequeño en el portabebés.

—Te eché de menos. —Me abrazó por detrás y me encogí, avergonzada de que alguien nos viera.

—Thiago...

—Me gusta la idea de hacer otro bebé. —Me mordisqueó la oreja, provocándome escalofríos.

—Aquí no.

—Entonces vayamos a casa y trabajemos en ello. —Se apartó para que yo pudiera sentarme en el asiento de copiloto.

—Vamos. —Terminé aceptando, porque en el fondo yo quería hacer lo mismo.

Todavía había partes de su vida que me daban miedo. Sabía que nunca cambiarían, pero seguía sin poder imaginarme otro lugar en el que sería más feliz que en los brazos de Thiago Bellucci.

Sobre la autora

Jéssica Macedo, 28 años, es brasileña y forma parte de Forbes Brasil's Under 30, una lista de los jóvenes más prometedores del país. Vive en Belo Horizonte con su marido, su hija y tres gatos. Escribe para niños y adultos, fantasía, aventura, romance y, sobre todo, literatura picante, un verdadero fenómeno editorial entre las lectoras.

Es una de las autoras más vendidas en Amazon en Brasil y Europa, y sus libros están disponibles en seis idiomas. Jessica empezó a escribir a los nueve años y se convirtió en autora a los 14, con el lanzamiento de su primer libro, «Vale das Sombras». Con más de 200 libros publicados, es escritora, editora, diseñadora y guionista. Ayudó a adaptar una de sus novelas, «Eternamente Minha», en un largometraje emitido en la plataforma Cinebrac. Hoy, Jéssica es el nombre principal de un equipo de autores, en su mayoría mujeres, que componen el catálogo del Grupo Editorial Portal, que fundó a partir de sus experiencias en otras editoriales.

https://www.autorajessicamacedo.com.br/es/

Facebook — www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram — www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Página web del autor en Amazon — https://www.amazon.es/jessicamacedo

¡Suscríbase a mi lista de correo!

Haga clic aquí para recibir noticias.

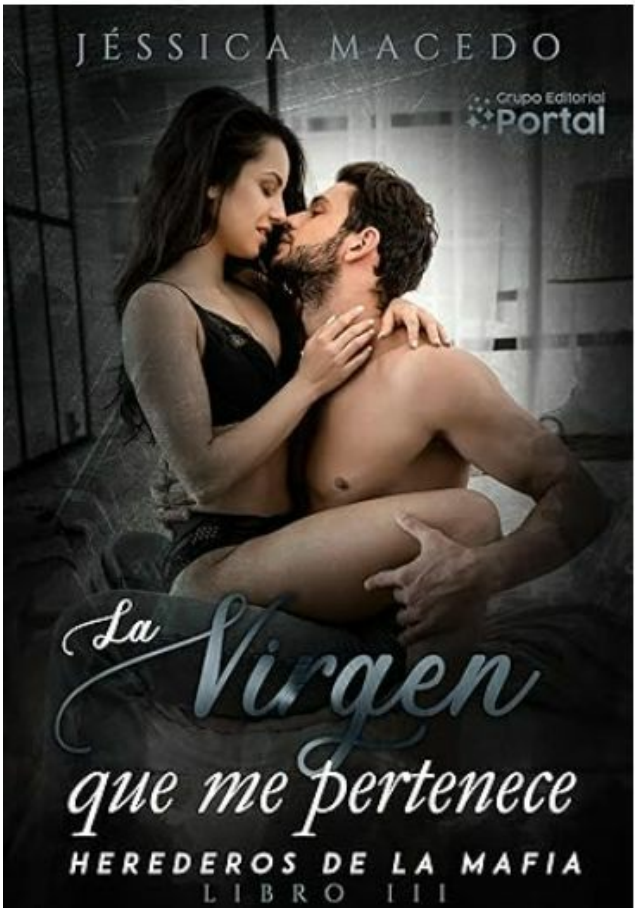


Link=> https://amzn.eu/d/9ICyLel

Hace cinco años, el multimillonario y hotelero griego Klaus Demetriou sufrió un terrible accidente que le costó la vida a su mujer y le dejó entre la vida y la muerte. Rescatado por una familia de pescadores, sobrevivió milagrosamente, pero regresó a casa con una enorme deuda.

Pedro Katsaros era un tipo sencillo que estaba orgulloso de la vida que llevaba y nunca le pediría ningún favor al hombre que rescató en la playa, pero algo terrible le ocurrió a su única hija y no tuvo más remedio que recurrir al magnate más poderoso que conocía.

Klaus no quería involucrarse, atrapado con sus propios fantasmas, no necesitaba complicarse la vida, pero no tenía elección. Deudas como la que tenía con el pescador debían ser pagadas, sobre todo cuando el pobre hombre fue asesinado por los mismos criminales que se llevaron a su hija. Rhea se convirtió en su responsabilidad y para traerla de vuelta sana y salva tuvo que comprarla.

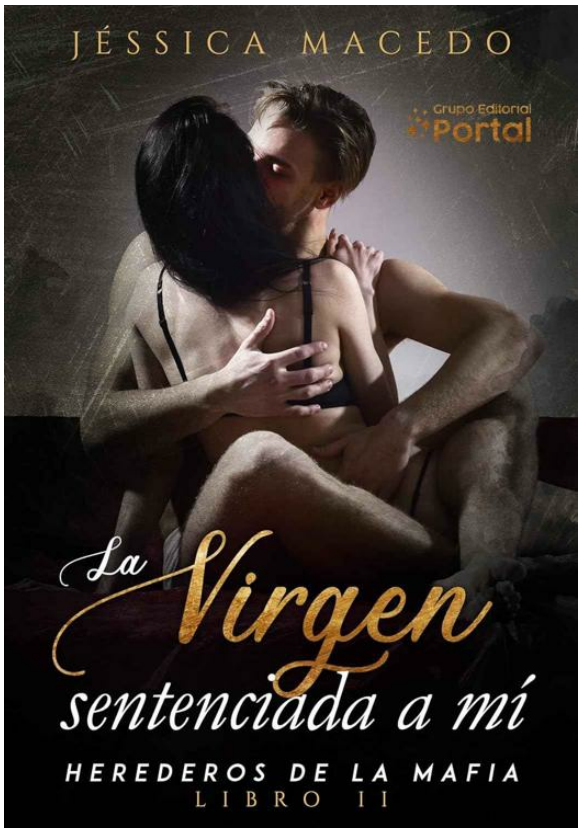


Link=> https://amzn.eu/d/ciJFEaz

Luca Mancini es el capo de Palermo, cabeza de Sicilia, cuna de la mafia italiana. De joven, su vida estuvo marcada por el asesinato de su padre y aprendió muy pronto que la mafia exige sacrificios. Para mantenerse en el poder y controlar una disputa con Roma, aceptó un matrimonio arreglado que sellaría el acuerdo y traería la paz.

Perla es la hija de Marco Bellucci, el jefe de la mafia italiana, y siempre supo que en algún momento su padre elegiría un marido para ella. Solo que no imaginó que el desafío podría ser aún mayor de lo que creía. Creció entre monstruos, pero no estaba preparada para uno aún más aterrador.

Se derramó mucha sangre entre sicilianos y romanos en la lucha por el poder en Italia, y la unión de la pareja no fue bien recibida por todos. Luca tuvo que estar dispuesto a enfrentarse a la alianza y proteger a Perla a cualquier precio, sobre todo cuando había un bebé en camino.

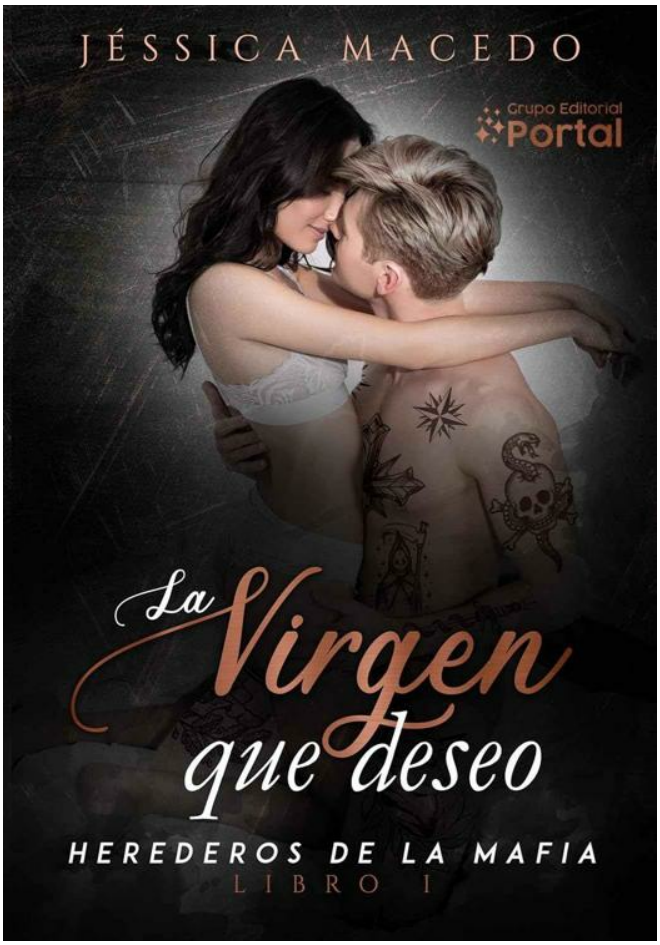


Link => https://amzn.eu/d/4iEF47G

Steven Lansky es el capo de Nueva York, jefe de la mafia italiana en Estados Unidos. Asumió el legado de su padre y descubrió que ser fiel a la mafia exige sacrificios mayores que matar o morir. Aceptó una unión de conveniencia con la princesa de los italianos, un matrimonio que fortalecería a su familia. Sin embargo, la novia eligió a otra persona, lo que hirió su ego e hizo que se enfadara con la familia Bellucci.

Manuela es hija de Theo Bellucci, consigliere de la mafia italiana. Llegó a creer que no se vería arrastrada a un matrimonio arreglado, pero cuando su prima se casó con el jefe de la mafia rusa, a ella le tocó mantener la alianza con los estadounidenses.

Steven y Manuela no querían casarse, pero se vieron obligados a unirse por el bien de sus familias. Una pareja de perros y gatos que se odian. En su vida matrimonial han demostrado ser enemigos declarados, pero están condenados a encontrar la forma de amarse o acabarán destruyéndose mutuamente.



Link => https://amzn.eu/d/4n0ICry

Tras convertirse en el jefe de la mafia rusa, Mikhail Orlov aprendió que, para conseguir lo que quería, tenía que mancharse las manos de sangre. Como capo, quiere tener todo lo que desea, incluida una mujer prohibida que vio en una misión hace cuatro años, y no puede quitársela de la cabeza.

Pietra es la hija de Marco Bellucci y la princesa de los italianos. Creció en una burbuja para protegerse de los enemigos de su padre y aprendió que no hay nada más importante que la familia. Sin embargo, una visión del pasado está a punto de regresar y situarla en una delgada línea entre el deseo y la razón.

Ella conoce las reglas. Su padre es quien elegirá a su marido y ella debe permanecer casta, pero el corazón nos hace cometer locuras. Rusos e italianos son enemigos. Este romance está condenado a la tragedia. A Mikhail no le importan las demás personas y hará lo que sea para conseguir lo que quiere.



Link => https://amzn.eu/d/iCsTkSD

Casarme era algo que nunca había imaginado hacer. La soltería me ofrecía muchas ventajas y las disfrutaba mucho.
Nací en el seno de una familia influyente que poseía una compañía aérea y siempre lo tuve todo, pero la política me dio el poder.
Sin embargo, siempre he sido un hombre muy ambicioso.

Quería más, quería la presidencia del país.

Yo creía que era la mejor opción, no sólo por mi ego, sino por mis logros políticos. Sin embargo, muchos miembros del partido parecían no estar de acuerdo con mi candidatura.

No era el hombre perfecto a sus ojos, incluso con todo su dinero e influencia. Habrían preferido otro candidato, alguien que favoreciera los valores tradicionales, un hombre comprometido con su familia.
Tenía que casarme.

Pero el dinero podía solucionarlo todo, sin que yo tuviera que cambiar mi estilo de vida. Un matrimonio por contrato era lo que necesitaba.
Penélope es doce años más joven que yo, ingenua, pobre y fácil de moldear. A mi lado, sería la decoración perfecta. Nunca tuvo nada y se comportaría para mantener el mundo que yo le ofrecía.

Lo controlaría todo, como siempre he hecho. Pero no podía prever que ella sería capaz de infiltrarse en las barreras de mi corazón.



https://www.amazon.es/gp/product/B0CLKXFHCK



https://amzn.eu/d/bFC4gyn